

**MES DE PREPARACIÓN
PARA CONSAGRARSE
AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**

SIGUIENDO EL LIBRO DEL P. JEAN CROISSET
LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Realizado por los sacerdotes y seminaristas
de la Casa de Formación "San Vitaliano Papa"
y las religiosas del Estudiantado
"Santa Teresa de Jesús"



“A pesar de toda oposición, este divino Corazón triunfará. Dichosos los que han sido instrumentos para establecer su reinado”.

Santa Margarita María Alacoque

“Sagrado Corazón de Jesús, enséñame a olvidarme enteramente de mí, ya que éste es el único camino para entrar en Ti”.

San Claudio de la Colombière



INTRODUCCIÓN

MOTIVOS Y EXPLICACIÓN DE ESTA DEVOCIÓN

Historia de la devoción al Sagrado Corazón



El apóstol predilecto, **san Juan Evangelista**, es considerado el **primer devoto del Sagrado Corazón** y, por lo tanto, patrón de esta devoción. De hecho, habiendo tenido la santa audacia de reclinar la cabeza sobre el pecho del Redentor durante la Última Cena, fue el primero en poder escuchar los latidos del Corazón divino (*Jn 13, 23*). En un contexto en el que los apóstoles no osaban hacer preguntas a Jesús, el gesto de reclinarsse sobre su pecho demuestra la ilimitada confianza, el abandono filial y

la familiaridad que el apóstol virgen tenía hacia el Redentor. Cuando Jesús anunció que iba a ser traicionado, Juan se acercó a Él para consolarlo, manifestándole su adhesión y amor.

Con este gesto, san Juan recibió un torrente de gracias que le permitió convertirse en “el águila” del colegio apostólico y llegó a ser el que voló más alto de todos, transmitiéndonos las verdades más elevadas sobre el Verbo Encarnado. Además, tuvo el valor de acompañar a Cristo hasta los pies de la Cruz, recibiendo como recompensa de Jesús mismo la labor de ser protector de la Virgen Santísima (*Jn 19, 26*).

En los primeros pasos de la cristiandad, fueron numerosos los santos y mártires que supieron destacar por un intenso fervor por el amor de Cristo manifestado en su Pasión y en su presencia Eucarística. La devoción al Sagrado Corazón se hace aún más explícita y gloriosa



en la Edad Media. Santo Tomás de Aquino, príncipe de la Escolástica, enseñaba:

«Cristo derramó su Sangre de la herida del Costado y de la herida del Corazón, para fortificar la fe vacilante de sus discípulos y excitar la piedad de muchos otros que son engañados por la tranquilidad de una vida placentera, reavivando así las almas frías y debilitadas».

Desde la época carolingia hasta el siglo XIII, la devoción al Sagrado Corazón fue caracterizada por un estilo triunfal. Así como el Redentor era a menudo representado con realeza y esplendor, así también los aspectos de su Humanidad se presentaban con caracteres gloriosos.

En la segunda mitad del siglo XVII, se vivían en Europa las consecuencias devastantes de la falsa reforma luterana y se preparaba el terreno para una revolución anticristiana que pretendía negar los derechos de Dios en la sociedad y en el corazón de cada hombre. En ese contexto, Dios quiso encargar a un alma de singular pureza y de heroica santidad, **santa Margarita María de Alacoque**, el tesoro de la devoción a su Sagrado Corazón, para que se renovara y difundiera, con ayuda de **san Claudio de la Colombière** y **del Padre Croiset**.

Siendo director espiritual de santa Margarita María, san Claudio de la Colombière durante unos Ejercicios Espirituales fue movido por el Espíritu Santo a procurar el sagrado culto al Corazón de Jesús. A través de un pequeño libro difundió la devoción entre los fieles y la introdujo en Inglaterra, donde en aquella época el catolicismo sufría persecución. Fue detenido y tuvo que exiliarse del país, por lo que su obra no se tradujo al inglés, si bien durante su vida extendió con todas sus fuerzas la devoción hasta que murió en el año 1682.

Urgida por el Señor, santa Margarita María de Alacoque pidió a su

siguiente director espiritual, el Padre Croiset, que escribiera un libro para dar a conocer la devoción al Sagrado Corazón a todos los fieles. En su carta del 14 de abril de 1689 decía:

«Si conociera el ardiente deseo que me mueve para que el Sagrado Corazón de mi Soberano sea conocido y glorificado, no rechazaría esta tarea. Si no estoy equivocada, Él quiere que sea usted quien lo escriba».

Una vez que el padre aceptó, la santa le hizo esta confidencia a una hermana:

*«Yo moriré con seguridad este año para no ser obstáculo a los **grandes frutos que el Salvador quiere distribuir mediante un libro sobre la devoción al Sagrado Corazón**, que un sacerdote dará a imprimir tan pronto como sea posible».*

Durante el último año de su vida, santa Margarita María aseguró al P. Croiset que recibiría ayuda divina para realizar esa tarea, pero que tendría que sufrir a causa de la publicación del libro.

Todo ocurrió como la santa había predicho: ella murió antes del final de ese año, y su muerte removió todos los obstáculos para que se pudiera difundir con total libertad el contenido de las revelaciones que había recibido y permitió al P. Croiset incluir en el libro una reseña de su vida y de los favores recibidos por ella. El libro se publicó en 1691, al año siguiente de la muerte de la santa, y la devoción al Sagrado Corazón se extendió con rapidez.

Con los años aparecieron otros devocionarios y autores distinguidos publicaron otras obras en diversos idiomas. Sin embargo, el libro de P. Croiset quedó olvidado durante más



de cien años, aunque más tarde la misma congregación que había ordenado la retirada de esta obra la volvió a poner en marcha en el año 1704. Las cartas de santa Margarita María expresaban claramente que **era una obra acorde con los deseos del Señor**, que se había publicado con su beneplácito y que su retirada ya había sido prevista y permitida.

Fiesta litúrgica del Sagrado Corazón y de Cristo Rey

En un mundo que cada vez se aleja más de Dios, la reaparición del libro del P. Croiset y **el establecimiento de la fiesta del Sagrado Corazón** en 1856 bajo el pontificado del Papa Pío IX como culto para toda la Iglesia, han favorecido la restauración del fervor original al Corazón de Jesús.

La coronación del culto público del Sagrado Corazón fue **la institución de la fiesta litúrgica de Cristo Rey**. El Papa Pío XI en 1925 estableció que se celebrase el último domingo de Octubre. En este día se tenía que renovar también **la consagración del género humano al Corazón de Cristo**, hecha por León XIII. Pío XI precisaba que la fiesta de Cristo Rey era la coronación de un vasto movimiento de piedad culminado en el siglo XIX:



«¿Quién no ve que desde los últimos años del siglo precedente, de manera admirable se ha ido preparando el camino para la institución de esta fiesta? Todos saben que la autoridad y realeza de Cristo han sido ya reconocidos por la práctica de las consagraciones y homenajes al Sagrado Corazón de Jesús que innumerables familias le han ofrecido, y no sólo familias, sino también

Estados y Reinos, que han cumplido el mismo acto».

Y añadía el Papa:

«El diluvio de males sobre el universo proviene del hecho que la mayor parte de los hombres ha rechazado a Jesucristo y a su sacrosanta Ley, sea en la vida privada que en la pública. No habrá cierta esperanza de paz duradera entre los pueblos, hasta que los individuos y las naciones se obstinen a negar y rechazar el imperio del Salvador».



El Corazón de Cristo quiere reinar en el corazón del hombre. Ésta es la realeza de Jesús: *«El Reino de Dios está dentro de vosotros»* (Lc 17, 20) y quiere reinar en la sociedad: *«Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos»* (Hch. 4, 12). Para aquellos que quieren que Él reine, lo ven reinar desde la Cruz y no pueden tolerar que no sea considerado como Rey de la sociedad.

¿Es ésta simplemente una devoción más?

San Alfonso María, doctor de la Iglesia, asegura que la devoción al Sagrado Corazón es esencial para todo cristiano. La llama **«devoción de todas las devociones»** y declara que tiene que ser la principal, la única, por ser toda otra devoción subordinada y dirigida a ésta:

«La devoción de todas las devociones es el amor a Jesucristo, y consiste en pensar a menudo en el amor que nos ha ofrecido y que nos ofrece este amable Redentor. Lloro y justamente lloro un devoto autor al ver que muchas personas pretenden practicar diversas devociones descuidando ésta; y que muchos predicadores

y confesores dicen muchas cosas, pero hablan poco del amor a Jesucristo; cuando en verdad el amor a Jesucristo tiene que ser la principal, es más, la única devoción de un cristiano».

El descuido de esta devoción es, según san Alfonso, la principal causa de la falta de progreso en la virtud de las almas y de la reiterada caída en las mismas faltas, a veces incluso graves.

¿Por qué el corazón? ¿No es una devoción demasiado sentimental?



San Alfonso explica cómo el postulador de la causa de santa Margarita María, el P. Galliffet S.J, exponiendo que la devoción al Corazón de Cristo merecía un lugar particular en la liturgia, encontró no pocas dificultades al ser contestado por algunos que era cuestión debatida si las afecciones del ánimo se forman en el corazón o en el cerebro, por lo que no convenía azardarse en esta materia y no pretender una fiesta litúrgica dedicada al Corazón de Cristo. Sin

embargo, esta controversia se resolvió cuando se mostró que nadie puede negar que el corazón es «una de las principales fuentes de la vida del hombre y principal órgano». El mismo san Alfonso explica que todas las partes del cuerpo reciben vitalidad desde el corazón («por las arterias y venas del corazón pasa la sangre que riega todo el cuerpo»), por lo que siendo el corazón un órgano tan principal, no puede no tener un papel principal en los afectos del hombre. Por eso **al referirse al Corazón de Cristo, se apunta al centro del misterio amoroso de su Encarnación y de su Humanidad.** San Alfonso recuerda aquel episodio de la vida de san Felipe Neri que, por su inmenso fervor, salía calor de su corazón, y le latía tan fuerte que «impulsaba la cabeza de los que se le acercaban», o el de santa Teresa de Ávila, que fue herida en el corazón por un ángel. El Corazón de Cristo es, en palabras de san Alfonso, **«la sede de todos los afectos**

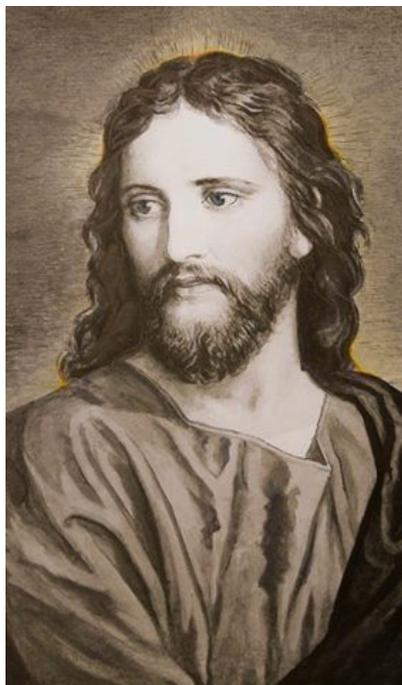
del Redentor, especialmente de su amor, siendo principalmente el centro de todos los dolores interiores que padeció en su vida». Por eso la devoción al Corazón de Jesucristo nada tiene de superficial o meramente sentimental. **Amor y reparación.** Esas son las dos claves de esta devoción. Reconocer cuánto le costó a nuestro Redentor habernos amado, cuánto sufrimiento padeció su Humanidad y cuán ingrato sigue siendo el hombre que ignora y desprecia este tesoro de amor. El mismo san Alfonso recuerda aquellas palabras que le fueron reveladas a santa Margarita María de Alacoque y que resumen bien la importancia de esta devoción:

«He aquí aquel Corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha ahorrado hasta consumirse para dar por ellos pruebas de su amor; y que como recompensa no recibe de la mayor parte de ellos sino ingratitud y deshonor en este Sacramento de amor; y lo que más me duele es que estos corazones son mis consagrados».

¿Es apropiada esta devoción para los tiempos modernos?

La devoción al Sagrado Corazón tiene como lugar privilegiado los últimos tiempos. Santa Gertrudis tuvo una visión en la que pudo preguntar al apóstol san Juan por qué razón en su Evangelio y en las Epístolas había sólo dejado entrever aquellos misterios amorosos que había recibido del Sagrado Corazón. San Juan le contestó:

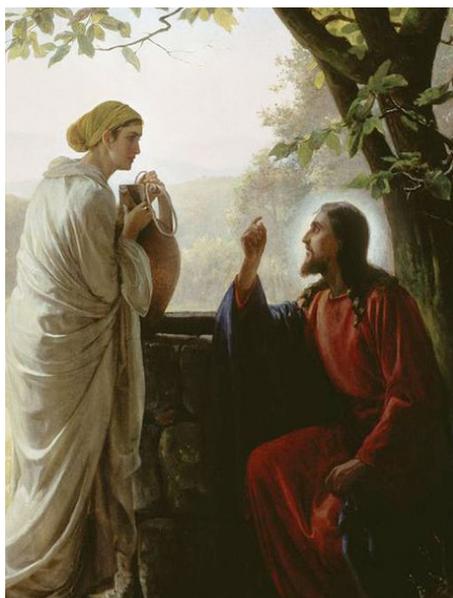
«Mi ministerio debía limitarse a revelar, sobre el Verbo Encarnado, eterno Hijo del Padre, algunas palabras fecundas, sobre las que las inteligencias de los hombres meditasen continuamente, sin poder nunca agotar sus



riquezas. Pero para los últimos tiempos ha sido reservada la gracia de escuchar la elocuente voz de las pulsaciones del Corazón de Cristo. Escuchando esta voz, el envejecido mundo rejuvenecerá, se despertará de su torpor y el calor del divino amor lo inflamará otra vez».

¿En qué consiste este libro de preparación?

En este libro proponemos un modo práctico y sencillo para prepararse durante un mes entero para consagrarse al Corazón de Cristo. Conscientes de la importancia de esta devoción, queremos que venga acompañada de una profunda y serena preparación durante treinta días durante los cuales se pueda conocer el sentido auténtico de esta devoción y a la vez se pueda disponer el alma a acoger con docilidad las gracias que Dios quiera conceder. Para cada día se propone un texto del libro del P. Croiset junto con un texto para meditar, una jaculatoria y un propósito para ese día (a realizar en la medida de las posibilidades) con unas letanías para concluir. Al final del libro proponemos un pequeño examen de conciencia sobre esta devoción y algún texto complementario.



Esta preparación implica dedicar algunos minutos al día a recogerse en oración. Se puede rezar en casa, *«entrando en tu habitación, a puerta cerrada, dirigiéndote a tu Padre que ve en lo secreto»* (Mt 6, 6) o en una capilla, o en un lugar retirado. Si algún día no se logra encontrar este tiempo, se pueden dedicar algunos minutos más al día siguiente.

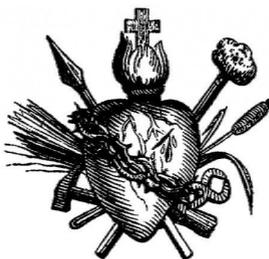
Queremos que esta devoción venga acompañada de una

verdadera devoción al Corazón Inmaculado de María, medianera de todas las gracias y canal principalísimo para llegar al Corazón de Cristo. Decía el Papa Pío XII:

«Para que el culto hacia el Corazón augustísimo de Jesús dé copiosos frutos de bien en la familia cristiana y en toda la sociedad, tomen los fieles como deber asociar íntimamente esta devoción a la devoción al Corazón Inmaculado de la Madre de Dios».

En sus manos ponemos los frutos de este libro y de todos aquellos que lo usarán.

P. Andrés José Bonello y P. Jesús Javier Segura, IVE
Montefiascone, 28 de Junio de 2019
Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús



Primer día

Nota preliminar: En los textos que proponemos como lectura para cada día de esta preparación indicaremos entre comillas y en cursiva («...») los párrafos que citan textualmente la obra del P. Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*.

1. En qué consiste la devoción al Sagrado Corazón

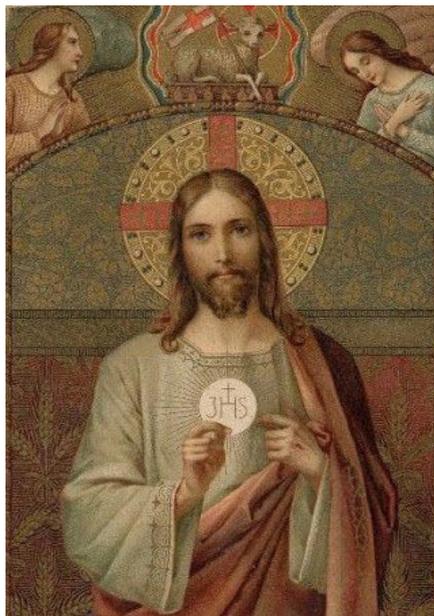
(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte I, capítulo 1)

El P. Jean Croiset declara en modo preciso qué es lo que se intenta alcanzar a través de la devoción al Sagrado Corazón. El único fin de la misma es *«llegar a participar del amor inmenso del Hijo de Dios que le llevó a entregarse por nosotros hasta la muerte y a darse a sí mismo en el Santísimo Sacramento del Altar»*.

Jesús sabe de la ingratitud y desprecio con el que muchos habrían de responder a su sacrificio.

«Nada de eso fue obstáculo para obrar este prodigio de amor. Prefirió quedarse expuesto todos los días a los insultos y oprobios de los hombres antes que dejar de manifestar hasta qué extremo nos ama».

Por ello, los devotos del Sagrado Corazón se esfuerzan, por un lado, *«en honrar a Cristo presente en la Sagrada Eucaristía todo lo que les sea posible acudiendo*



a adorarle con frecuencia, ofreciéndole su amor, su agradecimiento y todo lo que se les ocurra». En segundo lugar, intentan «reparar el trato indigno y los ultrajes que sufrió por amor durante su vida mortal, y los que sufre ahora todos los días por amor en el Santísimo Sacramento del Altar».



Propiamente hablando, esta devoción consiste en **amar a Jesús presente en la Eucaristía y en manifestarle tal amor con pesar por verle tan poco amado, tan poco honrado y hasta deshonrado, intentando reparar esos menosprecios y faltas de amor** que cada día siguen hiriendo su Corazón.

El P. Croiset lo expresa con estas palabras:

«Es fácil ver qué se entiende por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: el amor ardiente por Jesucristo que se forma en nosotros al hacer memoria de todas las maravillas que ha obrado (...). También se entiende como el pesar que sentimos a la vista de los ultrajes que los hombres hacemos a Jesucristo en el adorable misterio de la Eucaristía, así como el deseo ardiente de hacer todo lo que se encuentre en nuestra mano para reparar estos ultrajes».

Esta devoción fue instituida por el mismo Cristo, queriendo Él inflamar de caridad nuestros corazones. En efecto, todo nace *«del amor que Jesucristo nos tiene, cuya prueba la encontramos en la adorable Eucaristía»*. El objeto sensible de la devoción es el Corazón de Jesús, al que hay que contemplar en sí mismo, para poder luego responder ofreciendo el propio corazón a Aquel que, por amor de cada uno, quiso ser traspasado por la lanza. **Amor y reparación**. Dos actos que nacerán de todo aquel que contemple el amor de Jesús hacia él.



Prácticas de preparación

Nota previa: Se recomienda empezar este mes de preparación con unos Ejercicios Espirituales para "librarse del espíritu del mundo, contrario al espíritu de Jesucristo". Dado que no es siempre fácil empezar el mes de preparación realizando los Ejercicios, se proponen aquí, para cada día, algunas lecturas para meditar que buscan el mismo objetivo.

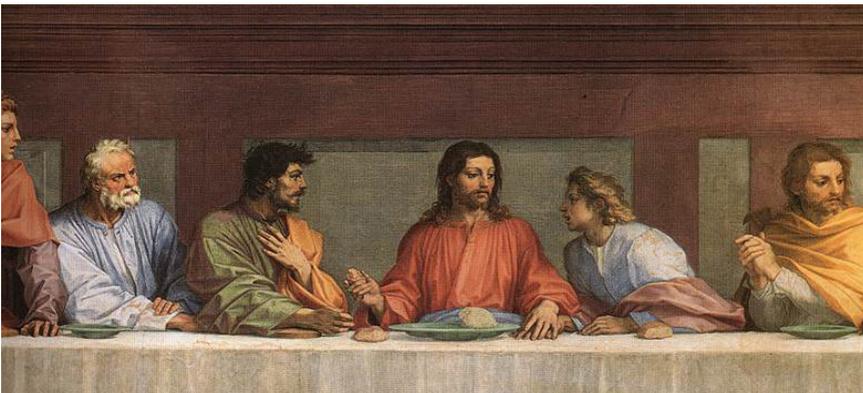
1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de obtener las disposiciones necesarias para que esta preparación produzca en el alma frutos de verdadera conversión.

3) Lectura: De las *Meditaciones para prepararse a la consagración de Argentina al Sagrado Corazón. La devoción al Sagrado Corazón se remonta al Calvario.*

La Iglesia venera y honra al Corazón de Jesús del mismo modo como invoca su Santísimo Nombre, adorando al Verbo Encarnado y a su Corazón que, por amor a los hombres, se dejó traspasar por nuestros pecados. (*Catecismo de la Iglesia Católica* n° 2669).

Jesús, durante su vida, su agonía y su Pasión nos ha conocido y amado a todos y se ha entregado por cada uno de nosotros: "*El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí*" (*Gal 2, 20*). Nos ha amado a todos con un corazón humano. Por esta razón, el Sagrado Corazón de Jesús,





traspasado por nuestros pecados y para nuestra salvación (cf. *Jn* 19, 34), "es considerado como el principal indicador y símbolo...del amor con que el divino Redentor ama continuamente al eterno Padre y a todos los hombres" (Pío XII, Carta Encíclica *Haurietis aquas- Catecismo de la Iglesia Católica* n° 478).

La devoción al Corazón de Jesús ha existido desde los primeros tiempos de la Iglesia, desde que se meditaba en el costado y el Corazón abierto de Jesús, de donde salió

sangre y agua. De ese Corazón nació la Iglesia y por ese Corazón se abrieron las puertas del Cielo.

San Juan, el discípulo amado, quien tuvo el privilegio de reposar sobre el costado de Cristo, describe el hecho de la lanzada en el Corazón de Cristo haciendo referencia a la frase de la Escritura: "*Mirarán al que traspasaron*" (*Jn* 19, 37; *Zac* 12, 10). De aquí todas las generaciones de cristianos han aprendido y aprenden a leer el misterio del Corazón del Hombre crucificado, que era el Hijo de Dios.

Propósito del día: Prometamos seriamente al Sagrado Corazón hacer bien este mes de preparación.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío!

Letanias al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanias del total).

Segundo día

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte I, capítulo 3)

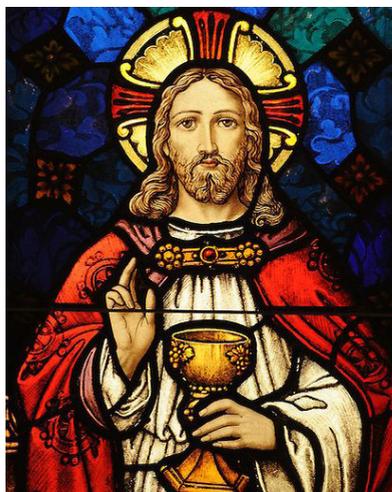
2. Los fundamentos de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Los principales fundamentos en los que se apoya el culto al Sagrado Corazón de Jesús son tres: de razón, de interés y de gusto.

Fundamentos de razón

Cuatro son los fundamentos de razón de esta devoción:

- a. La excelencia del Corazón de Nuestro Señor
- b. La amabilidad de la persona de Cristo
- c. Las pruebas de amor que nos ha dado
- d. La ingratitud de los hombres hacia Jesucristo



a. Primer fundamento: Las excelencias del Corazón adorable de nuestro Señor Jesucristo

El culto que se tributa al Corazón de Cristo se funda en el hecho de que está unido a la Persona del Verbo de Dios y, por consiguiente, se le debe el mismo culto de adoración con el que la Iglesia honra al mismo Hijo de Dios. Por ello, el Corazón del Divino Redentor es santo, ya que posee la santidad del mismo Dios, y todas sus acciones son de un valor infinito. De ahí que el Corazón de Jesús se llame con toda propiedad *Corazón de Dios*.

Este Divino Corazón es el asiento de todas las virtudes de Jesucristo. La Sagrada Escritura, en diversas partes, nos enseña que todas las virtudes que tiene un alma se atribuyen al corazón, es decir, si en el alma de una persona se hallan la paciencia, la mansedumbre, la humildad... se puede decir que su corazón es paciente, manso, humilde, etc. De aquí nace que los corazones de los grandes santos se estimen y veneren como reliquias preciosas que nos dejaron en su muerte. ¿Quién podrá, pues, medir o comprender la excelencia del Corazón santísimo de Jesús, **fuelle de todas sus virtudes?**

«Su adorable Corazón sigue aún con los mismos sentimientos y virtudes en el grado más alto y ardiendo de amor. Está siempre abierto para otorgarnos toda suerte de gracias y bendiciones, conmovido por nuestros males, ansioso por hacernos partícipes de sus tesoros y por dársenos a sí mismo. Aun así, no halla en los hombres sino dureza, desprecio e ingratitud. ¿No son estos motivos capaces de movernos a honrar al Sagrado Corazón de Cristo y a reparar tantos ultrajes?»





Prácticas de preparación



1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de que al contemplar las virtudes que encierra el Sacratísimo Corazón se inflame mi alma de su amor.

3) Lectura: Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús - Lo justa y razonable que es la devoción al Sagrado Corazón*

El Corazón de Jesús es santo, pues tiene la santidad del mismo Dios, de donde proviene. Todos los movimientos de su Corazón son acciones de un valor infinito,

por la dignidad de la persona que los obra. Además, es justo que el Sagrado Corazón de Jesucristo sea honrado con un culto singular, puesto que, honrándole, honramos a su Divina Persona.

Si la veneración que tenemos a los santos nos hace considerar su corazón como la mayor de las reliquias, ¿qué debemos pensar del adorable Corazón de Jesús? ¿Qué corazón ha tenido jamás unas disposiciones tan admirables y tan afines a nuestros intereses? ¿Dónde hallaremos otro corazón cuyos movimientos nos sean tan útiles?

Es en el Divino Corazón de Jesús donde se han formado todos los designios de nuestra salvación, que han sido ejecutados por el amor que arde en su mismo corazón.

Este Sagrado Corazón, dice un siervo de Dios, es el asiento de todas las virtudes, el manantial de todas las bendiciones y el trono de todas

las almas santas.

Las principales virtudes que podemos encontrar en su Sagrado Corazón son: en primer lugar, un amor ardiente de Dios, su Padre, y una humildad jamás vista; en segundo lugar, una paciencia infinita ante los males, un gran dolor por los pecados con los que cargó y la confianza de un buen hijo; y, en tercer lugar, una compasión hacia nuestras miserias y un amor inmenso para con los hombres, a pesar de nuestra pequeñez.

Y, aunque todas estas virtudes se encuentran en el grado más alto, se conjugan con una tranquilidad inalterable que nace de una unión perfecta con la voluntad de Dios, pues ningún acontecimiento puede turbarle, aunque parezca contrario a su celo, a su humildad, a su dolor y a todas las demás virtudes que se asientan en su Corazón.

Propósito del día: Tengamos algún pequeño gesto de caridad con alguien de nuestro hogar.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Corazón de Jesús, inflama nuestro corazón en Tu amor!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Tercer día

Fundamentos de razón

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte I, capítulo 3)

b. Segundo motivo: La amabilidad que se encuentra en la persona de Cristo

Comenta un siervo de Dios que si hubiera alguna persona sobre la tierra en quien concurriesen juntas todas las razones para ser amado, ¿quién dejaría de amarla?

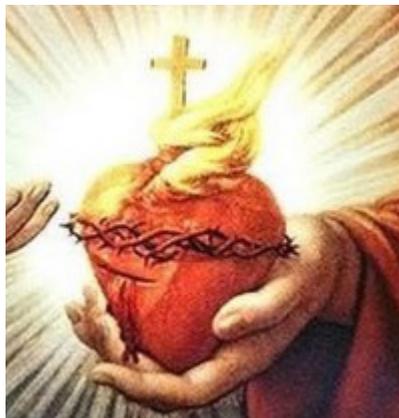
Esa persona existe, y es Jesucristo. Él es soberanamente perfecto. Todo en Él es amable y no tiene nada que no atraiga a todos los corazones. En Él encontramos todas las maravillas de la naturaleza y todas las riquezas de la gracia; en suma, todas las perfecciones de la Divinidad.



Además, este Divino Señor es quien tiene la autoridad soberana de juzgar a los hombres; la suerte y la felicidad eterna de todas las criaturas están en sus manos, y todo el mundo visible e invisible está bajo sus pies. ¿No es esto un objeto digno para rendirnos profundamente?

Pero es aún más amable nuestro Salvador. En Él se encuentran todas las cualidades con una dulzura inefable. Él se muestra a sí mismo unas veces como el Padre que no puede contenerse de alegría a la vuelta de un hijo descarriado y, otras, como Pastor que, habiendo encontrado la oveja perdida, la

pone sobre sus hombros e invita a sus amigos y vecinos a alegrarse con Él por haberla encontrado. "¿Ninguno te ha condenado?", le dijo a la adúltera, "tampoco yo te condeno; vete y a partir de ahora no peques más" (Jn 8, 10-11). Él ve todas nuestras infidelidades, conoce todas nuestras miserias; y a pesar de esto sigue amándonos todos los días, dándonos pruebas evidentes de su amor.



Y este Hombre-Dios, con todos sus atributos y con toda la gloria que posee, amándonos hasta el punto que nos ama, ¿no merecerá que le amemos nosotros?



Prácticas de preparación

- 1) **Ponerse en la presencia de Dios.**
- 2) **Pedir la gracia** de obtener las disposiciones necesarias para que esta preparación produzca en el alma frutos de verdadera conversión.
- 3) **Lectura:** Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón - La amabilidad que se halla en la persona de Jesucristo*

Resulta sorprendente ver cuántos medios son necesarios para no ofender a un amigo. Somos tan frágiles que muchas veces basta no estar de humor para olvidarnos de quince años de servicios, y una sola palabra, dicha fuera de lugar, puede romper una gran amistad.

No es así el amable Jesús, aunque parezca increíble; pero es muy cierto que siempre nos tiene más en cuenta que el mejor de nuestros amigos. No pensemos que Él es capaz de romper con nosotros por la más ligera ingratitud; Él ve todas nuestras infidelidades, conoce todas nuestras flaquezas y sufre con una bondad increíble todas las miserias

de aquellos a los que ama, aunque, a los ojos de los hombres, a veces parece que nos olvida y se porta como si no nos entendiera, mas su compasión llega hasta consolar por sí mismo a las almas que se hallan afligidas.

No quiere que el miedo que tenemos de desagradarle llegue a turbarnos y que se nos oprima el espíritu. Desea que evitemos las faltas, pero no quiere que nos inquietemos llenos de congoja, aun por las graves. Él quiere que la alegría, la libertad y la paz del corazón sean la herencia eterna de aquellos que le aman verdaderamente.

La mejor de estas cualidades en un noble bastaría para ganar todos los corazones de sus vasallos. La noticia de alguna de estas virtudes en un príncipe provoca que nuestro corazón ame a un extraño. Solamente en Jesucristo se hallan todas estas bellas cualidades, todas estas virtudes y todo lo que se puede imaginar de grande, excelente y amable.

Propósito del día: Si se puede , recibir la Sagrada Comunión, agradeciendo a Jesús por todas las gracias que derrama a través de su Sagrado Corazón.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Corazón de Jesús, que os ame y os haga amar!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Cuarto día

Fundamentos de razón

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte I, capítulo 3)

c. Tercer fundamento: Las pruebas del amor de Jesucristo

No hay mayor prueba de amor para los hombres que los beneficios, porque en ellos se declara mejor cuán grande es el amor. Por eso Jesucristo se ha servido de este medio para que le amemos. Nos ha colmado de beneficios, y el menor de ellos sobrepasa todo lo que podemos merecer y excede todo lo que podemos esperar.

Dios nos ha mostrado la grandeza de su amor en la gran obra de la creación. Pero más aún, su amor ha llegado a tal extremo que no le bastó habernos dado la creación, sino que, tras la caída en el pecado, con el afán de redimir al hombre que tanto amaba, «*envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer*» (Gal 4,4), y obró así con la Encarnación una obra mayor que la creación misma. Por eso canta con razón la Iglesia en el Pregón Pascual: «*¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo! Necesario fue el pecado de Adán, que ha sido borrado por la muerte de Cristo. ¡Feliz la culpa que nos mereció tal Redentor!*»

«Si Dios no hubiese querido redimirnos, no sería menos santo ni menos poderoso ni menos dichoso; y, no obstante, emprendió la obra de nuestra salvación. Y viendo lo que ha hecho, y la manera y el modo en que lo ha hecho, podría decirse que toda su felicidad dependía de la nuestra».

En esta obra de la Redención, Dios podría habernos aplicado sus méritos de mil maneras, pero quiso conseguírnos la gracia de la salvación eligiendo para sí lo más humillante y doloroso: un nacimiento pobre, una vida de trabajo y una pasión llena de oprobios, con una muerte infame y dolorosa. Estos prodigios son, precisamente, efecto del amor que Cristo nos tiene.

En esta obra de la Redención, Dios podría habernos aplicado sus méritos de mil maneras, pero quiso conseguírnos la gracia de la salvación eligiendo para sí lo más humillante y doloroso: un nacimiento pobre, una vida de trabajo y una pasión llena de oprobios, con una muerte infame y dolorosa. Estos prodigios son, precisamente, efecto del amor que Cristo nos tiene.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de conformarnos día a día, más y más, a los sentimientos de este Sagrado Corazón, que tanto nos ha amado.



3) Lectura: Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús - Las pruebas patentes del inmenso amor de Jesucristo por nosotros.*

¿Hemos llegado a entender bien la grandeza de nuestra Redención? Y si es así, ¿estamos, aunque sea medianamente, movidos con el solo recuerdo de este beneficio? El pecado del primer hombre nos acarreó muchos males y nos privó de grandes bienes; pero ¿podemos contemplar a Jesucristo en el pesebre, mirarlo en la Cruz y en la Eucaristía sin confesar que nuestras pérdidas han sido reparadas y que las ventajas del hombre redimido con la

Sangre del Señor equivalen, por lo menos, a los privilegios del hombre inocente?

La calidad de Redentor universal es un motivo poderoso que nos tiene que llevar a amar a Cristo. Dice el Apóstol que todos los hombres estaban muertos por el pecado de Adán y que Jesucristo murió universalmente por todos los hombres. Nadie había podido preservarse del contagio de un mal tan grande, y todo el mundo ha conocido el efecto de un remedio tan poderoso. Nuestro Salvador dio toda su Sangre por el infiel que no le conoce, por el hereje que no quiere quererle y por el fiel que, creyendo en Él, se resiste a amarle.



Si reflexionamos sobre el precio infinito de su Sangre, ¿qué diremos de este Salvador? ¿Y qué sentiremos de la abundancia de su Redención? Pero, además, no se contentó Jesús con pagar las deudas que habíamos contraído, sino que quiso también prevenir todas las que después podíamos contraer, adelantando su satisfacción antes de que las contrajésemos. Añadid a esto los socorros y favores con los que llena a las almas fieles, adormeciendo y endulzando a un mismo tiempo cuanto hay de fastidioso y amargo en este valle de lágrimas.

Si tú, Dios mío, nos das la gracia para comprender tu gran misericordia, ¿será posible entonces no entercernos y no amar a Jesús con todo nuestro corazón? Este Divino Salvador es amable, porque quiso redimirnos por un camino tan dificultoso; y no es menos amable por haberlo deseado, liberándonos Él mismo por ese medio sin que le moviese otra cosa que su inmensa caridad y el deseo que tenía de que le amáramos.

Propósito del día: Recordemos en algún momento del día los sufrimientos que Cristo padeció por mí en la Cruz.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Sagrado Corazón de Jesús, creo en Vuestro amor por mí!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Quinto día

Fundamentos de razón

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte I, capítulo 3)

d. La gran ingratitud de los hombres hacia Jesucristo

Declara el P. Jean Croiset que, a pesar de tantas pruebas que Jesús nos ha dado de su amor, sobre todo quedándose presente en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, son muy pocas las almas que corresponden a tan gran beneficio.



«El Hijo de Dios en la Eucaristía no es lo que nos debe sorprender más, puesto que lo que más nos debe anonadar es la ingratitud con que correspondemos a su amor. Es algo admirable que Jesucristo quiera amar tanto a los hombres, pero no es menos admirable que los hombres no queramos amar a Jesucristo, y que no hay nada que pueda causarnos el menor sentimiento de reconocimiento».

Acordémonos de que el Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento tiene los mismos sentimientos que cuando andaba por las calles de Jerusalén: arde siempre de amor por los hombres, herido siempre por nuestros males, siempre con ganas de comunicarnos sus tesoros y de dársenos a sí mismo, velando siempre por nosotros. Está siempre dispuesto a recibirnos y a servirnos de morada en esta vida y, sobre todo, de refugio en la hora de la muerte.

Y por todo ello, ¿qué agradecimiento encuentra en el corazón de los hombres? Nuestro Señor ama, y no lo amamos ni conocemos su amor porque los hombres no nos dignamos recibir los dones con que quiere manifestarse. Los hombres tampoco queremos escuchar las lecciones que querría darle a nuestro corazón.

Al instituir este Sacramento de amor, nuestro Señor preveía toda la ingratitud de los hombres y sentía todo el sufrimiento anticipadamente en su Corazón; no obstante, nada de esto le pudo contener ni impedir manifestarnos el exceso de su amor, instituyendo este Misterio.

¿No será justo que, en medio de tanta gente incrédula, de tantos que le tratan con frialdad, de tantas profanaciones y tantos ultrajes, encuentre nuestro Dios un poco de amor por parte de algunos amigos de su Sagrado Corazón? ¿Alguien que llore las injurias que se le hacen, que sea fiel y perseverante en la adoración a la Eucaristía para reparar con su amor todos los ultrajes a los que se expone Jesucristo por su exceso de amor en este augusto Sacramento?



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de renovar en nuestra mente los sentimientos más vivos de respeto y adoración hacia Dios.



3) Lectura: Del libro de San Manuel Gonzalez, *Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario* (n°423-425).

De unas palabras del Evangelista san Juan he deducido que una de las ocupaciones del Corazón de Jesús en el Sagrario es esperar que los suyos le dejen entrar. ¿Recordáis aquellas palabras: “Vino a su casa y los suyos no le recibieron”? (...).

Del Señor es la tierra y su plenitud... y todos los que la habitan” Posesiones tuyas son, pues, todos los pueblos de la tierra y todas las casas de esos pueblos y todos los moradores de esas casas. Todo eso

es Casa del Señor. Los demás amos de la tierra más que amos son inquilinos de Dios. Y quiso Dios, lleno de bondad, de generosa delicadeza, visitar a sus inquilinos de la tierra. ¡Tenía tantas ganas de estar cerca de ellos! ¡Les hacía tanta falta esa visita! ¡Entre el demonio y el pecado los habían dejado tan desastrosamente perdidos y arruinados! Y el que era Señor y Dominador universal, se hizo Peregrino del Amor y se puso a llamar a las puertas de las casas de la tierra... ¡Qué pena, Dios mío, que después de ese delicioso “Vino a los suyos” haya tenido que escribir el Evangelista el tristísimo, el desolador “los suyos no le recibieron!



El Peregrino del Amor se puso primero a llamar a las puertas del pueblo donde se dignó nacer como hombre y dice el Evangelista que para Él no había sitio. Y desde esa primera puerta que no lo deja entrar, ¡cuántas se le cierran en su vida mortal y de Sagrario! De cuántas asambleas, escuelas y hogares desde entonces hasta ahora, se ha podido escribir como de la posada de Belén: ¡No hay sitio para Jesucristo! Desde entonces hasta ahora, ¡cuántos hombres se pasan la vida escribiendo en la puerta de sus almas con sus obras y muchos hasta con sus palabras: "¡No hay sitio!". Y, ¡si eso lo hicieran sólo los que no lo conocen!

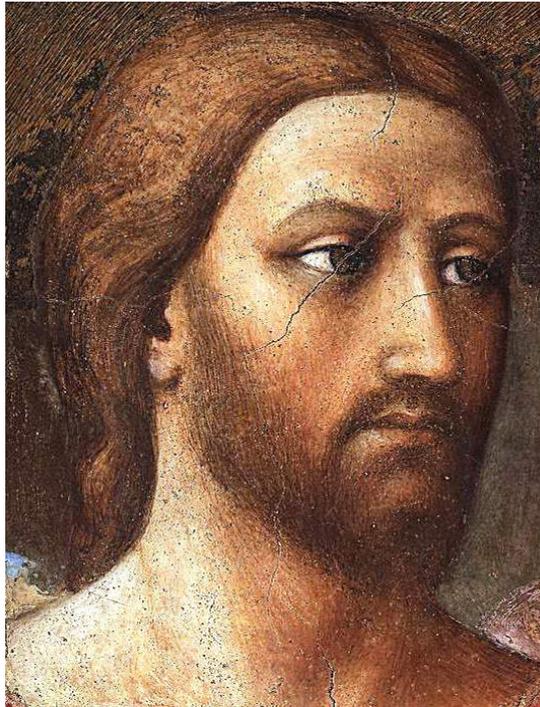
Pero, ¡Jesús mío, Peregrino del Amor desairado!, ¿tan abiertas te tenemos las puertas los que te conocemos y los que sabemos que estás llamando? ¡Yo también te he hecho pasar días enteros y noches muy largas llamando a mis puertas sin dejarte pasar...! También mi ángel de la guarda ha tenido que escribir con tintas de lágrimas, en el libro de mi vida: Fue a él Jesús y no lo recibió...

(...) Y mientras, Él, encerrado en el Sagrario, sin cansarse y sin protestar y con el oído alerta por si vienen, se pasa el día y la noche esperando a los suyos... Y cuando siente pasos y oye murmullos cercanos, ¡con qué presteza y con qué olvido de las malas noches y de los malos días manda abrir la puerta que lo aprisiona y se entra dentro del alma a cuya puerta tanto tiempo llamó...!

Propósito del día: Intentemos hacer una visita al Señor en el Sagrario, dedicando un breve instante a acompañarle en su soledad.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Sea amado en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).

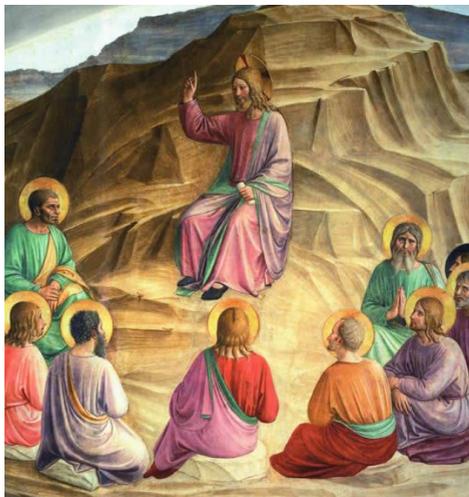


Sexto día

Fundamentos de interés

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte I, capítulo 4)

El provecho que nos causa esta devoción



En una de las revelaciones del Señor a santa Margarita María de Alacoque le aseguró que la devoción a su Sagrado Corazón es de provecho para todos:

*«Para los eclesiásticos y religiosos es un medio eficaz para llegar a la perfección de su estado; para los que trabajan por la salvación del prójimo, un medio seguro para mover a las almas. Y, en fin, para todos los fieles es una devoción sólida para conseguir la victoria contra las pasiones y poner unión y paz en las familias más discordes. También para librarse de las imperfecciones más arraigadas y para conseguir un amor ardiente y tierno hacia mí. En suma, para **llegar en poco tiempo y de un modo fácil a la perfección de su estado**».*

Como decía el Cardenal Pedro Damián, en el Corazón de Jesús se hallan *«todas las armas necesarias para nuestra defensa, todos los remedios oportunos para la curación de nuestros males, todos los socorros más poderosos contra los asaltos de nuestros enemigos, las consolaciones más dulces para aliviar nuestras penas y las más puras delicias para llenar nuestra alma de alegría».* Y continuaba: *«¿Estáis afligidos? ¿Vuestros enemigos os persiguen? ¿La memoria de los pecados pasados os hace temblar? ¿Vuestro corazón se siente agitado de inquietud, de miedo o de pasiones? Venid y postraros delante del altar, arrojaos a los brazos de Jesucristo, entrad hasta su Corazón, que es el asilo y la morada de las almas santas y un lugar de refugio donde nuestras almas se hallan en perfecta seguridad».*

San Bernardo no hablaba jamás del Sagrado Corazón de Jesús sino como de un «tesoro en el que se encuentran todas las gracias y en el que se encuentra un manantial inagotable de bienes».

Si Nuestro Señor ha hecho tanto por ganar los corazones de los hombres, ¿va a negarnos un lugar en su Corazón cuando le pidamos? Y es que si Cristo se da hasta al que no le ama, se lleva en la hora de la muerte a gentes que apenas se han dignado visitarle y que, incluso, lo han maltratado, ¿dejará de hacer favores a aquellos que quieran manifestarle sinceramente su amor? ¿Y a los que, con sus frecuentes visitas, con sus actos de adoración y, principalmente, con su ardiente amor, desagravian los ultrajes que recibe?

Acerquémonos a su Corazón y reposemos nuestra alma en Él como un niño que, sin inquietud y sin miedo, reposa en los brazos de su Madre.





Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de sacar el mayor provecho posible de este manantial inagotable de bienes.

3) Lectura: Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús-El provecho que nos causa esta devoción para nuestra salvación.*

El Sagrado Corazón de Jesús no es solamente el asiento de todas las virtudes, también es el manantial de las gracias con que se consiguen y se conservan. Tened una tierna devoción al amable Corazón, todo lleno de amor y de misericordia. Continúad pidiendo al Corazón amado de Cristo todo lo que deseáis conseguir; ofreced por Él todas vuestras acciones, porque este Sagrado Corazón es el tesoro de todos los dones sobrenaturales; Él es el camino por el que nos unimos más estrechamente a Dios, y por el que Dios se nos comunica más amorosamente. Bebed, bebed, pues, despacio, de su Sagrado Corazón para así tener gracias y virtudes. Y no temáis por que se agote, ya que es un tesoro infinito. Recurrid a Él en todas vuestras necesidades: sed fieles en las santas prácticas de una devoción tan razonable y tan provechosa, que, bien pronto, sentiréis sus efectos.

Acto de Amor al Sagrado Corazón de Jesús

«Permite que me dirija a ti, ¡oh Corazón Divino y adorable de Jesús mi Salvador, abismo de amor y de misericordia!, y que te pregunte lleno de confusión y de asombro a la vista de tus gracias y mis ingratitudes, por qué motivo has inventado este nuevo modo de sacrificarte por mí en la divina Eucaristía. ¿Te parece poco, Señor, que te hicieran preso, ofrecerte a los azotes, a los dolores, a los insultos y a la muerte de Cruz? ¿Era preciso, también, que estando ya glorioso e inmortal te viésemos incesantemente expuesto a los oprobios en el Sacramento del amor, en que con tanta frecuencia te desprecian, te injurian y ultrajan, hasta aquellos tendrían que amarte con más ardor? ¿Y será posible que, viéndome yo a mí mismo en el mismo número

de estos miserables ingratos, no muera de confusión y dolor? ¡Ay Dios mío! Hiere mi corazón y acaba con mi ingratitud: acuérdate de que tu adorable Corazón, llevando el peso de mis pecados al Huerto de los Olivos y sobre la Cruz, fue por ellos afligido y gimió ante el espectáculo de mis miserias. No permitas que tu tristeza, tus dolores, tus lágrimas, tu sudor y tu sangre se malogren en mí. Hiere mi corazón de un modo eficaz, Divino Salvador mío. Por más ingrato y más indigno que sea de vuestro amor, no por eso has dejado de amarme. Me has amado, aun cuando yo no te amaba nada, ni tampoco quería que me amases: ahora, pues, que lo deseo, no me niegues tu amor. Yo te doy mi corazón, mételo en el tuyo. Que este momento sea el de mi verdadera conversión y que comience a amarte, para no cesar jamás de hacerlo, ya que me consagro por completo a tu amor en calidad de esclavo perpetuo. Que muera yo a mí mismo para no tener más vida, ni más intenciones, que por ti y para ti. Amén».

Propósito del día:

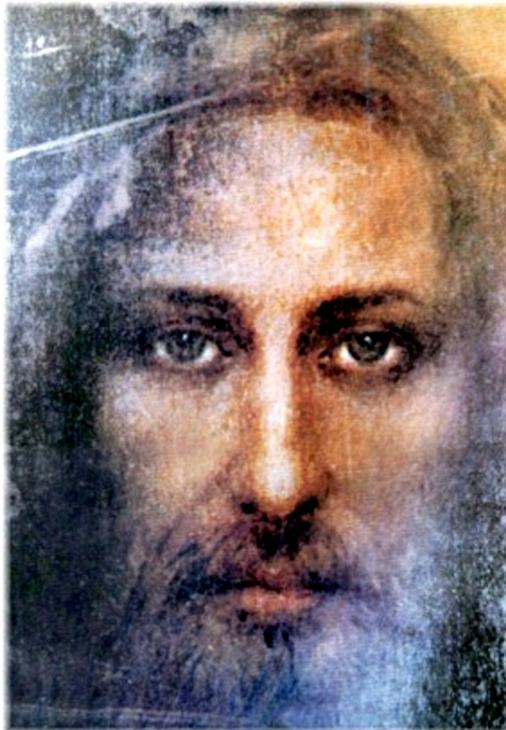
Hablemos hoy a alguien de la devoción al Sagrado Corazón.

Jaculatoria del día:

(para repetir durante el día) ¡Sagrado Corazón prepáranos un camino seguro para llegar al Cielo!

Letanías al Sagrado

Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Séptimo día

Fundamentos de gusto

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, Parte I, capítulo 5*)

La inmensa dulzura de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Del mismo modo que la contemplación de las llagas de Jesucristo en la Cruz nos recuerda su gran misericordia, la memoria de su Corazón nos inspira una dulzura y una alegría inmensas, que son los consuelos inseparables del amor.

La devoción al Sagrado Corazón nos lleva a adorar fielmente a Jesucristo en la Eucaristía, pues en este Sacramento nos da la mayor de todas las gracias: **se nos da a Sí mismo real y verdaderamente**, y nos hace sentir la dulzura de su presencia y de sus dones.

Los santos que con más ternura han amado el Sagrado Corazón son los que han recibido los más grandes favores y consolaciones, pues Jesucristo nunca niega sus caricias a sus devotos. Él mismo le reveló a santa Matilde en una aparición:

*«Ten una tierna devoción a mi Corazón, porque es el tesoro de todas las gracias que te hago continuamente, y él mismo es el **manantial de todos los consuelos interiores y de aquellas dulzuras inefables con las que lleno a mis fieles amigos**».*

Cuanto más nos acerquemos al Sagrado Corazón, más nos llenará Jesús de dulzuras interiores y podremos exclamar con San Bernardo:

«¡Oh, qué bueno y qué dulce es el hacer morada en tu Sagrado Corazón! ¡Basta oh, mi amado Jesús, con acordarme de vuestro Sagrado Corazón para llenarme de alegría!».



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) **Pedir la gracia** de que al recordar las dulzuras del amor de Cristo nos dispongamos a hacer actos de renuncia por amor a Él.

3) **Lectura:** el libro de San Francisco de Sales, *Introducción a la vida devota- capítulo XXXV: Que es necesario ser fiel, en las ocasiones grandes y en las pequeñas.*

«Pero, mientras la divina Providencia no te envíe aflicciones tan sentidas y tan grandes (...) soporta con dulzura las pequeñas injurias, las pequeñas incomodidades, las pequeñas pérdidas cotidianas, porque, con estas pequeñas ocasiones, aceptadas con amor y afecto, ganarás enteramente su Corazón y lo harás tuyo. Aquellas pequeñas limosnas cotidianas, aquel dolor de cabeza, aquel dolor de muelas, aquel romper un vaso, aquel desprecio o aquella burla, (...) o la pequeña incomodidad de acostarse pronto y levantarse temprano, aquel poco de vergüenza que se siente al hacer públicamente ciertos actos de devoción: en una palabra, todos los pequeños sufrimientos, aceptados y abrazados con amor, complacen en gran manera a la Bondad divina, la cual por un solo vaso de agua ha prometido a sus fieles un mar de felicidad, y, como sea que estas ocasiones se ofrecen a cada momento, el aprovecharlas es un gran medio para atesorar muchas riquezas espirituales».

Propósito del día: Ofrezcamos una mortificación al Señor (en la comida, en el sueño, en privarnos de algún gusto o en hacer algo que nos incomode y cueste).

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Dulce Corazón de mi Jesús, haz que te ame siempre más y más!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).

Octavo día

3. Medios para adquirir esta devoción

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte II, capítulo 1)

Disposiciones convenientes

Las disposiciones convenientes para alcanzar la devoción al Sagrado Corazón son cuatro:

- a. Horror al pecado
- b. Fe viva
- c. Deseo grande de amar a Jesús
- d. Recogimiento interior

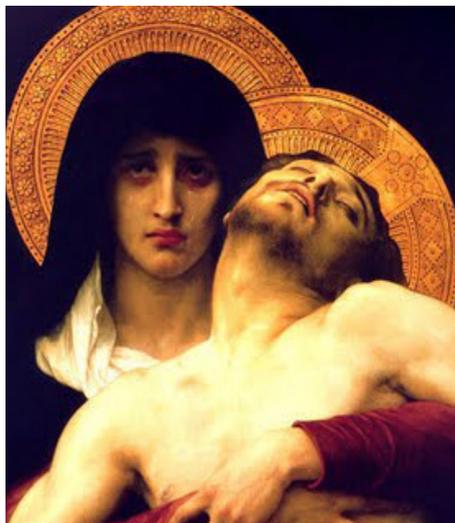
También serán necesarios algunos actos propios, mediante los cuales se llevará a la práctica esta devoción. Estos son:

- a. Amor
- b. Reparación

a. Primera disposición: un gran horror al pecado

Quien practica esta devoción busca crecer en el verdadero amor a Jesucristo, y anhela ser amado por Él de modo más íntimo.

El Señor amó a san Juan con predilección por su castidad y pureza. Y a eso deben aspirar todos los que quieren crecer en amor a Jesucristo: a tener un alma pura, que sienta pena por cometer pecados veniales



y se preserve de los pecados mortales. Es decir, que tenga el firme propósito de rechazar las ocasiones de cualquier tipo de pecado, pues quien ama verdaderamente no desea ofender al amado ni en lo pequeño ni en lo grande. El Sagrado Corazón es la fuente de toda pureza, nada impuro puede acercarse a Él ni entrar en Él. El Corazón de Jesús sólo da entrada a corazones arrepentidos y puros, que buscan por todos los medios limpiarse de sus pecados e imperfecciones para ser más agradables a Él y para poder disfrutar en plenitud de las gracias de su Corazón. De hecho, el Evangelio nos enseña que “*Sólo los puros de corazón verán a Dios*” (cf. Mt 5).

Además, como bien sabemos, el pecado nos separa de Dios, nos aparta de su amor y nos impide responderle con todo el corazón. La práctica de la devoción al Sagrado Corazón nos ayuda a conseguir la verdadera pureza de corazón y a mantener el alma en gracia, siempre y cuando abracemos la resolución de hacer todo lo que esté en nuestras capacidades para renunciar al pecado.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.



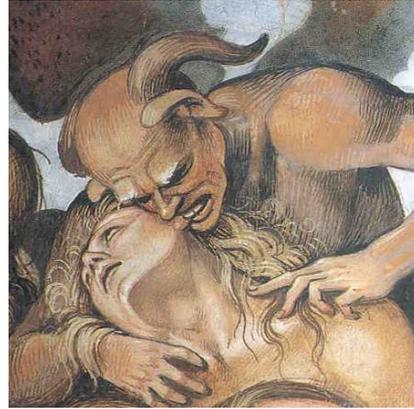
2) Pedir la gracia de conocer cuán grande es el dolor que causan mis pecados al Sagrado Corazón.

3) Lectura: Del libro de san Alfonso María de Liguorio *Preparación para la muerte*.

¿Qué hace quien comete un pecado mortal?...Injuria a Dios, le deshonra y, en cuanto está de su parte, le colma de amargura.

Primeramente, el pecado mortal es una ofensa grave que se hace a Dios. La malicia de una ofensa, como dice santo Tomás, se aprecia atendiendo

a la persona que la recibe y a la persona que la hace. Una ofensa hecha a un simple particular es, sin duda, un mal; pero es mayor delito si se le hace a una persona de alta dignidad, y mucho más grave si se dirige al rey... ¿Y quién es Dios? Es el Rey de los reyes. Dios es la Majestad infinita, respecto de la cual todos los príncipes de la tierra y todos los santos y ángeles del Cielo son menores que un grano de arena. Ante la grandeza de Dios, todas las criaturas son como si no fuesen. Eso es Dios...



Y el hombre, ¿qué es?... Responde san Bernardo: "Saco de gusanos, manjar de gusanos, que en breve le devorarán". El hombre es un miserable, que nada puede; un ciego, que no sabe ver nada; pobre y desnudo, que nada tiene. ¿Y este mísero gusanillo se atreve a injuriar a Dios?. Con razón, pues, afirma el Angélico Doctor que el pecado del hombre contiene una maldad casi infinita.

Por eso san Agustín llama al pecado un "mal infinito"; de suerte que, aunque todos los hombres y los ángeles se ofrecieran a morir, y aun a aniquilarse, no podrían satisfacer por un solo pecado. Dios castiga el pecado mortal con las terribles penas del infierno; pero, con todo, ese castigo es, como dicen todos los teólogos, menor que la pena con que tal pecado debiera castigarse.

Mas el hombre, al pecar, ¿qué hace sino decir a Dios: "Señor, no quiero servirte"? El Señor le dice: "No te vengues", y el hombre responde: "Quiero vengarme". "No tomes los bienes del prójimo", y desea apoderarse de ellos. "Abstente del placer impuro", y no se resuelve a privarse de él. El pecador dice a Dios lo que decía el impío faraón cuando Moisés le intimó la orden divina de que diese libertad al pueblo de Israel... Aquel temerario respondió: "¿Quién es el Señor para que yo obedezca su voz?... No conozco al Señor" (*Ex 5, 2*). Lo mismo dice el pecador: "Señor, no te conozco; hacer quiero lo que me plazca". Ante Dios mismo le pierde el respeto y se aparta de Él. Esto es



propriadamente el pecado mortal: la acción con que el hombre se aleja de Dios.

Mas, ¿por qué se ofende a Dios? Por un puñado de tierra, por un raptó de ira, por un brutal placer, por capricho. Apenas el pecador comienza a deliberar consigo mismo si dará o no consentimiento al pecado, entonces, por decirlo así, toma en sus manos la balanza y se pone a considerar qué vale más, si la gracia de Dios o la ira, el humo, el placer... Y cuando luego da el consentimiento,

declara que para él vale más aquel humo o aquel placer que la divina amistad. Ved, pues, a Dios menospreciado por el pecador.

¿Qué pena no sentiríais si recibieseis grave ofensa de alguien a quien hubieseis favorecido mucho? Pues esa misma pena causáis a Dios, que llegó hasta dar su vida por salvaros. Clama el Señor a la tierra y al Cielo para que le compadezcan por la ingratitud con que le tratan los pecadores... En suma, los pecadores afligen con sus pecados al Corazón del Señor... Dios no puede sentir dolor; pero si fuese posible que lo sintiera, sólo un pecado mortal bastaría para hacerle morir, por la infinita pesadumbre que le causarí.

Próposito del día: Preparémonos hoy para confesarnos en estos días, haciendo bien el exámen de conciencia, con sincero arrepentimiento de nuestros pecados.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Corazón divino de Jesús, convierte nuestro corazón!

Letanías del Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).

Noveno día

Disposiciones convenientes

(Siguiendo el libro del P. Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, Parte II, capítulo 1*)

b. Segunda disposición: Fe viva

Para poder amar el Sagrado Corazón es necesaria una fe viva, que se consigue con la repetición frecuente de actos de amor. El que venera el cuerpo de los santos y sus reliquias, pero después ante el Cuerpo vivo de Cristo y su Sangre no muestra respeto y amor, no tiene una fe viva. El que se arregla porque tiene una cita importante pero luego asiste a la Santa Misa como a cualquier otro evento y llega a cualquier hora, tampoco tiene una fe viva.

«El tiempo, cuando se está con la persona amada, vuela. Entonces, ¿por qué un cuarto de hora delante del Santísimo Sacramento nos cansa tanto? Un espectáculo o una representación profana siempre se hace breve, aunque haya durado tres horas. ¿Por qué una misa en la cual Cristo, real y verdaderamente, se ofrece en sacrificio por nuestros pecados, nos parece tan larga aunque no dure más que media hora?».

Hacer buenas obras, orar con recogimiento y pedir a Dios que nos aumente la fe son medios que nos ayudan a crecer en ardiente amor al Corazón de Cristo.

c. Tercera disposición: deseo de amar a Jesucristo

Todos los santos coinciden en que la disposición más propia para alcanzar esta devoción es desear un ardiente amor por Jesucristo, pues esta devoción no es otra cosa que un ejercicio continuo de un ardiente amor.

No hay ningún cristiano que no tenga por lo menos el deseo de amar a Jesucristo, pero aun cuando todos creen tener esta disposición, ¿cómo es que hay tan pocos que le amen ardientemente? Es porque tenemos

el corazón poseído del amor propio; y lo que llamamos «deseo de amar a Jesucristo» no es más que un conocimiento infructuoso de la obligación que tenemos de amarle después de haber conocido todos los beneficios recibidos de Él: es un acto del entendimiento y no de la voluntad.

«Comparemos este aparente deseo con otros verdaderos. ¿Qué cuidados, qué ansias padecemos cuando deseamos con vehemencia alguna cosa? Toda el alma se ve llevada por ello: ni se piensa ni se habla de otra cosa, continuamente buscamos los medios para conseguirlo».

¿Ha causado en nosotros algún efecto parecido el deseo de amar a Jesucristo? Si no es así, es que aún no tenemos este deseo, pues el verdadero deseo de amar al divino Salvador no es una pura especulación, no es un acto del entendimiento sino de la voluntad. Este deseo es siempre eficaz, nunca se ha oído que Jesucristo no lo haya concedido a quien se lo pida. Si no tenemos este ardiente amor por Jesucristo, consideremos seriamente la obligación que tenemos de amarle y estas consideraciones harán nacer, al menos, un verdadero deseo de encendernos en este fuego celestial.

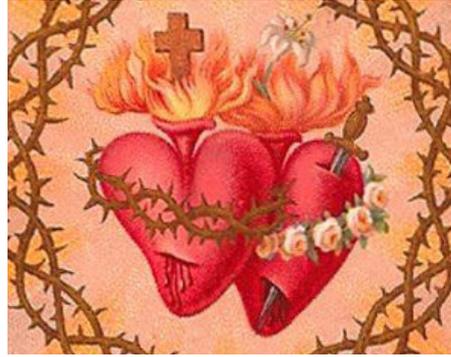


Prácticas de preparación

- 1) Ponerse en la presencia de Dios.**
- 2) Pedir la gracia** de que nuestra fe sea viva y así produzca un amor ferviente
- 3) Lectura.** Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús-Una fe viva.*

Una fe tibia jamás produce amor. Aunque todos confiesan que

Jesucristo es infinitamente amable, pocos le aman porque no creen como conviene en las obras en que se nos ha manifestado su amor. ¿Qué no se hace para hospedar a un hombre que sospechamos que tiene poder en la Corte? ¿Qué puntualidad, qué atención y qué respeto se tienen en presencia de un hombre que



creemos que es el rey, aunque esté disfrazado con los andrajos del hombre más pobre? ¿Qué, pues, no tendríamos que hacer en presencia de Jesucristo, que está sobre el altar? ¿Con qué frecuencia y con qué respeto le visitaríamos? Y, sobre todo, ¿qué amor no tendríamos a nuestro amable Redentor, a nuestro único Rey y a nuestro único Juez, disfrazado bajo las especies de pan y de vino si creyésemos sinceramente que allí está, o por lo menos lo creyéramos con una viva fe? (...) Los que tienen una fe viva y aman verdaderamente a Jesucristo muestran por lo común un gran deseo de comulgar. Y, al contrario, a medida que en una persona va enfriándose en su amor a Jesucristo, cada vez siente menos deseos de acercarse a la Sagrada Comunión.

Propósito del día: Entrar en la iglesia, con mucha fe y hacer con devoción la genuflexión delante de Jesús Sacramentado, pensando que está realmente vivo en el Sagrario.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Corazón Eucarístico de Jesús, aumentad en nosotros la fe, la esperanza y la caridad!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).

perfección que nuestro estado pide. Un hombre cuyo corazón no está recogido se dispersa por todas partes sin hallar en ninguna descanso. Si se diera al recogimiento, encontraría a Dios dentro de sí mismo y no iría más a otra parte a buscar con qué llenar el vacío de sus deseos.

Para actuar de modo recogido es importante entender que nuestras obligaciones no son un impedimento para el recogimiento interior, sino que son los medios más propios para unirnos continuamente a Él, si las hacemos en su presencia. Antes de comenzar una acción, reparemos siempre si está conforme con la razón, si agrada a Dios y si la hacemos por Él. Para saber que lo hacemos por Dios, la señal más cierta es no sentir pena cuando tenemos que dejar de hacer algo y no enfadarnos cuando nos interrumpen.

El medio más seguro y más eficaz es considerar cómo Jesucristo ejecutaría sus acciones cuando estaba en este mundo. ¡Qué distinto era su modo de obrar al nuestro! Mirémosle continuamente si queremos conservar el recogimiento interior y crecer siempre en su amor, como hicieron los Apóstoles y todos los santos que trabajaron por la salvación del prójimo.



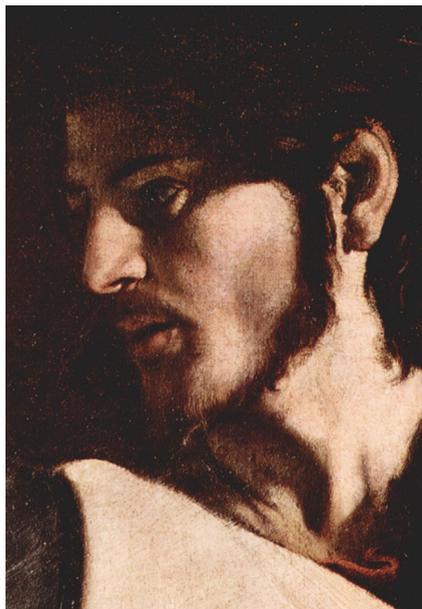
Prácticas de preparación

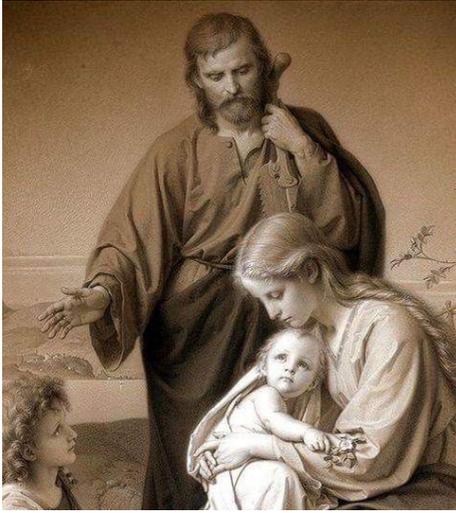
1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de la disposición necesaria para amar más ardientemente a Jesús.

3) Lectura Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús- El recogimiento interior.*

Es preciso, pues, confesar que





el recogimiento interior es tan necesario para amar perfectamente a Jesucristo y para aprovechar en la vida espiritual, que no adelantaremos sino en proporción a cómo lo vivamos. Este es el camino por donde san Ignacio, san Francisco de Sales, santa Teresa, san Francisco Javier y san Luis Gonzaga llegaron a la cumbre de la perfección. Si no tenemos cuidado de vivir recogidos, aun cuando procuramos el

bien de las almas, sacaremos muy poco de las mejores acciones.

Guardemos silencio si queremos escuchar la voz de Jesucristo. Retiremos nuestra alma del tumulto y de la inquietud de las cosas exteriores, para poder hallar la libertad de conversar con Él más despacio y para amarle con fervor.

Un alma, pues, llevada de no sé qué satisfacción que se suele hallar en este tropel de acciones exteriores, engañada con el pretexto de que hace mucho por Dios, se disipa y pierde insensiblemente esta unión con Dios y este recogimiento interior, sin el cual, aunque se trabaje mucho, se adelanta poco. Un alma disipada es como una oveja sin rumbo y descarriada a la que pronto la devora el lobo. Pensamos que nos será fácil volver a entrar dentro de nosotros mismos... Pero además de que esta presencia de Dios es una gracia que no siempre está a nuestra disposición, casi nunca tenemos la posibilidad de librarnos de tantas cosas exteriores que reclaman nuestra atención. Y después de todo el tiempo en que nos hemos detenido, digámoslo así, en un país extraño, perdemos el gusto de las cosas espirituales. El remordimiento y la inquietud que sentimos después de reflexionar sobre nosotros mismos, hacen que el recogimiento interior nos resulte una especie de auténtico suplicio; nos vemos disipados y, en fin, queremos disipación. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué pérdida tan grande la de

un alma que se derrama sin reparo en las cosas exteriores! ¡Cuántas inspiraciones y gracias desaprovecha! ¡De cuántos favores se priva por la falta de este recogimiento!

Para evitar este daño, es importante tener gran cuidado en ponernos siempre en la presencia de Dios y en conservar el recogimiento en medio de nuestras ocupaciones habituales. Es importante que, mientras trabaja el espíritu, el corazón esté en reposo y se mantenga firme en su centro, que es la voluntad de Dios, de la que no debe apartarse.

El medio para adquirir y conservar el don del recogimiento es tener un gran cuidado en los siguientes aspectos:

1. Evitar actuar con demasiada prisa.
2. No volcar nuestro corazón en ocupaciones poco necesarias.
3. Velar y procurar en nosotros una tal disposición que siempre nos encontremos en estado de poder orar.
4. Hacernos todos nuestros deberes y acciones sean medios para llegar a nuestro fin.
5. El retiro y el silencio, pues es muy difícil que una persona que habla mucho vaya muy recogida.
6. El recogimiento interior no solamente es señal de una gran pureza de corazón, sino también es su premio: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”.
7. Tomar alguna señal que nos recuerde hacer muchos actos de fe sobre



la presencia de Dios, como cuando suena el reloj, cuando se oye una campanada, al empezar o acabar alguna obra, etc.

8. La moderación y el sosiego en todo lo se hace, proponiéndonos por modelo la modestia y la dulzura de Cristo.

9. Pensar que Dios nos ve, nos oye y nos toca en todo lo que hacemos, ya sea en la oración, en el trabajo, a la mesa o en la conversación.

Propósito del día: Hagamos durante algún momento de la jornada un acto de presencia de Dios, pensando por algunos segundos cómo Él nos está mirando.

Jaculatoria del día (para repetir durante el día): ¡Todo por Tí, Sagrado Corazón de Jesús.!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Undécimo día

Actos propios de esta devoción

(Siguiendo el libro de Royo Marín, *El Sagrado Corazón*, capítulo 5)

a) Primer acto: el amor

En sus apariciones a Santa Margarita María, Jesucristo pidió a la Santa que procurase el establecimiento de la fiesta del Sagrado Corazón para que los hombres le rindieran culto de amor.

«¡Es el mismo Cristo quien se ha manifestado como mendigo de nuestro amor! Si bien en cuanto que es Dios no necesita de nosotros, pues es infinitamente feliz en la gloria de la Trinidad, Jesucristo busca nuestro amor porque busca nuestra salvación: sabe que cumpliendo el precepto del amor, que nos manda amar al Señor nuestro Dios, “con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente” (cf. Mt 22, 37), llegaremos a la vida eterna».

Sin embargo, no solo debemos amar el Corazón de Cristo porque en esto está nuestra salvación, sino también porque es el Corazón del Verbo Encarnado, al cual, por ser el mismo Dios, se le debe todo amor y adoración.

Y más aún, el Corazón de Jesús merece nuestro amor porque Él nos ha amado primero. Nos ha amado como Dios, desde la eternidad, con un amor infinito, y nos ha amado también como Hombre.

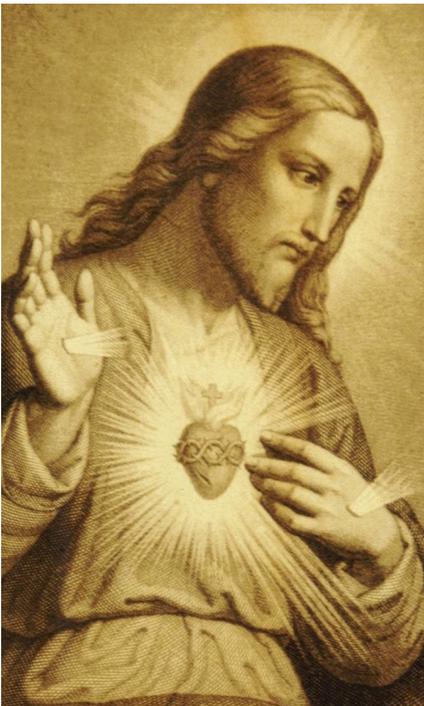
«El Corazón de Cristo palpité de amor y de todo otro afecto sensible;



*mas estos sentimientos estaban tan conformes y tan en armonía con su voluntad de hombre esencialmente plena de la caridad divina, y con el mismo amor divino que el Hijo tiene en común con el Padre y el Espíritu Santo, que entre estos tres amores jamás hubo falta de acuerdo y de armonía» (Pío XII, Carta Encíclica *Haurietis Aquas*)*

Ha sentido por nosotros la ternura y la amistad en el sentido más elevado que se pueda dar: “Nadie tiene mayor amor que éste de dar la vida por sus amigos” (Jn 15, 13). Y Jesús dio su vida por nosotros, cuando aún éramos pecadores.

Jesús no ha amado solamente a la humanidad en general, sino también a cada uno en particular. Cada acto de su vida, cada sacrificio y privación de su vida oculta, cada palabra de su predicación, y cada dolor de su Pasión los ofreció todos por mi alma, en el exceso de su amor. Me amó como si yo solo existiese en el mundo.



Y este amor de Cristo, eterno e infinito, no ha decrecido. Prueba de esto es que se quedó por nuestro amor en la Hostia consagrada: “Yo estaré con vosotros siempre hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). Así, en cada Santa Misa, continúa aplicándonos por amor los frutos de su Pasión y de su Cruz, y esto hasta el fin de los tiempos. El Corazón de Jesús llevó al extremo su locura de amor y se nos dio, no sólo como Salvador, sino también como Pan y alimento de nuestras almas.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) **Pedir la gracia** de que nuestro amor crezca y se manifieste en obras concretas de caridad.

3) **Lectura.** Del Comentario a los *Diez Mandamientos* de santo Tomás de Aquino-*Medios para adquirir la caridad y aumentarla.*

Dos son los medios que propone santo Tomás para adquirir la caridad:

1. Escuchar cuidadosamente la Palabra divina. Y esto se prueba de manera suficiente por lo que ocurre entre nosotros. En efecto, oyendo cosas buenas de alguien, nos inflamamos en amor por él. Y por eso aquellos dos discípulos (de Emaús), turbados por el amor divino, decían – “*¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?*” (Lc 24,32)

2. Continua meditación del bien. Dice san Agustín: “Duro es el corazón del hombre, que no sólo no quiere dar amor, sino que ni siquiera corresponder”. Siempre, así como los malos pensamientos destruyen la caridad, así también los buenos la adquieren, la alimentan y la conservan.

Y otros dos para aumentarla:

1. Desprendimiento del corazón de las cosas terrenas. En efecto, el corazón no puede portarse perfectamente en cosas diversas. Por lo cual nadie puede amar a Dios y al mundo. Por lo mismo, cuanto más se aleja el alma del amor de las cosas terrenas, tanto más se afirma en el amor divino.

2. Firme paciencia en las adversidades. En efecto, es claro que cuando sufrimos cosas penosas por la persona amada, ese amor no se destruye sino que aumenta. “*Copiosas aguas* (es decir, muchas tribulaciones) *no han podido extinguir la caridad*” (Cant 8,7). Por eso los varones santos que soportan las adversidades por Dios, más se afirman en su amor, así como el artesano quiere más la obra en que más trabajó.

De ahí también que cuanto más aflicciones sufren los fieles por Dios, tanto más se elevan en su amor.

Propósito del día: Busquemos tener en algún lugar una imagen del Sagrado Corazón (estatua, estampa, cuadro).

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Sagrado Corazón de Jesús, sed amado!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Duodécimo día

Actos propios de esta devoción

(Siguiendo el libro de Royo Marin, *El Sagrado Corazón*, capítulo 5)



b. Segundo acto:

Reparación

Lo primero y principal de la consagración es que al amor del Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado. A este deber lo llamamos reparación.

El primer hombre, al pecar, ofendió al mismo Dios, y como consecuencia la culpa y la pena del hombre fueron infinitas. Para saldar la ofensa infinita, era necesaria una reparación infinita. Por eso, Cristo es el primer Reparador, que reconquistó la gracia santificante.

Podríamos preguntarnos: ¿cuál es la necesidad que tenemos de reparar, si Cristo ya reparó por los pecados del mundo entero? La entrega de Cristo es perfectamente meritoria, pero hay que recordar que nosotros somos el cuerpo de Cristo y como tal hemos de entrar en su sacrificio. Si no reparamos con Cristo no somos cuerpo suyo. Por ello, nuestra oblación y sacrificio, debe ser inmolar nuestro amor propio y nuestras concupiscencias y crucificar nuestra carne con la crucifixión mística.

Así, el acto de reparación, es un deber de justicia. Con nuestros pecados hemos tenido la osadía de ofender a Dios. Por tanto, se impone la reparación. Pero también la reparación es una exigencia del amor. Debemos corresponder al gran amor de Jesucristo. Además, porque seremos más santos cuanto más intensos, actuales y universales sean nuestros actos de amor.

La consagración profesa y afirma la unión con Cristo, así la expiación da principio a esta unión borrando las culpas, la perfecciona participando de sus padecimientos y la consuma ofreciendo sacrificios por los hermanos. Tal fue, ciertamente, el designio del misericordioso Jesús cuando quiso descubrirnos su Corazón con los emblemas de su pasión y echando de sí llamas de caridad: para que, mirando de una parte la malicia infinita del pecado, y admirando de otra la infinita caridad del Redentor, más vehementemente detestásemos el pecado y más ardientemente correspondiésemos a su caridad.

No olvidemos nunca que toda la fuerza de la expiación pende únicamente del cruento sacrificio de Cristo, que por modo incruento se renueva sin interrupción en nuestros altares. Por lo cual, debe unirse con este sacrificio eucarístico nuestra inmólación para que también seamos ofrecidos como *“hostias vivas, santas, agradables a Dios”* (Rom 12,1).



Prácticas de preparación

- 1) **Ponerse en la presencia de Dios.**
- 2) **Pedir la gracia** de que podamos reparar todas las injurias con las que en todas partes es herido por los hombres tu amoroso Corazón.

3) Lectura: Pío XI, *Oración expiatoria al Sagrado Corazón de Jesús*.

«Dulcísimo Jesús, cuya caridad derramada sobre los hombres se paga tan ingratamente con el olvido, el desdén y el desprecio, míranos aquí postrados ante tu altar. Queremos reparar con especiales manifestaciones de honor tan indigna frialdad y las injurias con las que en todas partes es herido por los hombres tu amoroso Corazón.

Recordando, sin embargo, que también nosotros nos hemos manchado tantas veces con el mal, y sintiendo ahora vivísimo dolor, imploramos ante todo tu misericordia para nosotros, dispuestos a reparar con voluntaria expiación no sólo los pecados que cometimos nosotros mismos, sino también los de aquellos que, perdidos y alejados del camino de la salud, rehúsan seguirte como pastor y guía, obstinándose en su infidelidad, y han sacudido el yugo suavísimo de tu ley, pisoteando las promesas del bautismo.

Al mismo tiempo que queremos expiar todo el cúmulo de tan deplorables crímenes, nos proponemos reparar cada uno de ellos en particular: la inmodestia y las torpezas de la vida y del vestido, las insidias que la corrupción tiende a las almas inocentes, la profanación de los días festivos, las miserables injurias dirigidas contra ti y contra tus santos, los insultos lanzados contra tu Vicario y el orden sacerdotal, las negligencias y los horribles sacrilegios con que se profana el mismo Sacramento del amor divino y, en fin, las culpas públicas de las naciones que menosprecian los derechos y el magisterio de la Iglesia por ti fundada.

¡Ojalá que podamos nosotros lavar con nuestra sangre estos crímenes! Entre tanto, como reparación del honor divino conculcado, te presentamos, acompañándola con las expiaciones de tu Madre la Virgen, de todos los santos y de los fieles piadosos, aquella satisfacción que tú mismo ofreciste un día en la cruz al Padre, y que renuevas todos los días en los altares. Te prometemos con todo el corazón compensar en cuanto esté de nuestra parte, y con el auxilio de tu gracia, los pecados cometidos por nosotros y por los demás: la indiferencia a tan grande amor con la firmeza de la fe, la inocencia de la vida, la observancia perfecta de la ley evangélica, especialmente de la caridad, e impedir además con todas nuestras fuerzas las injurias contra ti, y atraer a cuantos podamos a tu seguimiento. Acepta, te rogamos,

benignísimo Jesús, por intercesión de la Bienaventurada Virgen María Reparadora, el voluntario ofrecimiento de expiación; y con el gran don de la perseverancia, consérvanos fidelísimos hasta la muerte en el culto y servicio a ti, para que lleguemos todos un día a la patria donde tú con el Padre y con el Espíritu Santo vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.»

Propósito del día: Pensemos en alguien sobre quien conservemos algún rencor y ofrezcamos por esa persona un Ave María.

Jaculatoria del día (para repetir durante el día): Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo; os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman.

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Décimo tercer día

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte II, capítulo 2)

4. Los obstáculos que impiden sacar el fruto de esta devoción

a. Primer obstáculo: La tibieza

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es un ejercicio continuo de un ardiente amor, el Corazón del Salvador pide almas puras que sean capaces de su amor, que estén dispuestas a recibir sus favores y llegar al grado de perfección al que las destina, pero esto no lo hallará en quienes son tibios.

Un alma tibia se halla en un estado de ceguera causado por las pasiones que la tiranizan, la disipan y la hacen caer en multitud de pecados veniales y rechazar las gracias del Cielo. Esta ceguera causa en el alma una conciencia falsa: frecuenta los sacramentos pero persiste en pecados veniales considerables, pues su voluntad no tiene la resolución firme para enmendarse; oculta y disimula sus pasiones; comienza a buscarse a sí mismo en todo, con una continua solicitud por lo que puede darle gusto y haciendo así cada vez más fuerte su amor propio. Ésta es una situación muy peligrosa que obliga a Jesucristo a alejar de sí dicha alma.

Hay personas que, habiendo mostrado una gran generosidad para dejar cosas grandes por Dios, después se privan de los mayores favores de Dios porque no luchan contra las pequeñas cosas que las hacen ir arrastrándose en el camino de la virtud. Estas son algunas señales de tibieza:

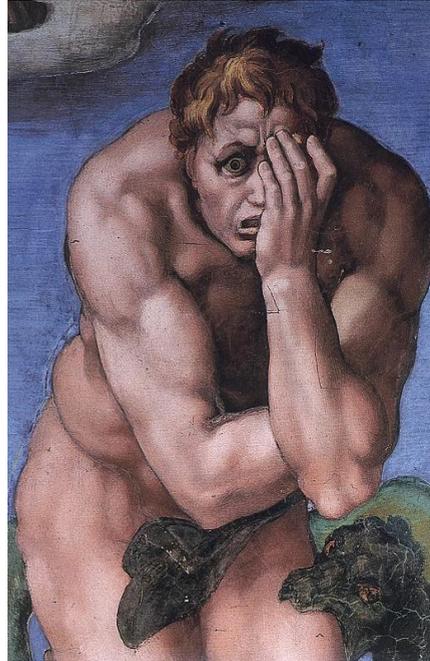
1. Una negligencia grande en todos los ejercicios espirituales: oración sin atención, confesiones sin propósito de enmienda, comuniones sin reparación, sin fervor y sin fruto.
2. Una distracción continua de un corazón que se ocupa con mil impertinencias.

3. Un mal hábito de actuar sin ninguna rectitud de intención, sino por inclinación o por costumbre, no habiendo apenas nada que no esté contaminado por la pasión, el amor propio y los respetos humanos.

4. Pereza en adquirir las virtudes propias de su estado.

5. No hallar gusto en las cosas espirituales. Se hace intolerable ejercitarse continuamente en la modestia, en la mortificación y en el recogimiento interior.

6. Un desprecio a las cosas pequeñas, no hacer caso de las faltas ordinarias ni de las recaídas y llegar a cometer todo género de pecados veniales.



Hay mucha gente con buenos deseos, pero es de lamentar que no los pongan en práctica. En cuestión de riquezas, nadie cree trabajar demasiado ni que emplea demasiado tiempo para ganar dinero. Y para conseguir el Cielo y la felicidad eterna ¿cuánto tiempo dedicamos?



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de ser encendidos en amor al Sagrado Corazón, recibiendo luz para ver aquello en lo que somos tibios.

3) Lectura. Del libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús- La tibieza.*

Aunque el Hijo de Dios aborrezca el pecado, no aborrece al pecador, antes bien lo llama, lo busca y tiene compasión de él. Pero su divino Corazón no puede sufrir un alma tibia. “*¡Ojalá fueras frío o caliente!*”, nos dice el Señor. “*Y así, porque eres tibio, y no caliente ni frío, voy a vomitarte de mi boca*” (Ap 3, 15-16).

Como los pecados que comete un alma tibia no son tan groseros y escandalosos que causen horror, porque son puramente interiores y no se cometen más que en el corazón, se ocultan fácilmente en un examen de conciencia no muy delicado, y un alma poco atenta de sí misma, que no conoce la gravedad de su mal (que no quiere conocer la gravedad de su mal), no se fatiga en remediarlo.

Tan pronto como alguien comienza a entibiarse, se busca a sí mismo en todo, con una continua solicitud por lo que puede darle gusto, y con tal delicadeza, que algunas veces excede a los más sensuales. Y su amor propio viene a hacerse tanto más fuerte cuanto más se encierra en sí mismo, y se aplica enteramente a procurarse una vida dulce y cómoda.

Propósito del día: Intentemos hay prestar más atención al rezar alguna de las oraciones que hacemos cada día, evitando caer en la rutina.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Sagrado Corazón de Jesús en Ti confío, aumenta mi fe!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Décimo cuarto día

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte II, capítulo 2)

b. Segundo obstáculo: El amor propio

La gran diferencia entre las personas espirituales y las que no lo son es que en estas últimas el amor propio obra sin ningún obstáculo, y en aquéllas es menos perceptible y algo más disfrazado. Al reflexionar sobre los verdaderos motivos de la mayor parte de nuestras acciones, aun de aquellas que parecen menos imperfectas, descubriremos señales de amor propio que impiden todo el fruto.

¿Cómo es que hay personas que después de rezar y aplicarse a tener una vida interior, se las sigue viendo inquietas, melancólicas, insufribles y de mal humor? Es porque las luces que reciben en la oración y las inspiraciones que les da Dios no se adecúan con el amor propio del que se ven llenas.

Este amor propio hace que no hallemos gusto en las prácticas piadosas y no aprobemos sino solo aquéllas que nos vienen bien; la mayor parte de las mortificaciones parecen inoportunas o poco proporcionadas a nuestra edad y a nuestro estado. Queremos persuadirnos de que Dios no pide de nosotros tanta santidad. La razón es que realmente no tomamos por regla de nuestra conducta la voluntad de Dios, sino que queremos que nuestra inclinación y nuestro amor propio sean



la regla de la voluntad de Dios. Queremos hacer buenas obras, pero queremos tener la satisfacción de escoger las que queremos hacer.

«Todo lo que obramos es, en su mayoría, según nuestro natural e inclinación: no tenemos dulzura sino con aquellos con quienes tenemos simpatía; no rehusamos nada a los sentidos, y si los mortificamos en alguna cosa, siempre lo hacemos en aquello que nos duele menos, o bien cuando de aquella mortificación se sigue alguna honra.»

Es decir, nos contentamos con un exterior respetable, con las buenas obras de las que sacamos gusto y con las prácticas de alguna devoción en las que nos exigimos. De este manantial del amor propio nacen los deseos estériles y los designios ilusorios de los que se alimenta un espíritu orgulloso.

Es evidente que Jesucristo no reconocerá jamás por verdaderos amigos de su Corazón a los que son amigos de sus comodidades y que solo se aman a sí mismos. Nos lo ha dicho muy claramente, al explicarnos quiénes son sus verdaderos servidores. *“En vano, dice, se preciará ninguno de ser mi discípulo por haber dejado, por amor de mí, sus bienes, a sus parientes y a sus amigos, si no renuncia también a sí mismo”*. Es menester hacerse violencia, plantar batalla a las pasiones, destruir, o al menos mortificar, nuestro amor propio, para llegar a ser sus discípulos y alcanzar un verdadero amor por Jesucristo.

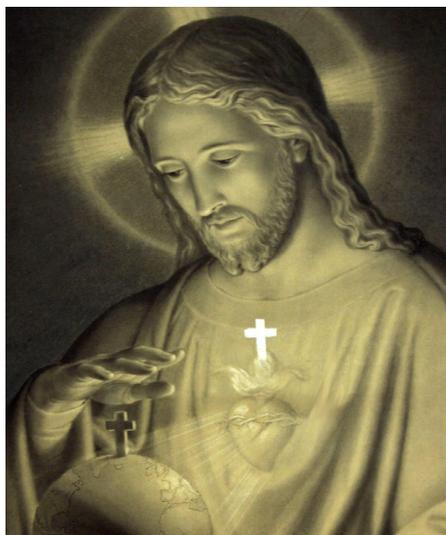


Prácticas de preparación

- 1) Ponerse en la presencia de Dios.**
- 2) Pedir la gracia** de despojarnos del amor propio e inflamrnos en el amor a Jesús.
- 3) Lectura.** Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, El deseo ardiente de Jesucristo de unirse a nosotros.*

Mi Corazón, expuesto a tantas indignidades, soporta sus infamias con paciencia. *“He esperado ser compadecido”* (Sal 69, 21). He esperado día y noche, y nadie viene. *“Consolido”* (Sal 69, 21). He

esperado a alguien que reparara mediante su amor, su adoración y su alabanza por las ofensas que los hombres crueles infligen a mi Corazón, y por el desprecio que muestran hacia mi Amor: *“Pero no los hallé”* (Sal 69, 21).



No, no, Salvador mío, que no se diga que Tú estás abandonado. Pondré fin a tus justas quejas. ¿Es así, mi Salvador, como la gente responde a tu amor? ¿Por qué nos has amado tanto?

Mejor dicho, ¿por qué te amamos tan poco? ¿Por qué no te amamos? No quiero permanecer insensible al amor y a la ternura de tu Sagrado Corazón. A las ofensas que los hombres han cometido contra ti. Yo he sido también de los que te han ofendido.

Mi querido Salvador, cuyo Corazón está siempre ardiendo de amor por mí, siempre abierto para recibirme, siempre preparado para mostrarme misericordia, para perdonar mis pecados, mi tibieza, mi falta de fe, recibe el acto de reparación que te hago postrándome aquí ante ti. Tú, que piensas en mí continuamente, que me amas sin cesar, que siempre tienes los mejores sentimientos hacia mí... ¿cómo puedo olvidarme de ti, o permanecer indiferente? ¿Cómo puedo no amarte? ¡Ah, Señor, que deje de vivir si continúo amándote tan poco! ¡Que mi corazón sea aniquilado si de ahora en adelante permanezco insensible al mayor de tus dones, que eres Tú mismo! Porque, al darte a nosotros, nos has dado el mejor de los regalos, nos has concedido el mayor favor que está en tu poder divino entregar.

“Ahora, pues, Israel, ¿qué es lo que el Señor, tu Dios, te pide sino que temas al Señor, tu Dios, y marches por todos sus caminos, amando y dando culto al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma?” (Dt 10, 12). Escucha lo que el Señor te pide: te pide que le ames, te pide tu corazón. ¿Qué? ¿Era necesario que el Señor me pidiera

el corazón después de todo lo que ha hecho por mí? ¿Es posible que le rechace, pesar de que se lo entrego diariamente a las criaturas? Mi Salvador, ahora te lo ofrezco a ti, dignate aceptarlo: *“Un corazón contrito y humillado, Dios mío, no lo desprecias”* (Sal 51, 19). Mi corazón está contrito y humillado, no puede dejar de complacerte. Recibe este corazón que te ofrezco con todo el amor y gratitud de los que soy capaz, para que te alabe y ame el resto de mi vida. Gran parte de mi vida la he desperdiciado porque no te he amado, pero los mejores años están por venir, porque los emplearé todos en amarte.

Te amaré, oh Sacratísimo Corazón de Jesús que fuiste herido por mí, herido en la Cruz por mis pecados, herido en el Santísimo Sacramento por amor a mí. Te honraré durante el resto de mi vida, consagraré a ti todos los días que me quedan, serás mi lugar de descanso, mi morada y mi refugio. *“Aquí está mi reposo para siempre, aquí habitaré”*.

En el futuro, que los que me busquen me busquen en el Corazón de mi querido Jesús, y allí me encontrarán. El Sagrado Corazón será mi morada y mi alimento. En él descansaré de todos mis esfuerzos y, ardiendo con el mismo fuego de amor con el que Tú ardes, te amaré en él y con él, y el centro de mi amor será tu Sagrado Corazón.

Propósito del día: Pensar en algún momento de este día en nuestra muerte, en que nos vamos acercando al encuentro cara a cara con el Señor.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día): ¡Gloria, amor y gratitud al Sagrado Corazón de Jesús!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Décimo quinto día

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte II, capítulo 2)

c. Tercer obstáculo: Una secreta soberbia

Podría decirse que el mayor obstáculo para nuestra perfección (y, por consiguiente, para el amor ardiente a Jesucristo) es la soberbia oculta, el espíritu de vanidad contra el que pocos luchan. Si lo venciéramos, se debilitarían todos los demás enemigos.

El adversario se hace fuerte con la soberbia, pues el demonio utiliza nuestras mismas victorias como armas para vencernos, se aprovecha de ellas para ensoberbecernos. En vano nos atormentamos buscando razones que nos aseguren que no buscamos otra cosa sino la gloria de Dios, pero bastaría con que escucháramos a la conciencia para ver que no buscamos sino nuestra propia gloria.

“Esa inquietud desmesurada que nos causa el miedo a no ser aplaudidos; esa tristeza y decaimiento en que caemos después de un mal suceso; esa alegría y engreimiento que nos viene cuando se nos honra y se nos alaba... son pruebas manifiestas del espíritu de vanidad que nos mueve.”



En ocasiones deseamos distinguirnos en la práctica de ciertas virtudes y en el ejercicio de buenas obras; pero toda esa ansia viene más por destacar que por amor de Dios. Y si recaemos en algunas faltas, nos viene una tristeza que no es efecto de una conciencia delicada, sino solamente de la soberbia secreta

que nos hace tenernos por más santos de lo que en efecto somos.

Es evidente que el amor de Jesucristo es incompatible con un vicio que le es tan contrario. Él hizo de la humildad la primera de las bienaventuranzas, el fundamento de la vida espiritual y el primer paso que hay que dar en el camino de la virtud, la escogió con preferencia al resto de virtudes para que fuese su propio distintivo y carácter. Si no estamos verdaderamente animados de este espíritu de sincera humildad, nos será imposible hacer morada



en su Corazón. Cuando queremos agradar a la vez a Dios y a los hombres, muchas veces ocurre que ni agradamos a Dios ni tampoco a los hombres.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de despojarnos del amor propio morir a nuestra soberbia.

3) Lectura. Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús-Perfil de la persona que ama profundamente a Jesucristo.*

Una persona sólidamente virtuosa y que ame a Jesucristo con entera intensidad procura ser una persona sin amor propio, recta, sin ambición. Es alguien exigente consigo mismo, pero amable con los demás, interpretando en el buen sentido lo que hacen. Es honesto sin ser afectado, educado sin ser cobarde, servicial sin buscar su propio interés. Es extremadamente exacto sin ser escrupuloso, se mantiene siempre unido a Dios sin tirantezas; no está nunca inactivo y, a la vez, no permite que le supere un ímpetu desmedido, nunca está demasiado preocupado o distraído con sus ocupaciones, porque mantiene

constantemente libre su corazón, atento al mayor de sus objetivos: su salvación eterna. Como los grandes santos, tiene una baja opinión de sí mismo y un gran respeto por los demás, porque solo contempla sus virtudes y no les juzga sus defectos. No deja que aquellos que le desprecian le hagan daño, porque no cree que el honor que le puedan negar sea algo que le pertenezca. Por último, es alguien que nunca está de mal humor, porque tiene lo que quiere y, siempre y cuando sea agradable a Dios, no desea nada más. Siempre está satisfecho, siempre en paz, siempre sereno. No se pavonea con el éxito ni se descorazona tras el fracaso, porque sabe que las bendiciones y las cruces de la vida vienen de la mano de Dios, y que, como la voluntad de Dios es su única norma de conducta, siempre hace lo que Dios quiere y siempre acepta lo que Dios le manda.

Guiado por estos principios, no busca lo que le pueda traer más fama. Y como sabe que lo que hacemos no tiene más mérito que el de estar en sintonía con la voluntad divina, no lucha por conseguir mucho, sino que se esfuerza por hacer con perfección lo que su Maestro desea que haga. Por tanto, está constantemente en guardia contra sus inclinaciones naturales y contra su amor propio, y prefiere las obligaciones humildes de su situación personal y sus circunstancias a las grandes acciones elegidas por él. Animado por este amor puro a Jesucristo, acepta la privación de los talentos de los que Dios no le ha dotado, de las virtudes que Dios ha preferido que no tenga y del bien que Él no desea que haga. De la misma manera, es fiel correspondiendo a los dones que Dios le ha conferido y ejercitando las virtudes y sembrando el bien que Dios pone en su camino y que quiere que cumpla.





Por último, es un hombre que se distingue por su mansedumbre, su humildad y, especialmente, por su intenso amor a Jesucristo y su devoción a la Santísima Virgen, y por el aire de santidad que le rodea. Todo lo cual es por sí mismo una forma inmejorable de apostolado. Vive de los sacramentos y los recibe respetuosamente, lo que aumenta diariamente su virtud y le dará ese hambre y esa sed de justicia de la que habla nuestro Salvador. Y siendo un hombre de fe, nunca asistirá al Sacrificio de la Misa sin una profunda gratitud y veneración. Busca honestamente conocer la voluntad de Dios en

todas las circunstancias que surgen y es generoso con Dios, quien nos ha concedido todas las cosas sin reservas, incluso a sí mismo, para inducirnos a no negarle nada. Se sacrifica constantemente, en todas las etapas de su vida, porque sabe que nuestro Salvador crucificado, Jesucristo, es nuestro modelo en todas las cosas. Lleno del espíritu de Cristo, en cada ocasión, tanto cuando reza como cuando está inmerso en sus obligaciones, se esfuerza por hacer coincidir sus opiniones y todos sus pensamientos con la voluntad de Dios, que es su guía en todo.

Propósito del día: Me esforzaré por corregir mi juicio sobre alguien de quien veo sólo sus defectos, esforzándome por ver sus virtudes.

Jaculatoria del día: ¡Jesús manso y humilde de Corazón, haz mi corazón semejante al tuyo!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).

Décimo sexto día

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, Parte II, capítulo 2*)

d. Cuarto obstáculo: Alguna pasión mal mortificada

El cuarto obstáculo son ciertas pasiones no mortificadas que nos hemos guardado y que, tarde o temprano, suelen ser la causa funesta de una gran infelicidad.

«La mayor parte de las personas que quieren darse del todo a Dios y, consecuentemente, declaran una guerra mortal a todos los vicios, se portan en esta lucha de modo similar a la que emprendió Saúl, mandado por Dios, contra Amalec. Dios había mandado a Saúl que exterminase a todos los amalecitas y que arruinase todo lo que les pertenecía, sin exceptuar nada. Saúl exterminó a este pueblo; pero se compadeció de su rey y no sacrificó todo lo que encontró de precioso en el campo. Pero esta desobediencia le costó a Saúl su reino y fue la causa de su reprobación y de su pérdida (I Sam 15, 3-23).»

A veces nosotros procuramos desterrar de nosotros el espíritu mundano, pero no nos importa que nuestros hijos lo tengan. Nos vestimos con modestia, pero queremos que nuestros hijos se adornen siempre de manera suntuosa. Moderamos nuestra cólera, pero nos quedamos una secreta ambición y no nos decidimos a exterminar alguna secreta envidia.



Exclamaba un gran siervo de Dios: «¡Dios mío!, ¡qué desorden, qué revolución es esta! Tan pronto estamos alegres como nos ponemos tristes. Hoy sentimos afecto por todo el mundo, y mañana seremos como un erizo que pincha a todo el que se nos arrime. Esto es una evidente señal de poca virtud: esto es que nuestro carácter aún reina en

nosotros y que nuestras pasiones no están mortificadas. Un hombre verdaderamente virtuoso es siempre el mismo y, mientras no sea así, cuando hacemos algo bien, la mayor parte de las veces es más por nuestro estado de ánimo que por virtud».

Estos son los grandes obstáculos para el amor a Jesucristo y, por tanto, para la devoción a su Sagrado Corazón. Son los manantiales de las imperfecciones que se descubren en quienes nos parecen más piadosos: imperfecciones que hacen un daño imponderable a la verdadera virtud, por la falsa idea que dan de ella. El verdadero amor de Jesucristo no permite las imperfecciones de la soberbia secreta o del amor propio. Y sin este verdadero y puro amor a Jesucristo no puede haber ninguna devoción perfectamente sólida, ni virtud perfecta.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de que nuestra mortificación sea constante y generosa.

3) Lectura. Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, La alegría y la verdadera dulzura son inseparables de la verdadera mortificación y de la sincera humildad.*

No puede haber verdadera devoción sin una mortificación generosa y constante y sin una sincera humildad. Pero ¿podremos hablar de humildad y de mortificación sin horrorizar a los tímidos y pusilánimes que tienen el deseo de amar a nuestro Señor? Pero ¿cómo no llenarse de temor al considerar una vida tan incómoda? ¿Se puede contemplar, quizá, toda una vida toda llena de cruces sin sentir miedo? Contradecir en todo nuestras inclinaciones naturales, negar a los sentidos todos los gustos no necesarios, vivir retirados, vivir en silencio, sin solicitar la estima de los hombres, despreciando sus alabanzas y no afligiéndose por los desprecios... ¿todo esto no es algo realmente cargante? ¿Vivir así no es vivir una vida triste, melancólica y en cierto modo infeliz? No, cristianos. Todos los que viven así afirman que solo entonces se han visto alegres, tranquilos y perfectamente dichosos. Es verdad que

el mundo dice que este tipo de vida es insoportable, pero el mismo Jesucristo nos dice que es dulce, fácil y llena de alegría y de consuelo. Lo dice el mundo, o sea, los necios y los ignorantes; pero todos los que lo han experimentado dicen lo contrario. San Francisco de Sales llama a este tipo de vida la dulzura de las dulzuras. San Efrén, mientras llevaba una vida extremadamente mortificada, estaba lleno de consuelos interiores y prorrumpía en estas voces: *«Basta, Dios mío, basta, no me oprimas con tus beneficios, modera tu generosidad, si no quieres que yo muera, porque tus dulzuras inefables que gusto en tu servicio son capaces de hacerme morir»*. *«Me hallo»*, dice san Francisco Javier escribiendo desde el Japón a los jesuitas que estaban en Europa, *«en un país donde faltan todas las comodidades de la vida. Por lo demás, siento tantas consolaciones en mi vida interior, que me veo en peligro de perder la vista por las lágrimas que derramo continuamente de puro consuelo»*.

¿Tendremos que creer que tantos millones de santos, de los que decimos que han sido tan sabios y tan sinceros, se hayan puesto de acuerdo para decirnos todo lo contrario de lo que pensaban y experimentaban?

Propósito del día: Hagamos hoy un acto de renuncia a nosotros mismos venciendo la pereza en algo que nos cueste.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Oh Corazón de amor, yo pongo toda mi confianza en ti, porque todo lo temo de mi flaqueza, pero todo lo espero de vuestras bondades!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Décimo séptimo día

5. Los medios para vencer los obstáculos que impiden sacar todo su fruto de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.



(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte II, capítulo 3)

Después de hablar de todo aquello que es obstáculo para esta devoción, vemos que si no estamos continuamente en vela y preparados para el combate, muy pronto el enemigo se hará dueño de nuestro corazón. Estos son los medios que Jesucristo mismo nos asegura que son los más idóneos para disminuir o destruir el amor propio y la soberbia oculta:

- a. La mortificación
- b. La humildad

a. Primer medio: Una verdadera mortificación

La mortificación es tan necesaria para amar de verdad a Jesucristo que es la primera lección que imparte Él mismo a cuantos quieren ser sus discípulos.

“Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día, y que me siga”. (Lc 9, 23)

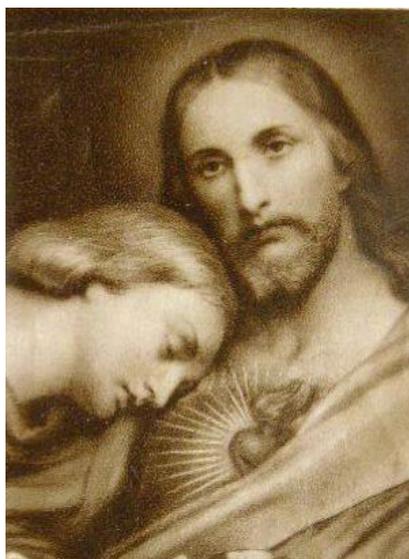
Todos los santos afirman que la mortificación es la señal más clara de una vida virtuosa, sin ella no puede haber ninguna verdadera virtud. Hay dos tipos de mortificación: la exterior, que consiste en

las incomodidades del cuerpo; y la interior, que es propiamente la mortificación del espíritu y del corazón.

La mortificación externa se traduce en ayunos, vigiliias, y otras austeridades corporales que practicadas con discreción, obediencia y generosidad someten el cuerpo, ayudan a triunfar en ciertas tentaciones y asegurar la libertad de espíritu. Son medios poderosos y sirven para hacernos verdaderamente espirituales y perfectos, y cuando se usan con discreción son un maravilloso medio para fortificar la naturaleza, siempre floja para el bien, y para ayudarnos a rechazar los ataques y a evitar las trampas de nuestro común enemigo. También es muy necesaria para obtener del Padre de las misericordias los socorros necesarios para los justos, especialmente a los que comienzan a serlo.

Pero la santidad no consiste en las mortificaciones externas, sino en las interiores, que son siempre un indicio de auténtica piedad. Por eso la mortificación interna es más necesaria que la externa y nadie debe omitirla. Se trata de una violencia continua que hay que hacerse para alcanzar el reino de los cielos. No todos están en condiciones para ayunar, llevar cilicios... pero no hay nadie que no pueda callar cuando una pasión lo empuja a hablar; no hay nadie que no pueda frenar el propio carácter, los deseos, las pasiones. He aquí en qué consiste la mortificación interior, por la que se debilita y se reduce el amor propio, y por la que nos libramos de las imperfecciones.

El ejercicio de la mortificación interior, no es más que aplicar el oído a las divinas inspiraciones. El amor de Jesucristo es tan ingenioso en este punto, que inspira a todas las almas los medios y los trucos para mortificarse. Es algo que excede el genio de los más sabios y que puede tenerse por una especie de milagro: no hay nada que no sirva de ocasión para contradecir las



inclinaciones, no hay ningún tiempo ni lugar que no parezca adecuado para mortificarse, sin apartarse jamás de las reglas de la verdadera prudencia. Basta por ejemplo con tener muchas ganas de ver algo o de hablar para obligarse a bajar los ojos o a aplacar el deseo de saber cosas nuevas o de saber lo que pasa o lo que se dice o lo que se hace, etc.

Si en el exterior no hallamos muchas ocasiones para mortificarnos, nunca faltan dentro de nosotros mismos. No sabremos estar largo tiempo recogidos, ni actuar con modestia, sin mortificación. La honestidad, la dulzura y la cortesía pueden ser efecto de la educación, pero normalmente son señales sobre todo de alguien constantemente mortificado, y sin esta virtud ¿cómo podremos estar siempre en paz, sin altibajos, haciendo siempre con perfección todo lo que hacemos y estando siempre contentos con lo que Dios quiere?



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de que mi mortificación tanto interna como externa sea reflejo de un amor vivo por Jesús.

3) Lectura: Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús-Una verdadera mortificación.*

No hay casi hora del día en que no se presente alguna ocasión de mortificación. Tanto si estamos sentados o de pie, jamás dejará de hallarse un lugar o una postura menos cómoda sin que los demás lo vean; cien veces que nos interrumpen en una ocupación muy seria, cien veces podremos responder con tanta dulzura y cortesía como si nouviésemos nada que hacer. El mal humor de aquellos con los que tratamos, las imperfecciones de los que conviven con nosotros, la ingratitud de alguien a quien le hemos hecho un bien... pueden ejercitar mucho la paciencia del que es sólidamente virtuoso. En fin, todas las incomodidades, las propias del lugar, del tiempo y de las personas, podemos sufrirlas de modo que no se echen de ver, son pequeñas ocasiones de mortificarse pero no es una pequeña

mortificación; es más, tiene un gran mérito y puede decirse que las gracias más grandes y la mayor santidad dependen muchas veces de la generosidad que tenemos en mortificarnos constantemente en estas pequeñas ocasiones.”

Y así, viviendo una vida mortificada podremos decir con san Claudio de la Colombière:

“Mirar a Jesucristo me hace tan amable la Cruz, que me parece que sin ella no puedo ser dichoso. Miro con respeto a aquellos a quienes Dios visita con humillaciones y adversidades de cualquier suerte. Sin duda, son sus favorecidos”.

Propósito del día: Hacer hoy alguna mortificación en la comida, por amor al Sagrado Corazón.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Corazón Sacratísimo de Jesús, ten misericordia de nosotros. Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Décimo octavo día

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte II, capítulo 3)

b. Segundo medio: Una sincera humildad

El segundo medio es una sincera humildad. Dice san Agustín: «*Jesucristo no nos dice: Aprended de mí a hacer milagros, sino aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, para darnos a entender que sin humildad no hay verdadera virtud*».

Para ser verdaderamente humildes no basta con reconocer que no tenemos ninguna virtud ni mérito propio conseguido exclusivamente por nuestros propios esfuerzos. Es menester también creérselo de verdad y no disgustarse de que otros lo crean así.

El primer paso para conseguir esta virtud es pedirla a Dios con insistencia. Después, debemos convencernos a nosotros mismos, reflexionando de modo serio y con frecuencia, acerca de nuestra pobreza y de nuestras propias imperfecciones. Hacer memoria de lo que hemos sido y el considerar lo que podríamos haber sido sirve mucho para humillarnos. El vernos a nosotros mismos tan cerca del precipicio, hace que no nos espantemos de que los otros caigan.

«Las señales más ciertas de una sincera humildad pueden ser: amar especialmente a los que nos desprecian, y no evitar ninguna de las humillaciones que nos llegan; no hablar nunca de nosotros mismos con estima; no quejarnos jamás de todo lo que Dios permite que nos suceda; no querer que otros se compadezcan de nosotros; disimular las faltas del prójimo y el no turbarnos con nuestras propias caídas; preferir en todo a los demás; no emprender nada sino desconfiando de nosotros mismos y estimar en poco todo lo que hacemos. En fin, rezar mucho y hablar poco».

Cuando uno se considera tan miserable como es, no lleva mal que le desprecien porque conoce que es justo. Un hombre humilde, por malo que sea el tratamiento que se le da, cree que se le hace justicia. Un hombre que ha merecido el infierno puede conocer bien que se le debe el desprecio. No queremos decir con esto que recibamos con consuelo

sensible las humillaciones, pues el desprecio es, naturalmente, desagradable; pero no quejarse, tolerarlo, agradecerlo a Dios y aun pedirle por aquellos de quienes se sirve para humillarnos, por más repugnancia que sienta la naturaleza orgullosa en someterse a su Providencia, son señales de una sincera humildad, sin la cual en vano creeremos que tenemos una verdadera y sólida virtud.

Si queremos alcanzar la perfección cristiana, es importante proponernos firmemente olvidar todos nuestros intereses, aun tal vez hasta los espirituales, para buscar únicamente la gloria de Dios. No se goza de una paz segura y tranquila sino en el olvido de sí mismo.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de tener un deseo sincero de reparar, en lo que esté a nuestro alcance, las ofensas que se han infligido, y que continúan infligiendo diariamente el Sagrado Corazón.



3) Lectura: Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús-Meditación para el segundo viernes de enero.*

Meditemos ahora cuáles deben ser los pensamientos de Jesús al sentirse tan humillado todos los días en la Eucaristía, incluso por los cristianos, a pesar de que la instituyó para satisfacer su amor hacia nosotros. Incluso si Jesucristo no hubiera obrado este milagro, incluso si no nos hubiera amado hasta el límite,

¿sería esa una razón para no amarle?

Cristianos, ¿No ha hecho el Salvador más que suficiente para merecer nuestro amor? Y si su amor extremo le ha llevado a hacer lo que nos parece excesivo, ¿va a ser ese amor sin límites el que impida que le amemos, o, peor aún, va a ser la causa de que le despreciemos? ¿no es lo que ha pasado desde que instituyó este misterio? ¿No se cumplen hoy las palabras de los profetas, que dijeron: «Que se harte de oprobios», «despreciable y despojo de hombres», por el trato que recibe en el Santísimo



Sacramento? La ingratitud y la impiedad de quienes le condenaron nos provocan una justa indignación. Vemos, sin embargo, esa impiedad e ingratitud renovada en las humillaciones a las que su amor expone a Jesucristo cada día en el Santísimo Sacramento, ¿y nunca nos conmovemos?

Hasta ahora, oh Salvador, hemos sido desagradecidos contigo. Hemos respondido a tus dones con frialdad y descuido. Tú, sin embargo, continúas mostrándonos tu misericordia a pesar de nuestra infidelidad. Concédenos morir de dolor o vivir en un continuo arrepentimiento por haber amado tan poco a Dios, que nos quiere hasta el infinito, y que nos da continuamente en la Eucaristía la prueba de amor más grande que haya existido jamás.

De ahora en adelante os amaremos, oh Salvador, y os adoraremos y os alabaremos en el Santísimo Sacramento. Empezaremos a demostraros amor comportándonos con modestia y respeto en tu presencia; por medio de una devoción ardiente a tu Sagrado Corazón y un deseo sincero de reparar, en lo que esté a nuestro alcance, las ofensas que

se os han infligido, y que continúan infligiéndoos diariamente contra el Sacramento de vuestro Amor. Concédenos que estas disposiciones continúen hasta la muerte.

Propósito del día: Hagamos un acto de humildad al encontrarnos con algún límite, imperfección o defecto, reconociendo nuestra pequeñez y nuestra nada.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día) ¡Gloria, amor y gratitud al Sagrado Corazón de Jesús!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Décimo noveno día

6. El culto privado al Sagrado Corazón de Jesús

Culto de adoración

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte III, capítulo 6)

El culto al Sagrado Corazón de Jesús es ante todo personal, ya que ha venido a “reinar sobre los corazones”, y el corazón es algo propio de cada uno. El culto es de adoración, de consagración y de imitación.

El culto de adoración se da especialmente en la Santa Misa, en la Comunión, en las visitas al Santísimo y en la oración.

a. En la Santa Misa

No hay nada sobre la Tierra que dé más gloria a Dios que el Santo Sacrificio de la Misa. No hay ninguna otra acción en el mundo que se deba realizar con mayor respeto, atención y devoción. En este misterio, todo es grandioso. El poder que Dios muestra en la Misa es infinito, un amor sin límites, una paciencia extrema.

«En la Eucaristía se vuelve a hacer presente, real y verdaderamente, el sacrificio de la Cruz, el sacrificio real e incruento de la misma víctima inmolada en el Calvario, que se ofrece a sí mismo al Padre como holocausto en expiación por nuestros pecados. Y como Él paga el precio de su Sangre derramada por nosotros en la Cruz, debemos asistir a la Santa Misa con los mismos sentimientos que si hubiéramos sido testigos de la muerte de nuestro Salvador en el Calvario. O mejor: debemos intentar entrar en los sentimientos que anidaban en nuestra querida Madre y el discípulo amado».

El recogimiento, el silencio, una actitud humilde y un respeto profundo son disposiciones necesarias. Pero tienen que estar sostenidas por una fe viva: recordar que estamos asistiendo a un sacrificio del que

Jesucristo es la víctima, y es por nosotros por quienes se ofrece ese sacrificio.

De todos los modos de asistir al Santo Sacrificio, el que sugiere la devoción al Sagrado Corazón produce mucho fruto. Consiste principalmente en realizar actos interiores. Inmediatamente después de la Consagración, sostenidos por una fe viva, daremos culto a Jesucristo y expiaremos por todas las ofensas, desprecios y pecados. Adoraremos su Sagrado Corazón, y agradeceremos su amor. Después penetraremos en Él para admirar el tesoro de virtudes y gracias que contiene. Admiraremos su humildad, su paciencia heroica, que es



una prueba contra el trato ingrato de muchos, su mansedumbre y su infinito dolor por nuestros pecados, que Él ha consentido cargar sobre sus hombros. Contemplemos su fervor infinito ante la gloria de su Padre y su amor a los hombres, su lucha por la salvación de todos y por la de cada uno en particular.

¡Qué desgracia vivir necesitados cuando tenemos un tesoro inabarcable y además inagotable a nuestra disposición!



Prácticas de preparación

- 1) **Ponerse en la presencia de Dios.**
- 2) **Pedir la gracia** de participar de la Santa Misa sabiéndonos presentes en el Calvario.
- 3) **Lectura:** De los *Escritos* de san Claudio de la Colombière.

«...Pero cuando celebro la Santa Misa, o ayudo en la celebración, cuando ofrezco el adorable Sacrificio como ministro de Dios o como miembro de la Iglesia, puedo, lleno de confianza y valor, Dios mío,

retar al Cielo a hacer lo que más me plazca. Así, sin estar aterrorizado ni por el número ni por la enormidad de mis crímenes, me atrevo a pedirte perdón por ellos, sin dudar de que me lo concederás de la forma más perfecta que pueda desear. No importa lo enormes que sean mis deseos, no importa lo grandes que sean mis esperanzas, no se me plantean dificultades a la hora de pedir todo aquello que pueda satisfacerlos. Pido gracias enormes, todo tipo de gracias, para mí mismo, para mis amigos y para mis peores enemigos. Y, en lugar de avergonzarme de mis peticiones o de desconfiar de no recibir tantas cosas a la vez, encuentro que pido poco en comparación con lo que ofrezco: incluso creo que cometo un delito con esta víctima viva pidiendo infinitamente menos de lo que merece.

No le temo a nada tanto como a no esperar firmemente y con perseverancia todo aquello que he pedido, y cosas mayores, si es posible, que todo lo que he pedido. ¡Dios quiera que lleguemos a conocer el valor del tesoro que tenemos en nuestras manos! ¡Bienaventurados mil veces quienes saben aprovecharse del mayor de sus tesoros! ¡Qué fuente de bendiciones encontramos en este adorable Sacrificio, digno de toda alabanza! ¡Qué gracias, qué favores, qué riqueza temporal y eterna para el cuerpo, para el alma, para esta vida, para la eternidad! Pero debemos admitir la verdad: ni siquiera pensamos en hacer uso de nuestras riquezas, ni siquiera nos dignamos poner la mano en el tesoro que Jesucristo nos ha dejado.





Tenemos a nuestra disposición un remedio para todos los males, un árbol de la vida, que nos puede dar no solo salud sino incluso la inmortalidad. ¡Sin embargo, estamos aquejados por mil enfermedades! **Cuando asistes a Misa, si quieres beneficiarte de ella, obtendrías para ti lo que habrías recibido en el Calvario, si hubieras estado presente. Si hubieras estado en el Calvario, no se te habría negado el perdón de tus pecados. El efecto de la Santa Misa es el mismo.**

Jesucristo se pone en nuestras manos como una víctima de valor infinito para obtener de Dios todo aquello que podamos necesitar, no importa lo grande o valioso que sea. En el Sacrificio de la Misa, Jesús no solo se hace nuestro intercesor ante el Padre Eterno para pedir por sus méritos todo lo que nosotros deseamos, sino que ofrece su Sangre y sus méritos en pago por todo lo que pedimos. ¿Qué puedes desear, por muy grande que sea, que tenga tanto valor que lo que presentas para recibirlo? (...) La gente asegura que desea corregir sus propios fallos y los de los demás. Sin embargo, no hace ni una cosa ni la otra. ¿Has pedido en la Misa eso que necesitas? ¿Cuántas veces pides por una intención determinada? ¿Cómo se puede creer que Dios va a rechazar algo tan pequeño pagado a un precio tan grande, que les va a dar tan poco valor a la Sangre y la vida de su Hijo, que no va a pensar que se merece esa gracia, esa virtud, ese bien temporal o ese favor espiritual que desees para ti mismo o para otra persona, si eso te conduce a la salvación?”

“¡Dices que no sabes qué hacer durante la Santa Misa! ¿Nunca has ofendido a Dios? ¿No le ofendes todos los días y a todas horas? Reflexiona durante la Misa en todas las faltas de las que eres culpable

desde la celebración anterior. Pide perdón a Jesús. ¿No tienes nada que pedirle? Nos pasamos todo el día quejándonos de nuestros parientes, de nuestros amigos, de los hijos... Pídele a Dios que haga más razonable a ese enemigo, más modesta a esta hija, a este marido menos temperamental, pídele que cambie el corazón de este hijo; pídele más humildad, más paciencia, más coraje y más fervor para rogar por tu salvación, y pídele en especial el amor de Dios. Y para obtener todos estos dones, ofrécele la ofrenda de Jesucristo en el altar. No puede ser que nos rechace, porque lo que ofrecemos es infinitamente más valioso que lo que pedimos».

Propósito del día: Hagamos el propósito de llegar unos minutos antes en la próxima Misa que participemos para prepararnos bien.

Jaculatoria del día: ¡Sagrado Corazón de Jesús, inflama nuestro corazón de tu amor!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



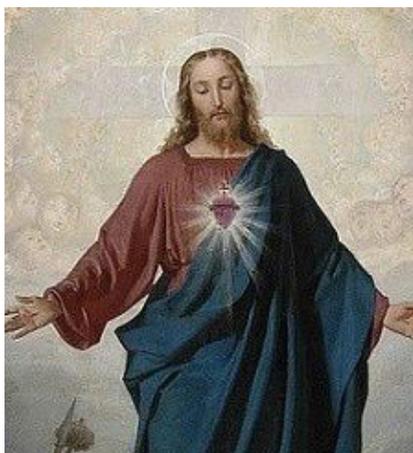
Vigésimo día

Culto de adoración

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte III, capítulo 7)

b. En la Comunión

La Sagrada Eucaristía es el mayor sacramento y el más sagrado y, por su valor, este sacramento exige mayor cuidado al recibirlo que todos los demás. No hay otro misterio más santo y asombroso. Una buena Comunión debería ser suficiente para hacernos santos. Nos aproximaremos a ella de una forma correcta si creemos que somos poco merecedores de recibir a Cristo y, al mismo tiempo, hacemos todo lo que está en nuestras manos para llegar a merecerlo.



Es un defecto de quienes comulgan a menudo el no prepararse lo suficiente. Estas almas, insensibles al mayor de todos los dones, tienen muchas razones para temer, porque no reaccionan al peligro del estado de tibieza en el que viven.

«¿Qué pensaríamos de unas personas que conversaran con Jesucristo a menudo, que comieran todos los días sentadas a su mesa y que no fueran mejores cada día? ¿Les quedaría alguna esperanza de curarse a los enfermos a quienes Jesucristo no sanara cuando le fueran presentados?».

Debemos acercarnos a la Comunión con humildad y reconocimiento de nuestra insignificancia; con hambre espiritual, que es signo de que necesitamos su alimento celestial; con pureza de corazón; y con amor a Jesucristo o, al menos, con el deseo de amarle y de cumplir su voluntad.

Pero el método más útil para comulgar bien es practicar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, pues toda preparación debe ir acompañada de una reflexión honda sobre las cualidades admirables del alimento divino que vamos a recibir. La intención de llevar una vida recta y el olvido generoso de uno mismo —dones del Espíritu Santo que son recompensa de una activa mortificación—, así como la imitación de las virtudes que amamos en Jesucristo, aseguran grandes frutos.

En lugar de ocuparnos en recitar oraciones, tenemos que aprovechar la mayor parte del tiempo que precede, acompaña y sigue a la Comunión para hacer actos internos, principalmente actos de amor a Dios, que deberían tener el efecto de aumentar el amor de Dios en nuestros corazones.

Renovemos nuestra fe en la presencia de Jesucristo, adorémosle con un respeto profundo, mezclado con asombro, al ver a Dios humillándose hasta el extremo de venir a alojarse en el corazón de un hombre, de un pecador. Ofrezcámosle el amor y fervor con el que tantas personas santas reciben la Comunión. Ofrezcámosle su propio Corazón con el inmenso amor del que está inflamado. Con confianza y sinceridad, presentémosle nuestras debilidades y miserias. Dejémosle que llene nuestro corazón de tal modo que no tengamos otros sentimientos que los suyos y pensemos qué puede disgustarle de nosotros, qué desea que hagamos y qué nos impide realizarlo.

Nuestro Salvador viene a nosotros para unirnos más a Él; nos abre su Corazón, nos lo entrega... ¿vamos a negarle el nuestro?





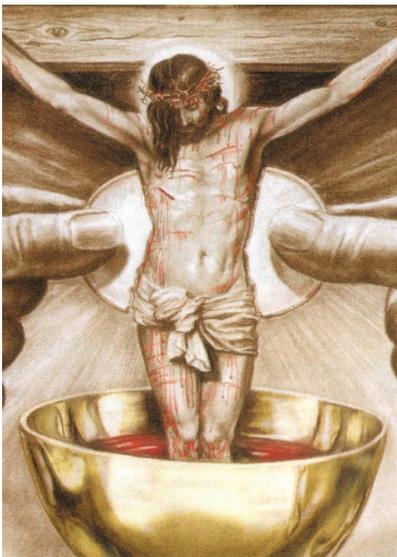
Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) **Pedir la gracia** que María Santísima nos enseñe la auténtica devoción al Corazón de Jesús y nos enfervorice en la devoción por Jesús Eucaristía.

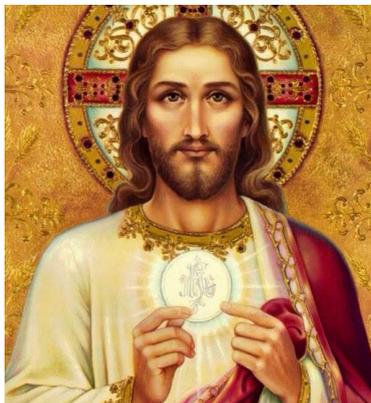
3) **Lectura:** De las *Meditaciones para prepararse a la consagración de Argentina al Sagrado Corazón- La devoción al Corazón de Cristo es inseparable de la Eucaristía.*

El amor con que Jesucristo se nos dio a sí mismo por alimento espiritual se entiende mediante la práctica de una especial devoción al Corazón Eucarístico de Jesús; la cual nos recuerda aquel acto de amor sumo con que nuestro Redentor, derramando todas las riquezas de su Corazón, a fin de prolongar su estancia con nosotros hasta la consumación de los siglos, instituyó el adorable Sacramento de la Eucaristía. Ciertamente, no es pequeña la parte que en la Eucaristía tuvo su Corazón, por ser tan grande el amor de su Corazón con que nos la dio. (Cf. Pío XII, *Haurietis Aquas*)



En el sacrificio eucarístico se inmola y se recibe a nuestro Salvador “*siempre vivo a interceder por nosotros*” (Hbr 7, 25), cuyo Corazón fue abierto por la lanza del soldado y derramó sobre el género humano la torrente de su Sangre preciosa. En este excelso Sacramento, además, que es la culminación y centro de los demás sacramentos, *se gusta la dulzura espiritual en la misma fuente y se recuerda aquella insigne caridad que Cristo ha demostrado en su pasión* (Santo Tomás de Aquino, *Opusculum* 57); es necesario por tanto que - para usar las palabras de San Juan

Damasceno - *nos acerquemos a él con deseo ardiente... para que el fuego de nuestro deseo, recibiendo como si fuera el ardor de una brasa, destruya quemando nuestros pecados e ilumine los corazones y en el contacto habitual con el fuego divino nos volvamos ardientes y puros y semejantes a Dios* (San Juan Damasceno, *De fide orthod.*, 4, 13) (Cf. Pablo VI, *Investigabiles divitias*).



“En la Santísima Eucaristía descubrimos con el "sentido de la fe" el mismo Corazón, (el Corazón de Majestad infinita) que continúa latiendo con el amor humano de Cristo, Dios-Hombre. ¡Cuán profundamente sintió este amor el Santo Papa Pío X! ¡Cuánto deseó que todos los cristianos, desde los años de la infancia, se acercasen a la Eucaristía, recibiendo la santa comunión: para que se unieran a este Corazón que es, al mismo tiempo, para cada uno de los hombres "Casa de Dios y Puerta del Cielo". "Casa" ya que, mediante la comunión Eucarística el Corazón de Jesús extiende su morada a cada uno de los corazones humanos. "Puerta" porque en cada uno de estos corazones humanos, Él abre la perspectiva de la eterna unión con la Santísima Trinidad. (San Juan Pablo II, *Ángelus*, 16 de junio de 1985).

“Toda la devoción al Corazón de Jesús en cada una de sus manifestaciones es profundamente Eucarística: se manifiesta a través de prácticas religiosas que mueven al creyente a vivir en armonía con Cristo, *"manso y humilde de corazón"* (Mt 11, 29), y se intensifica en la adoración. Se ahonda y encuentra su punto culmen en la participación en la Santa Misa, especialmente en la Misa Dominical, donde los corazones de los creyentes, fraternalmente unidos en alegría, oyen la palabra de Dios y aprenden a ofrecerse ellos mismos y la totalidad de sus vidas a Cristo (*Sacrosanctum Concilium*, n. 48). Ahí se alimentan en el banquete pascual del Cuerpo y Sangre del Redentor, y compartiendo completamente el amor que palpita en Su Corazón, ellos luchan por ser mejores evangelizadores y testigos de la solidaridad y la esperanza.

(San Juan Pablo II. *Mensaje para el Centenario de la Consagración de la Raza Humana al Sagrado Corazón de Jesús*- Warsaw- Polonia, 11 de Junio de 1999, Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús).

Por último, cabe recordar cómo esta estrechísima unión con la Eucaristía está en la fuente misma de la devoción al Corazón de Jesús, tal como el Señor se la hace vivir a Santa Margarita, a quien recomienda la comunión lo más frecuente posible. Herido vivamente el amantísimo Corazón de Jesús de las ingratitudes de los hombres, pide a la piedad de los fieles suavicen su dolor y recompensen sus injurias con estas palabras: *“Te pido que el viernes inmediato a la Octava de la festividad del Corpus se dedique particularmente al culto de mi Corazón: en el cual día, comulgando, se compensen de alguna manera las injurias cometidas contra mi Corazón amante en el Sacramento del Altar; especialmente en los días que estoy expuesto a la veneración de los fieles”*.

Propósito del día: Hacer un acto de reparación a Jesucristo por todas las ofensas que sufre en la Misa y en la Eucaristía (un deseo interior de consolar su Corazón y reparar).

Jaculatoria del día (para repetir durante el día): ¡Bendito sea el Sacratísimo Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento!

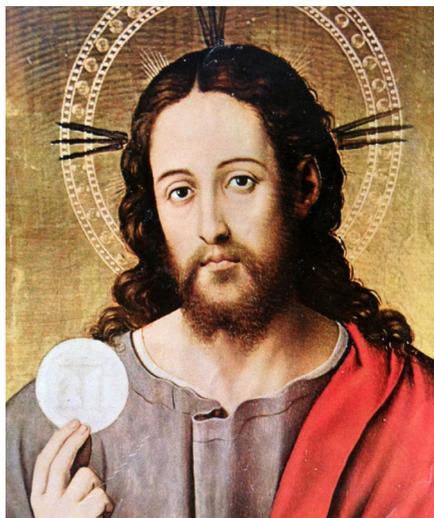
Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Vigésimo primer día

Culto de adoración

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte III, capítulo 5)



c. En las visitas al Santísimo

Jesucristo se ha quedado en la Eucaristía para estar continuamente con nosotros, y no hay nada que gane más su Corazón que las visitas frecuentes y la adoración.

Es entonces cuando suele distribuir sus gracias con más abundancia, y la gracia más habitual es la de darnos su amor, especialmente cuando hacemos las visitas en aquellas horas del día en que apenas nadie está con Él.

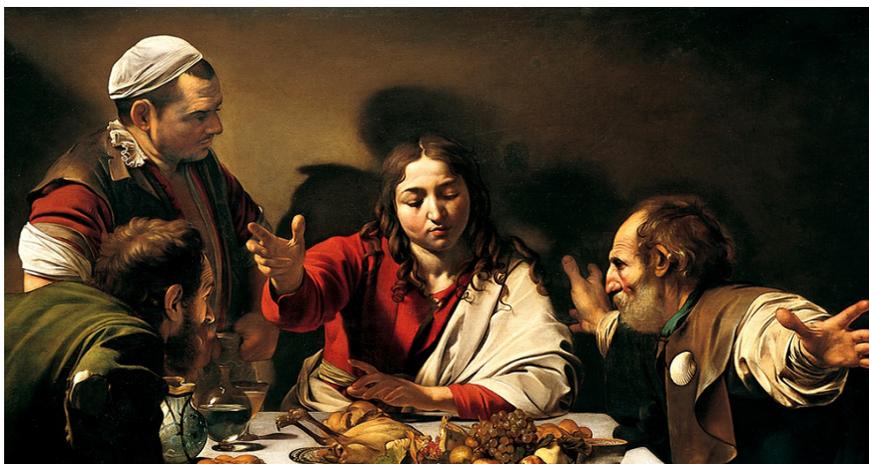
El amor sin límites de Jesucristo le ha llevado a darnos esa extraordinaria prueba de su amor, pero parece que solo ha servido para llevar nuestra ingratitud hasta el extremo. Esto nos recuerda la predicción que hizo el Salvador sobre los últimos tiempos: “*Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la Tierra?*” (Lc 18, 8). Pues, si nuestra fe no se ha extinguido, ¿no resulta muy sorprendente que creamos en la presencia real de Jesucristo en el altar y que, sin embargo, le tratemos con indiferencia?

Dios mismo está presente en el sagrario con el único propósito de escuchar nuestras peticiones y de que le adoremos. Nos espera para ser nuestra fortaleza y ayuda. Ante las dificultades, las tristezas, la toma de una decisión importante... recurramos a Jesucristo. Pedir con perseverancia y con humildad conquista Su Corazón y lo puede todo. Si a veces se retrasa en responder, es para que lo visitemos con más frecuencia. Tenemos que acercarnos a Él con sencillez y verdadera confianza, y nuestro amor a Él debe ser el alma de todas nuestras oraciones.

«¿Por qué permanece Jesús día y noche tan humildemente en el sagrario, si no es porque su mayor delirio es estar con los hijos de los hombres? “No sufráis, mis pequeños —nos dijo—, no os dejaré huérfanos. Ascenderé a los Cielos, pero al mismo tiempo me quedaré con vosotros en la Tierra. Sois débiles, estáis enfermos y cansados. A menudo estaréis tristes, temeréis mis decisiones, tendréis miedo de la ira y de la justicia de mi Padre, pero encontraréis en el Santísimo Sacramento un Padre que os consolará, un médico que os sanará, un guía que os mantendrá sanos y salvos, un maestro que resolverá todas vuestras dudas, un alimento celestial que os dará nueva fuerza, un redentor y un salvador”».

No debemos olvidar honrar y adorar al Sagrado Corazón de Jesús cada vez que visitemos al Santísimo Sacramento: esta devoción le complace especialmente. Durante nuestras visitas al Sagrado Corazón tenemos que meditar mucho y hablar poco. Un silencio lleno de amor y de adoración es mucho más agradable a Jesucristo que un gran número de oraciones dichas de forma apresurada y con poca atención.

¿Se necesita sacrificar tanto tiempo para visitar a Nuestro Señor con un poco más de frecuencia? ¡No! Bastaría dedicarle algún minuto. Es un deber no sólo de gratitud, sino de honor: si ha muerto precisamente por ti y se ha encerrado contigo en este mundo, ¿no le debes nada?





Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de que María nos enseñe a amar más perfectamente a su Hijo en la Eucaristía.

3) Lectura: Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús- Consejos para recibir frutos abundantes durante las visitas al Santísimo Sacramento.*

1) Entra siempre en la iglesia donde esté reservado el Santísimo Sacramento con gran veneración, como signo externo de tu fe y de tu respeto por la santidad del lugar. Una actitud humilde y respetuosa, reverencial, acompañada de recogimiento interior, es la disposición adecuada y necesaria para recibir el afecto de Jesucristo.

2) Durante la visita, nuestras oraciones deben ser breves y llenas de cariño. Las más sencillas y menos afectadas son las mejores. Tienen que salir del corazón.

3) A pesar de que nuestras visitas sirven siempre para adorar a Jesucristo presente en el sagrario, hay ciertos momentos del día y determinadas fechas del año en los que resultan más agradables al Corazón de Jesús. Para los que comparten techo con Jesús Eucaristía, la diligencia en visitarle en cuanto se levantan por la mañana les reportará bendiciones especiales. La celeridad que muestran al ir a saludar a Jesucristo tan pronto como pueden, y el hecho de ser de los primeros en adorarle, le resultan muy gratificantes.

4) La tarde es también un momento muy propicio para visitar al Señor en el Santísimo y de demostrarle que le queremos. Y es un momento en que confiere grandes gracias, porque durante algunas horas de la tarde recibe pocas visitas. Como lo que nos mueve en esos momentos no son las personas, ni la rutina, ni los respetos humanos, sino el amor a Jesucristo, Él será más generoso con sus gracias.

5) Además de las grandes festividades consagradas a Dios, hay otros días en los que Nuestro Señor desea especialmente que sus amigos le

visiten. Son días de diversión, como por ejemplo el carnaval, cuando tantos solo se preocupan de ir de fiesta, y son momentos en los que se suele ofender mucho a Dios. Los amigos generosos y fieles a Cristo que dediquen esos días a visitarle recibirán grandes gracias.

6) Nunca debes alejarte de la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento sin decirle con Jacob: *“No te soltaré hasta que no me bendigas”* (Gn 32, 27).

7) Recuerda mostrar respeto en la iglesia o en el oratorio en el que resida Jesucristo. No te dejes vencer por las personas superficiales, que muestran respeto y cortesía solo en presencia de los poderosos.

8) Nunca olvides hacer un acto de adoración singular al Sagrado Corazón de Jesús en cada visita. Ofrécele a Jesús tu corazón y ruégale que lo una al suyo, para que los dos corazones sean desde ese momento uno solo.

9) Un último consejo: la mejor manera de meditar, de tener vida interior y de desarrollar nuestras virtudes es visitando a Jesucristo Sacramentado con frecuencia, con gran respeto, sencillez y confianza, hablando poco, escuchándole atentamente y amándole con ternura, con la certeza de que Él está verdaderamente presente en el sagrario.

10) Pongámonos en manos de María al ir a hacer la visita, pues la Virgen Santísima es, de entre todas las criaturas, la que más amó a Jesucristo y la más amada por Él. Y es también la que más ardientemente desea que su Hijo sea perfectamente amado.

Propósito del día: Hagamos hoy una visita al Santísimo en alguna iglesia o capilla cerca (pueden ayudarte las “Sugerencias del Padre Croiset para las visitas al Santísimo”, página 142).

Jaculatoria del día: ¡Corazón eucarístico de Jesús, aumentad en nosotros la fe, la esperanza y la caridad!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total)

Vigésimo segundo día

Culto de adoración

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, Parte III, capítulo 5*)

d. En la oración

La oración es un arma muy poderosa que Dios ha dejado en manos de los cristianos. No hay ningún medio más eficaz que la oración para conseguir el amor a Jesucristo, ni tampoco ninguno más fácil. No obstante, nos olvidamos. Casi podríamos decir que este medio tan poderoso para llegar a amar a Nuestro Señor, nos aleja más de Él, nos da miedo.

Pero, ¿qué es lo que nos da miedo? Nos atemoriza el saber que si nos escucha, Su amor nos obligará a hacernos más buenos, más recogidos y más santos de lo que queríamos ser. Nos da miedo saber que, si le amamos ardientemente, tendremos disgusto en todo lo que hemos amado hasta entonces y lo que aún amamos. Parece que nos da miedo llegar a comprender que no tenemos excusas.

Pero si consideramos que es Nuestro Salvador, no tenemos nada que temer. En el momento que nos demos cuenta de estos primeros sentimientos, rechacémoslos, y Él nos dará su amor y su gracia. Es más, nos abrirá su Corazón y nos hará gustar las dulzuras que nos trae el amarle, para que así rápidamente todo lo demás nos disguste.

No hemos de tener miedo a hacer grandes peticiones o de modo apremiante, creyendo que vamos a molestar a Jesús con nuestra indiscreción o con nuestra inoportunidad, pues ocurre todo lo contrario. La razón por la que conseguimos tan poco de Dios es porque le pedimos muy poco o porque poco confiamos en nuestras oraciones.



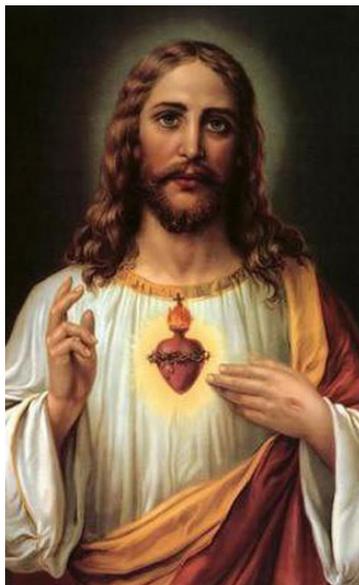
Pidámosle a todas horas su amor puro, ardiente, generoso y perfecto. Podemos estar seguros de que nos escuchará, pues Jesucristo nos ha prometido no rechazar nada de lo que le pidamos y no faltará a su promesa: “*Pedid y se os dará*”. (Mt 7,7)

Nosotros no sabemos muchas veces lo que pedimos, pero ofenderíamos a Jesucristo si, pidiéndole su amor, dudásemos de que va a escucharnos, sobre todo si se lo pedimos con sinceridad y con verdadera fuerza. Puede ocurrir que Jesucristo, para castigarnos o para humillarnos, y siempre para que consigamos más méritos, quiera dejarnos a veces con ciertas faltas y ciertas imperfecciones, a pesar de pedirle que nos libre de ellas; pero hemos de convencernos de que después de haberle pedido con ilusión y con sinceridad su ardiente amor, no nos lo puede negar e incluso nos concederá más de lo que le pedimos.

“Dame, Señor, solo tu amor y tu gracia, que sólo eso me basta para ser feliz”.



Prácticas de preparación



1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de que Ella forme en nosotros un corazón eucarístico.

3) Lectura: Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús- El deseo ardiente de Jesucristo de estar con nosotros.*

Considera que, en cuanto estuvo formado en el vientre de la Virgen María, el Sagrado Corazón de Jesús se llenó de un amor inmenso por todos los hombres. Pero, como es propio del amor desear estar siempre con el ser amado, una vida de treinta y tres años le pareció demasiado corta para satisfacer

el mayor de todos sus milagros. El Sagrado Corazón no pudo poner ningún límite a su amor que se desbordaba. "No os aflijáis, apóstoles míos", dijo nuestro Salvador, "si me tengo que marchar para ascender a los Cielos. Mi Corazón desea con locura permanecer con vosotros, más de lo que vosotros deseáis estar conmigo. Mientras quede un solo hombre sobre la Tierra, estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Todos los motivos que habían llevado al Hijo de Dios a revestirse de nuestra naturaleza habían acabado: la Redención se había completado. Fue el deseo de permanecer siempre con nosotros el que le movió a obrar este milagro continuo, este compendio de todos los milagros, por el que su inmenso amor le colocó en la posición de ser incapaz de separarse de nosotros. Jesús ha ascendido al Padre. ¿Por qué vuelve todos los días a la Tierra disfrazado, si no es porque no puede separarse de los hombres y porque le encanta estar con nosotros? ¿Podríamos haber imaginado que Jesucristo nos amaría hasta ese extremo? Es desde el punto más alto de su gloria desde el que piensa en venir a alojarse en nuestros corazones, como si le faltara algo para completar su felicidad si permanece lejos de nosotros. Este deseo debe ser muy intenso, ya que continúa existiendo en el Cielo, donde todos los deseos están satisfechos. Jesucristo ama de forma apasionada a los hombres, puesto que sin poder contentarse con la inmensa gloria que disfruta desde su Ascensión, se ofrece todos los días en un estado humilde y oscuro en nuestros altares para satisfacer el exceso de su amor, cumpliendo así lo dicho por el Profeta: "*Me deleitaba con los hijos de Adán*" (Pr 8, 31).

Propósito del día: Hagamos el propósito de hacer una Hora Santa de Adoración Eucarística enseguida que tengamos la oportunidad de hacerlo.

Jaculatoria del día: ¡En los cielos y en la tierra sea para siempre alabado el Corazón amoroso de Jesús Sacramentado!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).

Vigésimo tercer día

Culto de consagración

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte III, capítulo 4)

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús nos lleva a ofrecer nuestro corazón con todos sus sentimientos al Señor, a fin de que se conforme al Suyo. Nos entregamos a Su Corazón por completo y con amor indiviso: es todo Suyo, no hay lugar para ninguna criatura.

Nos comprometemos a vivir sólo para Él. Aunque no sea en forma de voto que obligue bajo pecado, lo hacemos como promesa formal a Aquél que nos amó hasta el extremo de dar la vida por cada uno de nosotros. A partir de ahora nuestro divino Redentor es también nuestro Padre, nuestro Amigo, nuestro Maestro y, en fin, todo.

Pero para poder realizar una verdadera entrega del propio ser, hay que pedirle la gracia al amable Jesús de alcanzar el perfecto olvido de nosotros mismos, ya que ese es el único medio que puede abrir la puerta de Su Sagrado Corazón. Y, sabiendo que Él es asiento de todas las virtudes y manantial inagotable de gracias, le pediremos que nos conceda también una profunda humildad, pues es la virtud que más Le agrada y nos ayuda a cumplir en todo momento Su santa voluntad, hasta la eternidad.



Nos sometemos totalmente a Su influjo para que haga de nosotros lo que quiera. Abrazados por Su amor, ofrecemos al Sagrado Corazón todos los méritos y los frutos de todas las Misas, oraciones, mortificaciones, prácticas de piedad, acciones de celo, de humildad, de obediencia y de todas las demás virtudes que practiquemos hasta el último momento de nuestra vida. Todo esto no será solamente para honrar el Sagrado Corazón de Jesús y sus admirables disposiciones, sino que le rogamos



humildemente que acepte la completa donación que hacemos de todo para que lo disponga del modo que más le agrade y en favor de quien le parezca.

Sólo Él puede hacer de nuestra vida un sacrificio agradable al Padre. Por ello, nuestra vida, acciones, trabajos y sufrimientos quedan consagrados a Su gloria, hasta que las llamas sagradas de su Amor nos consumen totalmente. Y así, haciendo todo por este Corazón adorable e iluminados por Su luz, llegaremos a la pureza de Su Amor que es puro, ardiente y generoso.

Esta consagración, además, evitará que caigamos en la desdicha de vivir ignorando Su amor y haciendo oídos sordos a todas las secretas lecciones que día tras día quiere darnos para nuestro bien, para nuestra santificación. Entremos, pues, a su Divino Corazón, para vivir y morir en Él en compañía de sus siervos más fieles.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) **Pedir la gracia** de que ella presente ante Jesús nuestra consagración a su Sagrado Corazón.

3) **Lectura:** Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús- Acto de entrega*.

«Corazón adorable de mi amado Jesús, asiento de todas las virtudes, manantial inagotable de todas las gracias, ¿qué has podido hallar en mí para empeñarte hasta llegar a amarme con tanto exceso, mientras que ensuciado con mil pecados mi corazón no te ha mostrado más que tibieza, insensibilidad y dureza? Pues, Señor, la evidencia de estas pruebas de tu amor hacia mí, aun cuando yo no te amaba, es lo que me hace ahora esperar que aceptaréis las señales con las que quiero dar testimonio de que ya sí os amo.

Acepta, pues, de buena voluntad, ¡oh mi amable Salvador!, mi deseo de consagrarme enteramente a la honra y gloria de tu Sagrado Corazón: admite la donación de todo lo que soy. Yo te consagro mi persona y mi vida, mi acciones, mis trabajos y sufrimientos, y no quiero ser en adelante sino una víctima consagrada a tu gloria, ahora abrazada, y algún día del todo consumada, siendo de tu agrado, en las llamas sagradas de tu Amor.

Te ofrezco, pues, ¡Señor mío y Dios mío!, mi corazón con todos los sentimientos que caben en él, deseando que siempre se conformen a los tuyos. Me ves aquí, Señor, entregado por completo a tu Corazón y todo tuyo. ¡Oh mi Dios, qué grande es para mí tus misericordia! ¡Pero, oh Dios de Majestad infinita! ¿Y quién soy yo para que te dignes aceptar el sacrificio de mi corazón? En adelante, será todo tuyo y no tendrán parte en él las criaturas. Tú lo hiciste para que fuera únicamente tuyo, y solo tuyo será. A partir de ahora quiero que seas ya, amable Jesús mío, mi Padre, mi Amigo, mi Maestro y todas mis cosas. Ya no quiero vivir más que para ti. Recibe, amable Salvador de los hombres, el sacrificio que el más ingrato de todos hace a tu Sagrado Corazón, para

reparar los agravios que hasta este mismo momento no he cesado de hacer, correspondiendo tan mal a su Amor. Poco le doy. Pero, en fin, le doy todo lo que puedo dar y todo lo que sé que desea. Yo le consagro y le doy mi corazón, jamás se lo volveré a quitar.

Enséñame, ¡oh mi amable Salvador!, el perfecto olvido de mí mismo, porque este es el único medio que puede abrirme la puerta a tu Sagrado Corazón. Y como a partir de ahora, todo lo haré por ti, ayúdame para que todo cuanto haga sea digno de ti. Enséñame lo que debo hacer para llegar a la pureza de tu Amor, puro, ardiente, generoso: concédeme una profunda humildad, sin la cual no es posible agradarte, y que se cumpla en mí plenamente tu santa voluntad en el tiempo y la eternidad. Amén».

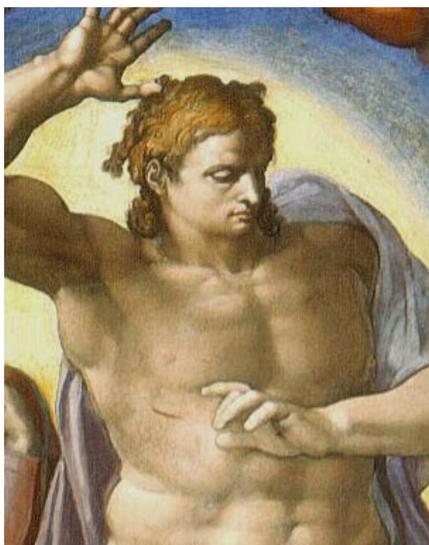
Propósito del día: Ofrezcamos a Dios alguna obra buena de hoy (trabajo, estudio, lectura, apostolado, etc.) para que nos ayude a prepararnos mejor para consagrarnos al Sagrado Corazón.

Jaculatoria del día: ¡Sagrado Corazón de Jesús, creo en vuestro amor por mí!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Vigésimo cuarto día



Culto de imitación

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte III, capítulo 8)

El verdadero amor lleva a la identificación con la persona amada. Es por eso que uno de los efectos principales de esta devoción es la conversión de nuestra vida interior y exterior en una expresión viva de la vida de Jesucristo. Y para que la imitación sea perfecta es necesaria una profunda humildad, un control de

nuestra mente, una dependencia completa de Él y un gran amor a la Cruz. La medida de estas virtudes en nosotros dependerá de nuestro grado de amor por Jesucristo.

La mansedumbre es una virtud que destaca en el carácter del divino Redentor y que, además, en sí misma contiene muchas otras. Uno de los deseos del divino Maestro es que alcancemos dicha virtud mediante la mortificación y la humildad de corazón. Para ello tenemos que librar nuestro corazón del dominio de las pasiones y, especialmente, del amor propio.

El verdadero amor por Jesucristo nos despoja de todas las ataduras y nos da esa santa indiferencia que hace que todo nos resulte igualmente placentero: no deseamos nada para nosotros mismos, sino sólo aquello que es voluntad de Dios.

«No nos preocupamos por cómo Dios desea valerse de nosotros, si será en algo de mucha importancia o si resultará ser algo trivial o desagradable. El éxito y el fracaso serán igualmente bienvenidos, porque, deseando solamente aquello que Dios desea que pase,

estaremos contentos con todo lo que ocurra. Quienes están atados a sus ocupaciones, a su lugar de residencia, a su propia comodidad o a cualquier otra cosa, no pueden servir a Dios con esta libertad de espíritu, porque son esclavos de su propia voluntad».

Si alguien no vive con atracción por la voluntad del Señor, es porque su amor por Cristo es débil. ¿Cómo se puede decir que se le ama verdaderamente a Jesucristo si no se siente ninguna inclinación por hacer lo que Él desea? Todos nuestros esfuerzos y nuestras apetencias deben estar relacionados con lo que Dios quiere, cuando Él quiere y como Él quiere. Sin eso, el yugo de Jesucristo nos parecerá duro y pesado.

Cuando amemos de corazón a nuestro Salvador sentiremos respeto por todo lo que Él aprecia y rechazaremos todo aquello que le desagrade o le ofende. Y así, brotará también un amor extraordinario a la Cruz. En cambio, para los tibios y pecadores, los ejercicios de piedad resultan desagradables y la sola mención de la humillación y la Cruz les asusta.

«Muchos huyen de la Cruz bajo el espejismo de que pueden dar más gloria a Dios consiguiendo grandes logros y siendo útiles a su prójimo. No ven que eso procede del amor propio y no del amor a Cristo. Hemos de servir a Dios cumpliendo su voluntad, no la nuestra. Su amor debe inspirarnos sentimientos en conformidad con los suyos. Jesucristo tenía un amor extremo a la Cruz. No podemos evitar amar la Cruz, si amamos de verdad a Jesucristo».





Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de ser nuestro modelo y guía en nuestra imitación de su Hijo.

3) Lectura: Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús- Los efectos habituales del amor perfecto a Jesucristo*

Los efectos habituales del amor perfecto a Jesucristo pueden resumirse diciendo que este amor, ha de hacernos imitar sus adorables virtudes, volvernos adaptables al modelo divino, que es el mismo Jesucristo. Nuestra vida exterior e interior se convertirá así en una expresión viva de la suya. Y como ÉL es la viva imagen de Dios, su Padre, así nosotros nos convertiremos en imágenes vivas de ÉL, y expresamos en nosotros mismos todos los rasgos de sus diferentes carismas, de sus misterios y de sus virtudes. Encontramos fácil imitar a aquellos a los que amamos mucho. Ahora, esta imitación perfecta de Jesucristo se hará visible por una humildad sin vaivenes, un control total de nuestra mente, una dependencia completa de Jesucristo en todas nuestras acciones y un gran amor a la Cruz.

Estas virtudes son los efectos normales del verdadero amor a nuestro Salvador. Se podrán tener en mayor o menor medida, dependiendo de la capacidad de nuestro amor por ÉL.



La mansedumbre es hasta tal punto la marca distintiva del carácter de Jesucristo, que el propio Jesucristo nos enseña tanto de palabra como con su ejemplo que la mansedumbre es el rasgo dominante de su carácter, y que es imposible ser como Él sin ser dócil. El amor perfecto siempre exige alguna similitud. Es precisamente esta mansedumbre permanente la que imprime en nosotros las marcas exteriores y visibles de la semejanza con Jesucristo. Es también el efecto usual de su amor.

Un corazón libre de la tiranía de las pasiones deja nuestro interior preparado para el Corazón de Jesucristo, por nuestro completo desinterés hacia nosotros mismos y nuestro consentimiento pleno a sus órdenes, y nos hace ver en todo y para todo la voluntad de Dios, que estamos dispuestos a cumplir sin ansiedad ni entre desasosiegos. Es un signo seguro de que una persona vive con poco amor a Cristo si no experimenta ninguna atracción por cumplir su voluntad.

Todos nuestros esfuerzos y nuestras apetencias deben estar relacionados con lo que Dios quiere, cuando Él quiere y como Él quiere. Un hombre que se apoya en el Señor es inamovible, no puede caer abatido. Si sus proyectos no alcanzan el éxito, está satisfecho porque no tiene otra voluntad que la de Dios. ¡Qué estado de paz y de serenidad! Merece la pena luchar por conquistarlo.

El tercer efecto de este amor es la dependencia absoluta de Jesucristo en todas nuestras acciones. Consiste en recordar constantemente a Jesucristo, teniendo a nuestro divino Salvador delante de nosotros, como modelo de todo lo que hacemos. Se trata de adecuarnos a su modelo en todas las cosas. No consiste solo en hacer lo que Él desea, sino de hacerlo del modo en el que Él solía hacerlo cuando estaba en la tierra, de forma que sea el ejemplo de Jesucristo el que rija nuestra conducta. Esto dará a nuestra actitud un sello de modestia y de piedad que les encantará y les instruirá a todos y que inspirará tanta veneración hacia nuestra persona como amor a la virtud.

La estima y el amor a la Cruz están también entre los efectos habituales del verdadero amor a Jesucristo. Cuando amemos de corazón a nuestro Salvador no tendremos dificultades para internarnos en sus sentimientos, nos hará sencillo amoldarnos a sus inclinaciones y deseos, sentiremos respeto por todo lo que Él aprecia y encontraremos atractivo cuanto Él ama.

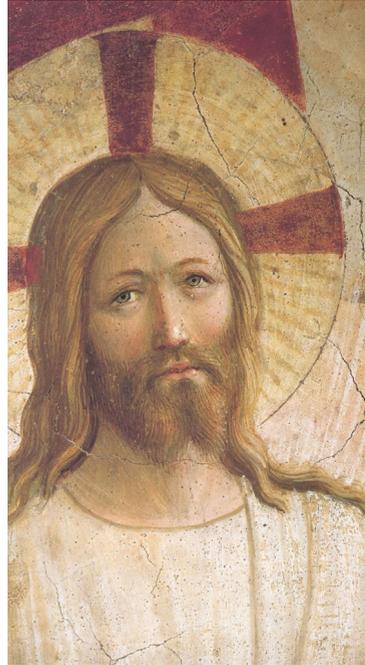
El último efecto de este amor es una gran admiración y veneración por todo lo que se refiere a Cristo. El amor a Él nos da un hambre insaciable de la Sagrada Comunión. La propia imagen de Jesucristo nos inspira devoción. Y bajo la influencia de este amor, pronunciaremos con profundo respeto las palabras que Él dijo, el nombre de Jesucristo levantará emociones de amor a Él en nuestros corazones.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es un medio seguro de llegar a este sublime estado de perfección.

Propósito del día: Pensemos en algún momento del día cómo actuaría Jesús si estuviese en nuestro lugar y procuremos imitarle.

Jaculatoria del día: ¡Sagrado Corazón de Jesús, haz mi corazón semejante al tuyo!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Vigésimo quinto día

7. El culto público al Sagrado Corazón de Jesús

La familia

(Siguiendo el libro de Royo Marín, *El Corazón de Jesús*, capítulo 7)

En el orden familiar el acto supremo de culto es la consagración, el reconocimiento del Sagrado Corazón como Rey del hogar.

Jesucristo es rey, a causa del supremo grado de excelencia que posee y que le encumbra entre todas las cosas creadas. Él reina en las inteligencias de los hombres, porque Él es la Verdad. Reina en las voluntades de los hombres, no solo porque en Él la voluntad humana está entera y perfectamente sometida a la santa voluntad divina, sino también porque con sus mociones e inspiraciones influye en nuestra libre voluntad y la enciende en nobilísimos propósitos. Finalmente, Cristo reina en los corazones de los hombres porque, con su supereminente caridad (Cf. *Ef 3,19*) y con su mansedumbre y benignidad, se hace amar por las almas. (Cf. Pío XI Carta Encíclica *Quas primas*, n°6)

En sentido propio y estricto le pertenece a Jesucristo como hombre el título y la potestad de Rey; porque como Verbo de Dios, cuya sustancia es idéntica a la del Padre, posee también como el Padre el mismo imperio supremo y absolutísimo sobre todas las criaturas.

Después de haber considerado la realeza de Cristo en todas sus dimensiones veremos por qué es muy conveniente que las familias se consagren al Corazón de este divino Rey.

1. *Por la naturaleza y los fundamentos de la consagración:*

Dicha consagración es un reconocimiento de los derechos del Sagrado Corazón a reinar sobre



la familia y un sometimiento a su voluntad. “Los hombres reunidos en sociedades domésticas civiles no están bajo el poder de Jesucristo menos que los particulares”. La familia es obra de Dios, por tanto le pertenece.

Pero esta soberanía del divino Corazón hay que aceptarla no sólo como un derecho de Él sobre nosotros, sino como un acto de nuestro amor hacia Él, fruto de agradecimiento.

2. *Por los fines que esta consagración persigue:* El fin próximo es la regeneración de la familia en los principios cristianos, es decir, en función de la gloria de Dios y de la salvación eterna, no en función de la vida sobre la tierra.

Y a través de esta regeneración se trasluce el fin remoto: la preparación del reinado social del Sagrado Corazón en todos los hombres.

3. *Por las consecuencias que de ésta se siguen:* Las consecuencias van inherentes al reconocimiento de su soberanía. Ante todo, el cumplimiento de sus mandamientos: “*Si me amáis, guardareis mis mandamientos*” (Jn. 14, 15). El amor al que nos impulsa esta devoción nos lleva a cumplir con nuestras obligaciones familiares: el trabajo diario, los hijos que piden pan, educación, etc. mediante una piedad intensa, que supera la simple obligación del propio estado; la frecuencia de los sacramentos será la puerta que lleve a este estado de verdadera perfección.





Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) **Pedir la gracia** de que haga de nuestro hogar un reino digno de su Hijo.

3) **Lectura:** De las *Meditaciones para prepararse a la consagración de Argentina al Sagrado Corazón- Entronización del Sagrado Corazón*.

El 24 de agosto de 1907, un joven sacerdote enfermo y agotado entra en la capilla de las Apariciones de Paray-le-Monial (Francia). «Allí, me puse a rezar, y sentí en mi interior una extraña sacudida. Acababa de recibir la llamada de la gracia, a la vez muy fuerte e infinitamente suave. Cuando me levanté, estaba completamente curado. Entonces, arrodillado en el santuario, absorbo en la acción de gracias, comprendí lo que Nuestro Señor quería de mí. Aquella misma tarde, concebí el plan de conquistar el mundo para entregárselo al amor del Corazón de Jesús, casa por casa y familia por familia». Aquel sacerdote era el P. Mateo Crawley, gran impulsor de la obra de entronización del Sagrado Corazón en los hogares.

Él mismo confió a San Pio X su proyecto de propagar la entronización de la imagen del Sagrado Corazón en los hogares, a lo que el Romano Pontífice respondió mandándole que consagrara su vida a esa obra. El 6 de abril de 1915 lo recibió en audiencia privada Benedicto XV, quien también aprobó la obra de la entronización mediante una carta fechada el 27 de abril siguiente. En ella la definió con estas palabras: «La instalación de la imagen del Sagrado Corazón, como en un trono, en el sitio más noble de la casa, de tal suerte que Jesucristo Nuestro Señor reine visiblemente en los hogares católicos». Se trata, pues, no de un acto transitorio, sino de una verdadera y propia toma de posesión del hogar por parte de Jesucristo, que debe ser permanentemente el punto de referencia de la vida de la familia, que se constituye en súbdita de su Corazón adorable.

El P. Mateo Crawley explicaba que la entronización es más que instalar con veneración la imagen del Sagrado Corazón en el hogar, es más



que recitar la fórmula de consagración. La entronización se fundamenta en las palabras que Jesús pronunció a Santa Margarita: «¡Quiero reinar!», «¡Sí, reinaré por mi Sagrado Corazón, lo prometo!». La Entronización es un apostolado social, organizado con el fin de realizar en la familia, y por esta en la sociedad, esa palabra soberana... la entronización trabaja para que esa afirmación inefable, «Reinaré por mi Corazón», sea un hecho consumado y una dichosa realidad, hoy en el hogar, y mañana en la sociedad y en la nación.

En su carta al padre Mateo, el Papa Benedicto XV consideraba tres plagas que destruyen la familia: «El divorcio, que quebranta la estabilidad; el monopolio de la enseñanza, que elimina la autoridad de los padres; la búsqueda del placer, que con frecuencia se opone a la observancia de la ley natural».

Ante esos males, la entronización aporta el doble remedio de una fe radiante y de un amor efectivo. Esa entronización, sigue escribiendo Benedicto XV, «propaga ante todo el espíritu cristiano, estableciendo en cada hogar el reinado del amor de Jesucristo. Actuando de ese modo, no hacéis otra cosa que obedecer al mismo Nuestro Señor, que ha prometido sus bendiciones para las casas donde la imagen de su Sagrado Corazón sea expuesta y honrada con devoción. Y puesto que seguir a Cristo no consiste en el hecho de emocionarse con un sentimiento religioso superficial que conmueve los corazones débiles y tiernos pero que deja el vicio intacto, es necesario conocer a Cristo, su doctrina, su vida, su pasión y su gloria. Seguir a Cristo significa estar imbuido de una fe viva y firme que actúa no solamente en el espíritu y en el corazón, sino que también gobierna y dirige nuestra conducta». Nada se adapta mejor a las necesidades de nuestro tiempo. Benedicto XVI se hace eco de su antecesor: *«La familia ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en el que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente. Sin embargo, en la actualidad sufre situaciones adversas provocadas por*

el secularismo y el relativismo ético, por los diversos flujos migratorios internos y externos, por la pobreza, por la inestabilidad social y por legislaciones civiles contrarias al matrimonio que, al favorecer los anticonceptivos y el aborto, amenazan el futuro de los pueblos» (13 de mayo de 2007).

Propósito del día: Hagamos hoy alguna obra de bien por algún miembro de nuestra familia: hablémosle de esta devoción, recemos algo juntos.

Jaculatoria del día: ¡Sagrado Corazón de Jesús, reina en nuestras familias!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).



Vigésimo sexto día

La sociedad

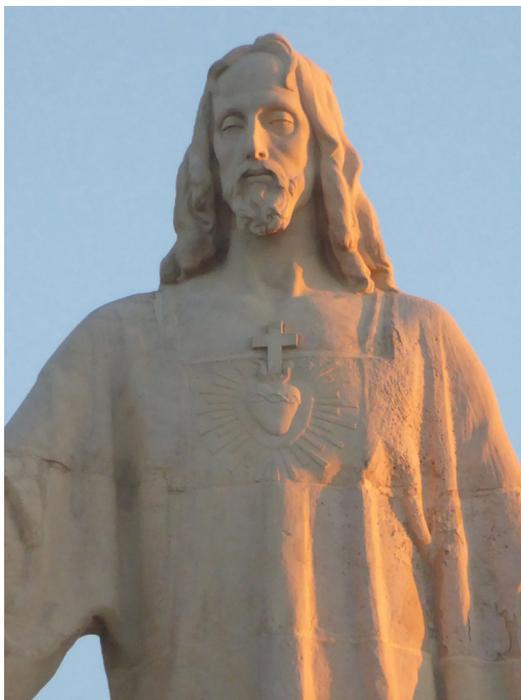
(Siguiendo el libro de Royo Marín, *El Corazón de Jesús*, capítulo 7)

“Pues al decir que ‘se lo sometió todo’, es que no dejó nada que no se le sometiera”. (Heb 2, 8)

Cristo es Rey de las naciones, sin embargo, en la mayoría de ellas no se lo conoce. Su realeza es de derecho, ya que es creador, heredero y conquistador de todos. *“Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28, 18)*. También es Rey de hecho porque, a pesar de que no se ha arrogado el poder temporal, Él ha fundado un reino espiritual.

El Verbo Encarnado tiene el poder sobre todas las cosas humanas y temporales. El Padre le confirió un derecho absoluto sobre todo lo creado, de tal suerte que todas las cosas están sometidas a su arbitrio. Sin embargo, mientras vivió en la tierra se abstuvo enteramente de

ejercitar este poder, y así como entonces despreció la posesión y el cuidado de las cosas humanas, también permitió, y sigue permitiendo que los poseedores de ellas las utilicen. Jesús es, pues, Rey de las naciones. (Cf. Pio XI Carta Encíclica *Quas primas* n° 15)



“El imperio de Cristo se extiende no sólo sobre los pueblos católicos y sobre aquellos que habiendo recibido el bautismo pertenecen de derecho a la Iglesia, aunque el error los tenga extraviados o el cisma los separe de la

*caridad, sino que comprende también a cuantos no participan de la fe cristiana, de suerte que bajo la potestad de Jesús se halla todo el género humano". (León XIII, Carta Encíclica *Annum sacrum*)*

Sólo el Corazón del divino Redentor es quien da la prosperidad y la felicidad verdadera, tanto a los individuos como a las naciones. No se deberán negar pues los gobernantes de las naciones a dar por sí mismos y por el pueblo pública muestra de veneración y de obediencia a éste amabilísimo Corazón que lo único que busca es la felicidad plena de cada individuo de la sociedad.

Si los hombres, pública y privadamente, reconocen la regia potestad de Cristo, necesariamente vendrán a toda la sociedad civil increíbles beneficios, como justa libertad, tranquilidad y disciplina, paz y concordia. La regia dignidad de su divino Corazón, así como hace sacra en cierto modo la autoridad humana de los jefes y gobernantes del estado, también ennoblece los deberes y la obediencia de los súbditos. (Cf. Pio XI Carta Encíclica *Quas primas* n° 17)

El Corazón del Verbo Encarnado es considerado signo y símbolo principal del amor con que el Divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres. El Corazón de Cristo se desborda de amor divino y humano, no nos impone su derecho, sino su amor, y así nuestra obediencia nace del agradecimiento a todo lo que ha hecho por nosotros.



Prácticas de preparación

- 1) Ponerse en la presencia de Dios.**
- 2) Pedir la gracia** de la conversión de los gobernantes de modo que gobiernen las naciones según el Corazón de Cristo.
- 3) Lectura:** De las *Meditaciones para prepararse a la consagración de Argentina al Sagrado Corazón- Significación de la consagración de las naciones al Sagrado Corazón de Jesús.*

El Reino de Cristo abraza a todas las naciones, de suerte que la universalidad del género humano está realmente sumisa al poder de

Jesús. Jesucristo confirmó su reinado por su propia boca. Al gobernador romano que le preguntaba: "*¿Tú eres Rey?*", Él contestó sin vacilar: "*Tú lo has dicho: ¡Yo soy rey!*" (Jn 18,37). La grandeza de este poder y la inmensidad infinita de este reino, están también confirmados plenamente por las palabras de Jesucristo a los Apóstoles: "*Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra*". (Mt 28,18)

Él ejerció este derecho extraordinario, que le pertenecía, cuando envió a sus apóstoles a propagar su doctrina, a reunir a todos los hombres en una sola iglesia por el bautismo de salvación, a fin de imponer leyes que nadie pudiera desconocer sin poner en peligro su eterna salvación. Pero esto no es todo. Jesucristo ordena no sólo en virtud de un derecho natural y como Hijo de Dios, sino también en virtud de un derecho adquirido. Pues "*nos arrancó del poder de las tinieblas*" (Col 1,13) y también "*se entregó a sí mismo para la Redención de todos*" (1 Tim 2,6).

No solamente los católicos y aquellos que han recibido regularmente



el bautismo cristiano, sino todos los hombres y cada uno de ellos, se han convertido para Él "*en pueblo adquirido*" (1 Pe 2,9). San Agustín tiene razón al decir sobre este punto: "*¿Buscáis lo que Jesucristo ha comprado? Ved lo que Él dio y sabréis lo que compró: La sangre de Cristo es el precio de la compra. ¿Qué otro objeto podría tener tal valor? ¿Cuál si no es el mundo entero? ¿Cuál sino todas las naciones? ¡Por el universo entero Cristo pagó un precio semejante!*". (Cf. León XIII Carta Encíclica *Annum Sacrum*).

Este poder de Cristo y este imperio sobre los hombres, se ejercen por la verdad, la justicia y sobre todo por la caridad. Pero

en esta doble base de su poder y de su dominación, Jesucristo nos permite, en su benevolencia, añadir, si de nuestra parte estamos conformes, la consagración voluntaria. Dios y Redentor a la vez, posee plenamente y de un modo perfecto, todo lo que existe. Nosotros, por el contrario, somos tan pobres y tan desprovistos de todo, que no tenemos nada que nos pertenezca y que podamos ofrecerle en obsequio. No obstante, por su bondad y caridad soberanas, no rehusa nada que le ofrezcamos y que le consagremos lo que ya le



pertenece, como si fuera posesión nuestra. No solo no rehusa esta ofrenda, sino que la desea y la pide: "Hijo mío, ¡dame tu corazón!". Podemos, pues, serle enteramente agradables con nuestra buena voluntad y el afecto de nuestras almas. Consagrándonos a Él, no solamente reconocemos y aceptamos abiertamente su imperio con alegría, sino que testimoniamos realmente que si lo que le ofrecemos nos perteneciera, se lo ofreceríamos de todo corazón; así pedimos a Dios que quiera recibir de nosotros estos mismos objetos que ya le pertenecen de un modo absoluto. Esta es la eficacia del acto de consagración, y este es el sentido de sus palabras.

La consagración al Sagrado Corazón aporta a los estados la esperanza de una situación mejor, pues este acto de piedad puede establecer y fortalecer los lazos que unen naturalmente los asuntos públicos con Dios. En estos últimos tiempos, sobre todo, se ha erigido una especie de muro entre la iglesia y la sociedad civil. En la constitución y administración de los Estados no se tiene en cuenta para nada la jurisdicción sagrada y divina, y se pretende obtener que la religión no tenga ningún papel en la vida pública. Esta actitud desemboca en la pretensión de suprimir en el pueblo la ley cristiana; si les fuera posible hasta expulsarían a Dios de la misma tierra.

Fatalmente acontece que los fundamentos más sólidos del bien público, se desmoronan cuando se ha dejado de lado la religión. De ahí esa abundancia de males que desde hace tiempo se ciernen sobre el mundo y que nos obligan a pedir el socorro de Aquél que puede evitarlos. ¿Y quién es este sino Jesucristo, Hijo Único de Dios, “*pues ningún otro nombre le ha sido dado a los hombres, bajo el cielo, por el que seamos salvados*” (Hechos 4,12)? Hay que recurrir, pues, al que es “*el Camino, la Verdad y la Vida*”.

El hombre ha errado: que vuelva a la senda recta de la verdad; las tinieblas han invadido las almas, que esta oscuridad sea disipada por la luz de la verdad; la muerte se ha enseñoreado de nosotros, conquistemos la vida. Entonces nos será permitido sanar tantas heridas, veremos renacer con toda justicia la esperanza en la antigua autoridad, los esplendores de la fe reaparecerán; las espadas caerán, las armas se escaparán de nuestras manos cuando todos los hombres acepten el imperio de Cristo y sometan con alegría, y cuando “*toda lengua profese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*”. (Fil 2,11)

En la época en que la iglesia, aún próxima a sus orígenes, estaba oprimida bajo el yugo de los Césares, un joven emperador percibió en el cielo una cruz que anunciaba y que preparaba una magnífica y próxima victoria. Hoy, tenemos aquí otro emblema bendito y divino que se ofrece a nuestros ojos: es el Corazón Sacratísimo de Jesús, sobre el que se levanta la cruz, y que brilla con un magnífico resplandor rodeado de llamas. En él debemos poner todas nuestras esperanzas; tenemos que pedirle y esperar de él la salvación de los hombres. (Cf. León XIII Carta Encíclica Annum Sacrum)

Propósito del día: Ofrezcamos a Dios alguna obra buena de hoy (trabajo, estudio, lectura, apostolado, etc.) por los gobernantes y para que Cristo reine en la sociedad.

Jaculatoria del día (para repetir durante el día): ¡Sagrado Corazón de Jesús, reina en nuestra sociedad!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).

Vigésimo séptimo día

Dedicación de los viernes

(Siguiendo el libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, Parte III, capítulo 2)

Es el mismo Jesucristo que ha escogido el viernes para que se le honre de modo especial y nos ha hecho saber cuánto le agrada que le consagremos de modo particular todo el día. Él mismo le expresó este deseo a santa Margarita María. Un día de la octava del Corpus, mientras la santa se hallaba delante del Santísimo Sacramento, se le apareció Jesús y le dijo que para corresponderle debía hacer lo que tantas veces le había pedido:

«He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no ha ahorrado nada hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor. Y, en compensación, solo recibe, de la mayor parte de los hombres, ingratitudes y desprecios. Pero lo que más me duele es que se porten así los que se me han consagrado. Por eso te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus se celebre una fiesta especial para honrar a mi Corazón, reparando, de algún modo, tantos ultrajes; que se cumpla dicho día para reparar el trato indigno que ha recibido mientras se encuentra expuesto en el altar. Y yo te prometo que mi Corazón se dilatará para esparcir con abundancia su Divino amor a los que le honren así».



¿Y por qué quiso Jesús escoger el viernes? Porque es un día en el que Nuestro Señor nos dio grandes pruebas de

su amor: en él *“nos lavó de nuestros pecados con su sangre”* y nos dio por herencia la gloria eterna. También ese mismo día Su Corazón se abrió como un tesoro, como una fuente de bienes para inundar al mundo y, además, nos dio a su propia Madre, la Virgen María.

Su amor no tuvo límites. Nos dejó claro cuál debe ser la medida de nuestra entrega: hasta la muerte. Por ello, es importante los viernes ofrecerle todo el día, como signo de amor y agradecimiento.

Estas consideraciones han de movernos el deseo de reparar los desprecios y ultrajes que sufre Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, procurando mostrarle que nosotros sí le amamos y que nos duele contemplar su Corazón herido de un dolor muy intenso a causa de la ingratitud. El viernes los sacerdotes pueden ofrecer la misa por esta intención, y los laicos pueden comulgar, o al menos asistir a Misa con más respeto y devoción con el deseo de reparar.

En la misma línea, se recomienda vivamente visitar más a menudo y con más respeto y devoción el Santísimo Sacramento. Si no podemos hacerlo personalmente podemos adorarlo por lo menos en espíritu desde el lugar en que nos hallamos, supliendo con actos. Es importante guardar algo más de silencio, andar menos disperso y algo más recogido. También es bueno hacer alguna obra de caridad, o alguna mortificación, ya sea interior o exterior. Hemos de rezar, a ser posible, las oraciones al Sagrado Corazón de Jesús y pedirle que vele por toda la iglesia, en particular por todos los que le aman con ternura y para que les preserve del maligno.





Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir a María la gracia de poder consolar el Corazón de Jesús por todos los desprecios e ingratitudes recibidas, especialmente por parte de aquellos más cercanos a Él.



3) Lectura: Del libro de Jean Croiset, *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús- Los sentimientos del Corazón de Jesús al ver la ingratitud de la mayoría de los católicos.*

Pensemos que no fue menos doloroso y triste para Jesucristo ver la ingratitud de la mayoría de los fieles, que mostrarían solo frialdad e indiferencia hacia Él en el Sacramento de su Amor. Vio el desprecio con el que tratarían la mayor prueba de su amor. Vio que no importaba lo que Él hiciera para ser amado. Ni siquiera habitar entre ellos en la Eucaristía; ni ese amor sin límites, ni su ayuda constante, ni su presencia... podrían lograr que la mayoría de ellos lo amasen o evitar que se olvidasen de Él. Vio vacías las iglesias en las que iba a estar presente sacramentalmente. Vio el poco respeto que habría ante su presencia. Vio claramente que la mayor parte de sus seguidores, que perderían muchas horas en pasatiempos inútiles, en visitas o sin hacer nada, no dedicarían ni quince minutos a estar con Él delante del Santísimo Sacramento. Sabía quiénes le visitarían únicamente bajo presión y sin devoción ni respeto. Por último, vio el número tan pequeño de fieles que le visitarían con ganas y que le adorarían con devoción. Vio claramente que la gran mayoría no le prestaría atención, como si Él no estuviera verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento o como si fuera una persona sin importancia.

El trato que recibe de sus enemigos es muy doloroso, pero uno puede esperarlo. Sin embargo, ¿quién podría pensar que sus propios hijos, que le prometieron serle fieles, no solo serían insensibles y no se compadecerían al ver su dolor ante tantos desprecios, sino que le

tratarían con desdén, que cometerían pecados y sacrilegios?

¿Cuáles serán los sentimientos de su Corazón, que tanto ha amado a los hombres y que solo encuentra en los corazones de esos hombres frialdad y desdén? *“Soy la burla de todos mis rivales”* (Sal 31, 12). ¡Si después de exponerme al desprecio y al odio de mis enemigos en medio de las ofensas que sufro, pudiera al menos encontrar un gran número de amigos leales que me consolaran! Pero es justo lo contrario: *“Los que me ven por la calle huyen de mí”* (Sal 31, 12). “La mayoría, viendo que me he ocultado bajo la apariencia de pan para poder habitar entre los hombres, me dejan solo y me olvidan como si yo no cupiera en sus corazones, *estoy olvidado como un muerto*”. (Sal 31, 13)

Demostró el amor que nos tiene muriendo en la Cruz por nosotros, y todavía nos lo muestra al quedarse en el Santísimo Sacramento, a pesar de los insultos y ofensas que recibe. ¿Y mostramos nuestro agradecimiento con ingratitud y frialdad? ¡Qué dureza de corazón! ¿Es posible que nuestro corazón sea capaz de tanta indiferencia?

¡Ay Señor!, el corazón humano es muy capaz de eso, y sería más cruel si el mismo amor que te llevó a soportar tantas ofensas por nosotros



no hubiera conseguido también suavizar la dureza de ese corazón insensible, haciéndolo capaz de amarte. Porque para qué sirven todos los prodigios que has realizado y los tormentos que has soportado, si no es para endurecer más nuestro corazón y hacerlo más culpable, si no llegamos a conmovernos ante tus pruebas de amor, si no somos más agradecidos, si no te amamos más...

Cómo espero, Señor, que no me negarás tu gracia. Hago el firme propósito de darte de ahora en adelante pruebas inequívocas de mi amor y de mi gratitud. He sido hasta este momento insensible a tus gracias, insensible a tus sufrimientos, indiferente hacia ti, a pesar de que estás siempre con nosotros en el Sacramento de tu Amor. Tengo buenos motivos, Salvador mío, para desconfiar de mis promesas, cuando me he mostrado tan frío en el pasado ante tus sufrimientos y ante tus dones. Pero tu gran misericordia me inspira ahora confianza, y seré en el futuro más fiel y constante. Prometo demostrarte mi devoción sincera a tu Sagrado Corazón siendo respetuoso en tu presencia y visitándote con frecuencia mayor en el sagrario. Deseo sinceramente pasar el resto de mi vida reparando, y amándote y alabándote para paliar las ofensas que sufres de los malvados, y la frialdad y la indiferencia que experimentas en el Santísimo Sacramento, incluso de personas consagradas a ti. *“Yo te amo, Señor, fortaleza mía, Señor, mi roca, mi fortaleza, mi libertador”* (Sal 18, 2-3).

Propósito del día: Ofrezcamos algún gesto de caridad hacia alguna persona (enfermos, pobres, compañeros, familiares) para consolar al Corazón de Cristo.

Jaculatoria del día (para repetir durante el día): ¡Por ti, Jesús, vivo; por ti, Jesús, muero; tuyo soy, Jesús, en vida y en muerte!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).

Vigésimo octavo día

8. Promesas del Sagrado Corazón

Nuestro Señor dejó 12 promesas a los devotos de su Sagrado Corazón. Éstas prometen resistencia a la tentación, consuelo a los afligidos, paz a las familias, misericordia al pecador, alta santidad a las almas fervorosas, valor para los corazones fríos... Aseguran fuerza y valor en nuestro lecho de muerte, y nos hablan del don de la perseverancia final y de un refugio en el Corazón de Jesús en el último momento de la vida. Como decía santa Margarita María, estas promesas encierran el misterio del amor de Dios y son como *“el último invento de su caridad ilimitada”*.

A continuación, explicaremos el significado de cada una:

1. *«Daré a las almas devotas, todas las gracias necesarias para su estado de vida».*

Los deberes de nuestra vida diaria son numerosos y a menudo difíciles. Dios nos concede, en respuesta a la oración y la recepción de los sacramentos, todas las gracias necesarias para nuestro estado de vida. Hay también gracias extraordinarias que Él da a sus amigos especiales. Estas son las más eficaces, las más abundantemente dadas a los devotos del Sagrado Corazón.



2. *«Voy a establecer la paz en sus hogares».*

La paz es *"la tranquilidad del orden, la serenidad de la mente y, con sencillez de corazón, el vínculo de la caridad"*, como decía san Agustín. En el Corazón de Jesús se encuentra la verdadera paz, que hace que la casa sea su reflejo y el anticipo del hogar celestial. Jesús mismo ordenó a sus discípulos: *"En cualquier casa donde entréis, decid primero: ¡Paz a esta casa!"* (Lc 10,5).

3. *«Voy a consolarlos en todas sus aflicciones».*

El deseo de consolar a los tristes es la marca de un corazón noble y amable; y el Sagrado Corazón es el más noble y generoso de los corazones. No nos consuela necesariamente liberándonos de la tristeza y aflicción, pues Él conoce el valor inmensurable de la cruz y, por medio de ella, tenemos que expiar nuestros pecados. Pero por su gracia, Él hace que lo doloroso sea tolerable.

4. *«Voy a ser su refugio seguro en la vida, y sobre todo en la hora de la muerte».*

El costado de Cristo se abrió para demostrar que la Divina Providencia quiso que todos los hombres encontrasen en su Corazón un refugio seguro contra los enemigos de nuestra salvación. En Él podemos encontrar protección, fuerza en nuestra fragilidad, la perseverancia en nuestra inconstancia, refugio seguro en los peligros, fatigas de la vida y en la hora de la muerte.

5. *«Voy a conceder abundantes bendiciones sobre todo a sus empresas temporales y espirituales».*

Dios es amor. Él está dispuesto a dar a sus hijos abundantes bendiciones temporales, siempre que no pongan en peligro nuestros intereses eternos. Su especial Providencia protege y vela por los devotos al Sagrado Corazón con gran amor y ternura.

6. *«Los pecadores encontrarán en Mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia».*

En la tierra, el Corazón de Jesús estaba lleno de misericordia hacia todos. Ahora en su humanidad glorificada en el cielo, Jesús sigue mostrando su misericordia sin límites, *"viviendo siempre para interceder por nosotros"*. (Heb 7,25)



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios

2) **Pedir a María la gracia** de alcanzar la verdadera devoción al Sagrado Corazón y perseverar hasta el final en ella.

3) **Lectura:** De Claudio de la Colombière, *Ofrecimiento al Sagrado Corazón de Jesús*.

Con este ofrecimiento se quiere honrar el Divino Corazón que es el asiento de todas las virtudes, el manantial de todas las bendiciones y el refugio de las almas santas.

Las principales virtudes que se desean honrar en Él son, en primer lugar, un amor ardiente a Dios Padre junto con un profundo respeto y la mayor humildad que pueda vivirse.

En segundo lugar, una paciencia infinita en los males, una contrición y un extremado dolor de los pecados. En tercer lugar, una compasión muy sentida por nuestras miserias y un amor inmenso en medio de estas mismas miserias.

«El Corazón de Nuestro Señor siempre se encuentra ardiendo de amor por los hombres: y a pesar de ello, no halla en nuestros corazones más que dureza, olvido, desprecio e ingratitud. Ama y no es amado, y no conocemos su amor, porque no nos dignamos recibir sus dones ni escuchar las secretas lecciones que quiere darnos.

En desagravio por tantos ultrajes y por tanta ingratitud, ¡oh adorable y amabilísimo Corazón de mi dulce Jesús!, y para evitar caer en semejante desdicha, yo te



ofrezco mi corazón con todos los movimientos de que es capaz: yo me entrego enteramente a ti y desde este mismo instante te digo con toda sinceridad que deseo olvidarme de mí mismo y de todo lo que puede tener relación conmigo, para apartar cualquier obstáculo que me impida la entrada en tu Divino Corazón, donde quiero entrar para vivir y morir en él en compañía de tus más fieles siervos. Abrazado por tu amor ofrezco al Sagrado Corazón todos los méritos y los frutos de todas las Misas, de todas las oraciones, de todas las mortificaciones, de todas las prácticas de piedad, de todas las acciones de celo, de humildad, de obediencia y de todas las demás virtudes que yo practique hasta el último momento de mi vida. Todo esto no será solamente para honrar el Sagrado Corazón de Jesús y sus admirables disposiciones, aún le ruego humildemente que acepte la completa donación que hago de todo para que lo disponga del modo que más le agrade y en favor de quien le parezca. Y como ya lo tengo cedido a las benditas almas del purgatorio, todo cuanto haya en mis acciones capaz de satisfacer a la divina justicia, deseo que les sea distribuido según el beneplácito del Corazón de Jesús.

Sagrado Corazón de Jesús, enséñame el perfecto olvido de mí mismo, enséñame qué debo hacer para llegar a la pureza de tu amor, cuyo deseo has inspirado en mí: siento un gran impulso para agradarte, pero al mismo tiempo una imposibilidad gigante de ponerlo por obra sin una luz grande y sin una ayuda especialísima, que solo puedo esperar de ti. Haz, Señor, en mí según tu voluntad: ya sé que yo me opongo a ella. Pero ya no quiero resistirme más. Tú todo lo puedes, Divino Corazón de mi amable Jesús; hazlo, Señor, que solo Tú tendrás la gloria de mi santificación, si es que yo me santifico: más claro me parece esto que la luz. Que sea para ti una honra grande y por ella solamente debo yo desear y deseo mi propia perfección. Amén».

Propósito del día: Agradezcamos al Corazón de Cristo en algún momento del día por la inmensa gracia de conocer estas promesas y de estar haciendo esta preparación.

Jaculatoria del día (para repetir durante el día): ¡Sagrado Corazón, permaneced en mí, y que yo permanezca siempre en tí!

Letanias al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanias del total).

Vigésimo noveno día

Promesas del Sagrado Corazón

7. *«Las almas tibias se harán fervorosas».*

El Espíritu Santo expresa un disgusto profundo para un alma tibia: *"Conozco tus obras: no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Por eso, porque eres tibio, te vomitaré de mi boca."* (Ap 3,15-16). El remedio para la tibieza es la devoción al Sagrado Corazón, que vino "a traer fuego sobre la tierra", es decir, a inspirar a los fríos y tibios un nuevo amor y temor de Dios.

8. *«Las almas fervorosas alcanzarán mayor perfección».*

Esta devoción tiene, como su fruto especial, transformarnos en gran semejanza a Nuestro Señor. A través de la devoción al amor del Sagrado Corazón, se dará paso a un celo ardiente por igualar nuestros intereses a los de Jesús. Enciende en nuestros corazones el fuego del amor divino que, como dice san Pablo: *"es el vínculo de la perfección"*. (Col 3,14)

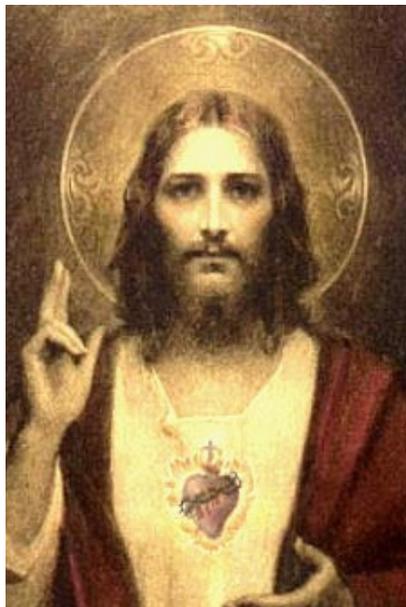
9. *«Bendeciré a cada lugar en el que se exponga y se venere una imagen de mi Sagrado Corazón».*

Las imágenes religiosas son una poderosa y atractiva fuente de inspiración. En el Sagrado Corazón podemos leer el infinito amor de Jesús hacia nosotros en su pasión y muerte: nos muestra su Corazón, cortado y abierto por la lanza, todo resplandeciente como un horno ardiente de amor, cuyas llamas aparecerán brotando desde la parte superior. Está rodeado de espinas, el angustiante golpe de amor ignorado. Quizás esto siempre nos impulse a los actos de amor y de generosidad.



10. *«Daré a los sacerdotes y a todos aquellos que se ocupan de la salvación de las almas, el don de tocar los corazones más endurecidos».*

La conversión de un pecador ocurre a veces por gracias extraordinarias. Dios nunca va a forzar a la libre voluntad de un ser humano. Pero Él puede otorgar gracias con las cuales impulsa al pecador a vencer la actitud rebelde que tienen las almas pecadoras más obstinadas. Esto, entonces, es lo que ocurre en el caso de los sacerdotes que están animados con gran devoción al Sagrado Corazón.



11. *«Los que propaguen esta devoción tendrán sus nombres escritos en Mi Corazón, y nunca serán borrados».*

Estas palabras implican una amistad fuerte y fiel de Cristo mismo con los promotores de la devoción, y nos presenta el "Libro de la Vida" de san Juan: *"No voy a borrar su nombre del libro de la vida"* (Ap 3,5).

12. *«A los que comulguen el primer viernes de cada mes, durante nueve meses consecutivos les concederé la gracia de la perseverancia final».*

Esta promesa contiene una gran recompensa: ¡el Cielo eterno! Se dá como la recompensa por una serie de actos continuos hasta el final: *"El que persevere hasta el final se salvará"*. (Mt 10,22)

"La perseverancia final es un don gratuito de la bondad de Dios, y no puede ser merecido como un derecho adquirido por cualquier acto individual que hagamos". (Concilio de Trento)



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios.

2) Pedir a María la gracia de alcanzar la verdadera devoción al Sagrado Corazón y perseverar hasta el final en ella.

3) Lectura: De Juan Pablo II, *Angelus del 30 de Julio, 1989, Corazón de Jesús perforado por una lanza.*

Pocas páginas del Evangelio a lo largo de los siglos han atraído la atención de los místicos, de los escritores espirituales y de los teólogos tanto como el pasaje del Evangelio de San Juan que nos narra la muerte gloriosa de Cristo y la escena en que le atraviesan el costado (*Jn 19, 23-37*). En esa página se inspira la invocación de las Letanías, “*Corazón de Jesús, perforado por una lanza, ten piedad de nosotros*”. En el Corazón atravesado contemplamos la obediencia filial de Jesús al Padre, cuya misión Él realizó con valentía (*Jn 19,30*) y su amor fraterno hacia los hombres a quienes Él “*amó hasta el extremo*” (*Jn 13,1*), es decir, hasta el extremo sacrificio de Sí mismo. El Corazón atravesado de Jesús es el signo de la totalidad de este amor en dirección vertical y horizontal, como los dos brazos de la cruz.

El Corazón atravesado es también el símbolo de la vida nueva, dada a los hombres mediante el Espíritu y los sacramentos. En cuanto el soldado le dio el golpe de gracia, del costado herido de Cristo “*al instante salió sangre y agua*” (*Jn 19,34*). La lanzada atestigua la realidad de la muerte de Cristo. Él murió verdaderamente, como había nacido verdaderamente y como resucitará verdaderamente en su misma carne (*Jn 20, 24.27*). Contra toda tentación antigua o moderna de docetismo, de ceder a la "apariencia" el Evangelista nos recuerda a todos la cruda certeza de la realidad. Pero al mismo tiempo tiende a profundizar el significado del acontecimiento salvífico y a expresarlo a través del símbolo. Él, por tanto, en el episodio de la lanzada, ve un profundo significado: como de la roca golpeada por Moisés brotó en el desierto un manantial de agua (*Nm 20,8-11*), así del costado de Cristo, herido por la lanza, brotó un torrente de agua para saciar la sed del nuevo pueblo de Dios. Este torrente es el don del Espíritu,

(Jn 7, 37-39), que alimenta en nosotros la vida divina.

Finalmente, del Corazón atravesado de Cristo brota la Iglesia. Como del costado de Adán que dormía fue extraída Eva, su esposa, así - según una tradición patrística que se remonta a los primeros siglos -, del costado abierto del Salvador, que dormía sobre la cruz en el sueño de la muerte, fue extraída la Iglesia, su esposa. Esta se forma precisamente del agua y de la sangre, - Bautismo y Eucaristía -, que brotan del Corazón traspasado. Por eso, con razón afirma la Constitución conciliar sobre la liturgia: “Del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera”. (*Sacrosanctum Concilium*, 5)

Junto a la cruz, advierte el Evangelista, se encontraba "la Madre de Jesús " (Jn 19,25). Ella vio el Corazón abierto del que fluían sangre y agua (sangre tomada de su sangre), y comprendió que la sangre del Hijo era derramada por nuestra salvación. Entonces comprendió hasta el fondo el significado de las palabras que el Hijo le había dirigido poco antes: “Mujer, he ahí a tu hijo” (Jn 19,26): la Iglesia que brotaba del Corazón atravesado era confiada a sus cuidados de Madre. Pidamos a María que nos ayude a sacar cada vez más abundantemente el agua de los manantiales de gracia que fluyen del Corazón atravesado de Cristo.

Propósito del día: Hagamos el propósito *de cumplir los nueve primeros viernes de mes*, o por lo menos de hacer la comunión reparadora algún viernes en el que nos sea posible.

Jaculatoria del día

(para repetir durante el día): ¡Sagrado Corazón, permaneced en mí, y que yo permanezca siempre en ti!

Letanias al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanias del total).



Trigésimo día

9. Inmaculado Corazón de María

En 1917, en las apariciones en Fátima, la Santísima Virgen prometió a la hermana Lucía que le revelaría la primera parte del plan de Dios para la salvación de los pecadores en nuestro tiempo de rebelión contra Él. Y así, el 10 de diciembre de 1925 en Pontevedra, España, se apareció la Virgen con el Niño a la hermana Lucía y le reveló este mensaje:

«Mira, hija mía, mi Corazón cercado de espinas que los hombres ingratos me clavan continuamente con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, procura consolarme y de que todos aquellos que durante cinco meses, en el Primer sábado se confiesen, reciban la Santa Comunión, recen la tercera parte del Rosario y me hagan 15 minutos de compañía, meditando en los 15 misterios del Rosario, con el fin de desagraviarme, yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas».

Esta gran gracia nos muestra el gran poder de intercesión que Dios ha otorgado a la Santísima Virgen para la salvación de las almas.



Pero, ¿por qué cinco sábados y no nueve o siete, en honor de los Dolores de Nuestra Señora? Jesús reveló a la hermana Lucía que la razón por la que el Inmaculado Corazón le inspiró a pedir este pequeño acto de reparación fueron los cinco tipos de blasfemias y ofensas cometidas contra este:

- Blasfemias contra la Inmaculada Concepción.
- Blasfemias contra su Virginitad Perpetua.
- Blasfemias contra su Divina Maternidad al rechazar, al mismo tiempo, reconocerla como Madre de los hombres.
- Blasfemias de aquellos que tratan de sembrar públicamente en los corazones de los niños indiferencia o desprecio, o aun odio por esta Madre Inmaculada.
- Las ofensas de aquellos que ultrajan directamente sus santas imágenes.

Nuestra Señora confirmó la necesidad de esta devoción en la aparición en Tuy del año 1929:

“Son tantas las almas que la justicia de Dios condena por pecados cometidos contra Mí, que vengo a pedir reparación; sacrificate por esta intención y reza”.

Muchas almas se pierden por el desprecio y blasfemias contra la Virgen María pues, para Nuestro Salvador, es un gran crimen el despreciar a su Santísima Madre y ultrajar su Inmaculado Corazón, que es el santuario del Espíritu Santo. Sin embargo, es la Virgen misma quien interviene por estas almas y mueve la Misericordia de Dios para que las perdone.

Así, Nuestro Señor hace de esta devoción un medio seguro y fácil de convertir las almas que están en peligro de ser perdidas eternamente, y de consolar el Corazón herido de la Virgen Inmaculada. La salvación de las almas es uno de los grandes propósitos de la práctica de la devoción de los cinco primeros sábados.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en la presencia de Dios

2) **Pedir a María la gracia** de que nos acoja en su Inmaculado Corazón y que a través de éste nos unamos más perfectamente al Corazón de su Hijo.

3) **Lectura:** Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús- Una cariñosa devoción a la Virgen Santísima*

La Virgen Santísima es, de entre todas las criaturas, la que más amó a Jesucristo y la más amada por Él. Y es también la que más ardientemente desea que su Hijo sea perfectamente amado. Ella es la Madre del Amor perfecto y hermoso. A ella debemos encaminarnos para abrasarnos en este amor. Los Sagrados Corazones de Jesús y María son tan conformes y están tan unidos, que no se puede entrar en el uno sin entrar en el otro: con una diferencia, que el Corazón de Jesús solo admite a las almas extremadamente puras; y el de María purifica por las gracias que consigue a las que no lo son y las pone en estado de ser recibidas en el Corazón de Jesús.

Aunque todos los demás medios de los que hemos hablado son fáciles y eficaces, la devoción a María Santísima les parecerá más fácil a muchos. Hay pocos con las disposiciones necesarias para ser abrasados del Divino Amor; pero no hay ninguno que no pueda conseguirlos fácilmente por medio de la Santísima Virgen. Los grandes pecadores tampoco deben desesperar, por supuesto. María es la esperanza de los pecadores, María es el asilo de todos los miserables, es el remedio universal de todo el mundo. Jesucristo le concede a ella fácilmente lo que nosotros somos indignos de recibir. San Bernardo dice: «Porque tú eras indigno de recibir el don, se le dio a María el que tú pudieras recibir de ella todo lo que quisieras tener». A ella la hizo dispensadora de sus gracias y dispuso, siguiendo a san Bernardo, que ninguna pase si no es primero por sus manos. Tengamos un creciente amor a María, porque pronto nos reavivará el amor a su Hijo. Es evidente que no se desea mucho el amor del Hijo cuando no se tiene una extremada ternura con su Madre.

Y sin esta extremada ternura hacia la Santísima Virgen, no hay que esperar jamás estar dentro del Sagrado Corazón de Jesús.

No ha habido nadie que, mostrando solo indiferencia hacia la Santísima Virgen, no hubiese experimentado a la vez verdadera aversión hacia Jesucristo. Y de esta misma aversión a Jesucristo provienen la indiferencia y la aversión hacia la Virgen Santísima. Jesús dijo: *“El que me odia a mí, también odia a mi Padre”* (Jn 15, 23). Y por la misma razón se puede decir que todo hereje



es un enemigo declarado de la Virgen, precisamente porque aborrecen a Jesucristo. Estos enemigos, declarados o disimulados, de Jesucristo, que buscan destruir todo lo que nos hace amable y cercano al Hijo de Dios, no solo no han inspirado ninguna devoción hacia la Virgen Santísima, sino que han procurado por todos los medios posibles arrancar del corazón de los fieles esta arraigada devoción.

Nosotros, pues, que pretendemos amar ardientemente al Hijo, hagamos todo lo posible por amar a la Madre, persuadiéndonos de que solo por medio de la Madre podremos entrar fácilmente en Jesucristo y ser recibidos dentro de su Corazón.

Propósito del día: Ofrezcamos un Rosario a la Virgen, poniendo en sus manos esta preparación y nuestra consagración al Corazón de su Hijo.

Jaculatoria del día (repetir durante el día): ¡Inmaculado Corazón de María, sed la salvación del alma mía!

Letanías al Sagrado Corazón: Pág 132 (se pueden elegir cinco letanías del total).

APÉNDICE

Letanías de la humildad

(Del siervo de Dios y cardenal R. Marry del Val)

Señor ten piedad – *Señor ten piedad.*

Cristo ten piedad – *Cristo ten piedad.*

Señor ten piedad – *Señor ten piedad.*

Jesús, manso y humilde de corazón – *óyeme.*

Jesús, manso y humilde de corazón – *escúchame.*

Del deseo de ser estimado – *líbrame Jesús.*

Del deseo de ser amado – *líbrame Jesús.*

Del deseo de ser decantado – *líbrame Jesús.*

Del deseo de ser honrado – *líbrame Jesús.*

Del deseo de ser alabado – *líbrame Jesús.*

Del deseo de ser preferido a los demás – *líbrame Jesús.*

Del deseo de ser consultado – *líbrame Jesús.*

Del deseo de ser aprobado – *líbrame Jesús.*

Del temor de ser humillado – *líbrame Jesús.*

Del temor de ser despreciado – *líbrame Jesús.*

Del temor de sufrir repulsas – *líbrame Jesús.*

Del temor de ser calumniado – *líbrame Jesús.*

Del temor de ser olvidado – *líbrame Jesús.*

Del temor de ser puesto en ridículo – *líbrame Jesús.*

Del temor de ser injuriado – *líbrame Jesús.*

Del temor de ser sospechado – *líbrame Jesús.*

El conocimiento y el amor de mi nada – *concédeme oh Jesús.*

La perpetua memoria de mis pecados – *concédeme oh Jesús.*

La persuasión de mi mezquindad – *concédeme oh Jesús.*

El aborrecimiento de toda vanidad – *concédeme oh Jesús.*

La pura intención de servir a Dios – *concédeme oh Jesús.*

La perfecta sumisión a los quererres de Dios – *concédeme oh Jesús.*
El verdadero espíritu de compunción – *concédeme oh Jesús.*
La obediencia sin reservar a los superiores – *concédeme oh Jesús.*
El odio santo de toda envidia y celos – *concédeme oh Jesús.*
La prontitud en el perdonar las ofensas – *concédeme oh Jesús.*
La prudencia de callar en las cosas ajenas – *concédeme oh Jesús.*
La paz y la caridad hacia todos – *concédeme oh Jesús.*
El ardiente deseo del desprecio y de las humillaciones y de ser tratado como tú y la gracia de saber recibir todo esto santamente – *concédeme oh Jesús.*

Oh María, Reina, Madre, Maestra de los humildes – *ruega por mí.*
Oh todos los justos, santificados especialmente por el espíritu de humildad – *rogad por nosotros.*

OREMOS. Oh Dios, que resistes a los soberbios y das tu gracia a los humildes: concédenos la virtud de la verdadera humildad, de la cual tu Unigénito mostró a los fieles el ejemplo de su persona; para que no provoquemos nunca tu indignación exaltándonos en el orgullo, sino más bien, podamos someternos humildemente para recibir los dones de tu gracia. Amén.

Letanías al Sagrado Corazón de Jesús

Señor, ten piedad de nosotros - *Señor, ten piedad de nosotros.*

Cristo, ten piedad de nosotros - *Cristo, ten piedad de nosotros.*

Señor, ten piedad de nosotros - *Señor, ten piedad de nosotros.*

Cristo, óyenos - *Cristo, óyenos.*

Cristo, escúchanos - *Cristo, escúchanos.*

Dios, Padre celestial,- *ten piedad de nosotros.*

Dios Hijo, Redentor del mundo,- *ten piedad de nosotros.*

Dios Espíritu Santo,- *ten piedad de nosotros.*

Trinidad Santa, un solo Dios, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, Hijo del Eterno Padre.- *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo de Dios, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, de majestad infinita, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, templo santo de Dios, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, lleno de bondad y amor, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, hoguera ardiente de caridad, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, asilo de justicia y de amor, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, digno de toda alabanza, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud de la divinidad, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, en quién el Padre halló sus complacencias,- *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, en cuya plenitud todos hemos recibido, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados,- *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, rico para todos los que te invocan, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad,- *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, despedazado por nuestros delitos,- *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte,- *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, traspasado por una lanza,- *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra,- *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, víctima de los pecadores,- *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, salvación de los que en Ti esperan, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, esperanza de los que en Ti mueren y esperan, - *ten piedad de nosotros.*

Corazón de Jesús, delicia de todos los santos, - *ten piedad de nosotros.*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, - *perdónanos, Señor.*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *óyenos, Señor.*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *ten piedad y misericordia de nosotros.*

Jesús, manso y humilde de corazón,- *haz nuestro corazón semejante al Tuyo.*

Sagrado Corazón de Jesús,- *en Vos confío.*

Inmaculado Corazón de María,- *salvad el alma mía.*

Letanías para consolar el Sagrado Corazón

Señor, ten piedad de nosotros, - *ten piedad de nosotros.*

Cristo, ten piedad de nosotros, *ten piedad de nosotros.*

Señor, ten piedad de nosotros - *ten piedad de nosotros.*

Cristo, óyenos - *Cristo, óyenos;*

Cristo, escúchanos - *Cristo, escúchanos.*

Dios, Padre del Cielo - *ten piedad de nosotros.*

Dios, Hijo, Redentor del mundo - *ten piedad de nosotros.*

Dios, Espíritu Santo - *ten piedad de nosotros.*

Santísima Trinidad, Un Solo Dios- *ten piedad de nosotros.*

Santa María, Nuestra Madre y Madre de Jesús,- *ruega por nosotros.*

Santa María, Madre del Consuelo,- *ruega por nosotros.*

Corazón Inmaculado de María,- *ruega por nosotros.*

Por el olvido y la ingratitud de la humanidad,- *Te consolaremos, Oh Señor.*

Por tu abandono propio en Tu Tabernáculo- *Te consolaremos, Oh Señor.*

Por los crímenes de pecadores,- *Te consolaremos, Oh Señor.*

Por el odio de los no religiosos- *Te consolaremos, Oh Señor.*

Por las blasfemias contra Ti,- *Te consolaremos, Oh Señor.*

Por las calumnias a Tu Divinidad- *Te consolaremos, Oh Señor.*

Por los sacrilegios con los cuales Tu Sacramento de Amor es profanado,
- *Te consolaremos, Oh Señor.*

Por la inmodestia e irreverencia mostrada en Tu Adorable Presencia,-
Te consolaremos, Oh Señor.

Por los desengaños de los cuales Tu eres la víctima,- *Te consolaremos,
Oh Señor.*

Por la frialdad del número mayor de Tus hijos,- *Te consolaremos, Oh
Señor.*

Por el desprecio ofrecido en tus avances amorosos,- *Te consolaremos,
Oh Señor.*

Por las infidelidades de aquellos que se llaman tus amigos,- *Te
consolaremos, Oh Señor.*

Por el abuso de Tu gracia- *Te consolaremos, Oh Señor.*
Por nuestra propia falta de fe,- *Te consolaremos, Oh Señor.*
Por la dureza de nuestros corazones,- *Te consolaremos, Oh Señor.*
Por nuestra gran demora en amarte,- *Te consolaremos, Oh Señor.*
Por nuestra tibieza en tu Santo servicio- *Te consolaremos, Oh Señor.*
Por la amarga tristeza que Te sumerge la perdida de almas, - *Te consolaremos, Oh Señor.*
Por Tu larga espera frente a las puertas de nuestros corazones,- *Te consolaremos, Oh Señor.*
Por Tus lágrimas de amor,- *Te consolaremos, Oh Señor.*
Por Tu encarcelamiento por amor,- *Te consolaremos, Oh Señor.*
Por Tu martirio de amor,- *Te consolaremos, Oh Señor.*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *Sálvanos, Oh Señor.*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *Escúchanos, Oh Señor.*

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *ten piedad de nosotros.*

Oremos

Oh Salvador Divino Jesucristo, Quien respiró de Su Corazón esta queja penosa: "*Busqué a aquellos que Me consolarían y no encontré a ninguno*", acepta este pequeño tributo de nuestros consuelos, y ayúdanos poderosamente con Tu Gracia. En el futuro, volando más y más lejos de todo lo que Te desagrada, mostrémonos ser, en todo y para siempre, Tus fieles y devotos guardias de honor. Te pedimos esto a través de tu Sagrado Corazón, Oh Jesús, Quien, como Dios, vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por y para siempre. *Amén*

Fórmula de consagración al Corazón de Jesús

(san Claudio la Colombière)

Corazón Sacratísimo de Jesús,

en reparación de tantos ultrajes y de tan crueles ingratitudes, oh adorable y amable Corazón de Jesús, y para evitar en cuanto de mí dependa el caer en semejante desgracia, yo os ofrezco mi corazón con todos los sentimientos de que es capaz; yo me entrego enteramente a Vos.

Y desde este momento protesto sinceramente que deseo olvidarme de mí mismo, y de todo lo que pueda tener relación conmigo para remover el obstáculo que pudiera impedirme la entrada en ese divino Corazón, que tenéis la bondad de abrirme y donde deseo entrar para vivir y morir en él con vuestros más fieles servidores, penetrado enteramente y abrasado de vuestro amor.

Ofrezco a este Corazón todo el mérito, toda la satisfacción de todas las Misas, de todas las oraciones, de todos los actos de mortificación, de todas las prácticas religiosas, de todos los actos de celo, de humildad, de obediencia y de todas las demás virtudes que pueda practicar hasta el último instante de mi vida.

No sólo entrego todo esto para honrar al Corazón de Jesús y sus admirables virtudes, sino que también pido humildemente que acepte la completa donación que hago, y disponga de ella de la manera que más le agrade y a favor de quien le plazca

¡Sagrado Corazón de Jesús! Enseñadme el perfecto olvido de mí mismo, puesto que este es el único camino por el cual se puede entrar en Vos. Puesto que todo lo que yo haga en lo sucesivo será vuestro, haced de manera que no haga yo nada que no sea digno de Vos.

Enseñadme lo que debo hacer para llegar a la pureza de vuestro amor, cuyo deseo me habéis inspirado. Siento en mí una gran voluntad de agradaros y una impotencia aún mayor de lograrlo, sin una luz y socorro muy particulares que no puedo esperar sino de Vos.

Haced en mí vuestra voluntad, Señor. Me opongo a ella, lo siento, pero de veras querría no oponerme. A Vos os toca hacerlo todo, divino Corazón de Jesucristo; Vos solo tendréis toda la gloria de mi santificación, si me hago santo. Esto me parece más claro que el día; pero será para Vos una gran gloria, y solamente por esto quiero desear la perfección. Así sea.

Fórmula breve de consagración al Corazón de Jesús, escrita por santa Margarita María de Alacoque
(para renovar diariamente la consagración)

Yo, _____, dono y consagro al Corazón adorable de Jesús mi persona y mi vida, mis acciones, penas y sufrimientos, para no servirme más de ninguna parte de mi ser, sino para honrar, amar y glorificar al divino Corazón. Ésta es mi irrevocable voluntad: ser todo Suyo y hacer cada cosa por Su amor, renunciando a todo aquello que pueda disgustarle. Te elijo, Corazón Sagrado de Jesús, como único objeto de mi amor, guardián de mi vida, redentor mío, remedio de mi fragilidad e inconstancia, reparador de todas las culpas de mi vida y refugio seguro en la hora de mi muerte. Sed, oh Corazón de bondad y de misericordia, mi justificación ante Dios Padre, y aleja de mí su justa indignación. Corazón amoroso de Jesús, pongo en Ti mi confianza, porque todo lo temo de mi maldad y debilidad, pero todo lo espero de tu bondad. Borra en mí cuanto pueda ser de tu desagrado. Tu puro amor se imprima profundamente en mi corazón, de manera que no pueda jamás olvidarme y separarme de Ti. Te pido, por tu bondad, que mi nombre sea escrito en Ti, porque quiero vivir y morir como auténtico devoto tuyo.

Examen de conciencia sobre la devoción al Sagrado Corazón

Tres sentimientos han predominado en el Corazón de Jesús, el Divino Sacerdote, durante los días de su vida terrena:

- sed ardiente por la **gloria del Padre**,
- deseo apasionado de **la salvación de las almas**,
- constante **sacrificio e inmolación**.

Estos tres sentimientos, ¿han predominado también en mi alma?

-¿Qué hago en mi vida para glorificar a mi Padre celestial?

¿Soy consciente de ser hijo de Dios, de mi filiación divina? ¿Intento acudir a Dios con la confianza filial de un hijo que se acerca a su Padre? ¿Me esfuerzo por crecer en mi visión de Dios como auténtico Padre?

¿Agradezco al Señor por todo lo que he recibido, atribuyendo a Él todo bien? ¿Vivo consciente del inmenso don de Dios Padre al haber sido creado de la nada? ¿Soy consciente de haber sido redimido y de la inmensa bondad de Dios al entregar a su Hijo por mí?

¿Estoy dispuesto a todo antes que perder la vida de gracia por el pecado mortal? ¿Estoy dispuesto a cualquier esfuerzo y sacrificio antes que consentir en un pecado venial? ¿Me esfuerzo por crecer en la virtud, por alejar los vicios, las ocasiones de pecado y todo aquello que tenga que ver con una vida superficial, tibia y poco fervorosa? ¿Me dejo llevar por mis gustos y apetitos o intento mortificarme y cuidar mi alma? ¿Me arrepiento profundamente de mis pecados?

¿Me he humillado hoy ante Dios reconociendo mi nulidad y mis miserias y dándole a Él la gloria del bien que he hecho con su gracia? ¿Vivo confiando en la gracia de Dios y en su divina Providencia que me asiste constantemente?

- *¿Qué hago en mi vida para bien de mis hermanos?*

¿Vivo la virtud de la caridad con mis hermanos, sobretodo con aquellos con quienes más me cuesta? ¿Veo en el prójimo la imagen de Cristo consciente del valor de cada persona redimida por la sangre del Salvador? ¿Tengo espíritu de sacrificio al donarme a los demás?

¿He recibido con alegría algún menosprecio o injuria por parte de hombres? ¿He soportado pacientemente los defectos de los demás? ¿He sabido perdonar las ofensas recibidas? ¿Conservo rencor por alguna injuria recibida o me esfuerzo por perdonar y desear el bien a todos de forma incondicional?

¿Tengo en cuenta las necesidades del prójimo, intercediendo en la oración por ellos? ¿He hablado alguna vez a alguien de esta devoción? ¿Me intereso de que Cristo reine en cada corazón y en toda la sociedad? ¿Hago algo concreto para ello?

-*¿Qué hago en mi vida para unirme a Jesús inmolado?*

¿Medito y contemplo el inmenso amor que tiene el Corazón de Cristo por mí? ¿Tengo interés por profundizar en los tesoros de su Corazón? ¿Me esfuerzo por ser un auténtico devoto buscando de hacer propios los sentimientos y afectos del Corazón de Cristo?

¿Busco recibir consuelos o me esfuerzo por consolar al Corazón de Cristo? ¿Vivo pensando sólo en mí o busco pensar en Criso y en los dolores de su Corazón?

¿Me esfuerzo para que la soberbia y el egoísmo no sean los motores de mis intereses, pensamientos y deseos? ¿Me esfuerzo por identificarme totalmente con Cristo, manso y humilde de corazón, sobretodo en aquellas ocasiones en las que Cristo me ofrece mortificar mi orgullo?

¿Me esfuerzo por tener espíritu de alma reparadora, ofreciéndome al Señor para contribuir en la reparación de tantos pecados e ingratitudes que se cometen?

¿Vivo intensamente la devoción por Jesús Eucaristía? ¿Tengo respeto, reverencia y espíritu de adoración al visitar a Jesús Sacramentado?

¿Busco ratos para acompañar a Jesús, consolarle y reparar por la falta de amor que tienen los hombres por este augusto sacramento? ¿Me preparo bien para el santo sacrificio de la Santa Misa? ¿Participo de la Eucaristía con devoción y atención?

¿Intento vivir la auténtica devoción al Corazón Inmaculado de María, acudiendo a ella en todo momento, teniendo a María como principal ayuda para llegar a Cristo y buscando vivir siempre como fiel hijo suyo? ¿Acudo a María Santísima con filial solicitud en los momentos de prueba y dificultad?

¿Me comporto como auténtico hijo de María Santísima? ¿Intento imitar sus virtudes? ¿Procuro ser un auténtico devoto suyo y propagar su devoción entre los que me rodean?

Acto de Confianza en Dios de san Claudio de la Colombière

«Dios mío, estoy tan persuadido de que veláis sobre todos los que en Vos esperan y de que nada puede faltar a quien de Vos aguarda toda las cosas, que he resuelto vivir en adelante sin cuidado alguno, descargando sobre Vos todas mis inquietudes. Mas yo dormiré en paz y descansaré; porque Tú ¡Oh Señor! Y sólo Tú, has asegurado mi esperanza.

Los hombres pueden despojarme de los bienes y de la reputación; las enfermedades pueden quitarme las fuerzas y los medios de serviros; yo mismo puedo perder vuestra gracia por el pecado; pero no perderé mi esperanza; la conservaré hasta el último instante de mi vida y serán inútiles todos los esfuerzos de los demonios del infierno para arrancármela. Dormiré y descansaré en paz.

Que otros esperen su felicidad de su riqueza o de sus talentos; que se apoyen sobre la inocencia de su vida, o sobre el rigor de su penitencia, o sobre el número de sus buenas obras, o sobre el fervor de sus oraciones. En cuanto a mí, Señor, toda mi confianza es mi confianza misma. Porque Tú, Señor, solo Tú, has asegurado mi esperanza.

A nadie engañó esta confianza. Ninguno de los que han esperado en el Señor ha quedado frustrado en su confianza.

Por tanto, estoy seguro de que seré eternamente feliz, porque firmemente espero serlo y porque de Vos ¡oh Dios mío! Es de Quien lo espero. En Ti esperé, Señor, y jamás seré confundido.

Bien conozco ¡ah! Demasiado lo conozco, que soy frágil e inconstante; sé cuánto pueden las tentaciones contra la virtud más firme; he visto caer los astros del cielo y las columnas del firmamento; pero nada de esto puede aterrarme. Mientras mantenga firme mi esperanza, me conservaré a cubierto de todas las calamidades; y estoy seguro de esperar siempre, porque espero igualmente esta invariable esperanza.

En fin, estoy seguro de que no puedo esperar con exceso de Vos y de que conseguiré todo lo que hubiere esperado de Vos. Así, espero que me sostendréis en las más rápidas y resbaladizas pendientes, que me fortaleceréis contra los más violentos asaltos y que haréis triunfar

mi flaqueza sobre mis más formidables enemigos. Espero que me amaréis siempre y que yo os amaré sin interrupción ; y para llevar de una vez toda mi esperanza tan lejos como puedo llevarla, os espero a Vos mismo de Vos mismo ¡oh Creador mío! Para el tiempo y para la eternidad. Así sea.»

Sugerencias del Padre Croiset para las visitas al Santísimo

1) Saluda a Jesucristo con todo el respeto que exige su presencia. Después únete a Él y a sus acciones divinas en la Sagrada Eucaristía, en la que nunca deja de adorar, alabar y amar a Dios, su Padre, en nombre de todos los hombres, de la manera más perfecta, es decir, siendo la víctima. Sigue meditando y trata de formarte una idea de sus recuerdos, su soledad, su vida oculta, la privación completa que sufre, su obediencia a las palabras del más humilde sacerdote, su humildad y otras virtudes según el modelo que nos da de ellas en la Eucaristía. Proponte imitar esas virtudes y decídate a lograrlo siempre que se presente la oportunidad. Expláyate especialmente con las disposiciones de su Sagrado Corazón con nosotros, y en todas las virtudes de las que es fuente; el inmenso amor de ese Corazón al Padre Eterno y la caridad a todos los hombres por los que arde de amor y de deseos de salvación.

Esfuézate por descubrir en ese Corazón todos los abismos que contiene: abismos de humillación, de pobreza, de sufrimiento, de amor, de consolación, de dulzura, de aceptación de los designios divinos, de misericordia, de fuerza, de sabiduría, de abundancia, de gratitud, de mansedumbre, de alegría santa, de confianza... Considera cuáles son los sentimientos de su alma santísima a la vista de la ingratitud de los hombres que le muestran indiferencia. Realiza actos de reparación, por gratitud y sobre todo por amor a Jesucristo, para reparar todas esas ofensas.

2) Ofrécele al Padre Eterno su Hijo Jesucristo como la única víctima digna de Él. Porque solo a través de Él podemos alabar su dominio sobre todas las cosas, reconocer sus bondades, satisfacer su justicia y agradecer su misericordia al venir en nuestra ayuda, diciendo con el profeta: «Fíjate en el rostro de tu ungido» (Sal 84, 10). Es cierto,

Señor, que merezco ser tratado como un siervo rebelde, pero mira, Padre Eterno, a tu amado Hijo, que es obediente, y que en este momento se está ofreciendo a ti en el estado máximo de humildad, que Él ha elegido para obtener el perdón por mis infidelidades y desobediencias: «Contempla el rostro de tu Ungido». Tu Hijo amado me protegerá de los envites de tu justicia, procedan de la dirección que procedan. Si cien veces viera tu ira dispuesta a descender sobre mí, cien veces te diría lo mismo: «Contempla el rostro de tu Ungido». No tengo ningún mérito por mí mismo, pero te ofrezco una víctima de infinito mérito. Como toda la compensación que puedo ofrecerte no tiene ningún valor para Ti, es justo que rechaces el perdonar mis pecados y concederme nuevas gracias, pero te ofrezco a la víctima que te satisface por completo. No puedes negarme nada que te pida en virtud de los méritos, sufrimientos y muerte de tu Hijo Jesucristo. No puedes negarme la recompensa por la que se nos ha transferido y se ha hecho nuestro. Te pido mucho, Padre Eterno, pero te ofrezco el Cuerpo y la Sangre y la vida misma de tu Hijo, que se ha inmolido en este altar, en pago por todo lo que te pido. Y lo que te pido, por mucho que sea, será infinitamente menos de lo que te ofrezco.

3) Ofrecete tú mismo a Dios por medio de Jesucristo. Ofrécele en sacrificio tu vida, tu trabajo, tus gustos, tus inclinaciones. Ofrécele en especial algo bueno que te propongas hacer o alguna mortificación para vencerte a ti mismo, y ofrécelo con la misma intención con la que nuestro Salvador se inmola en el Santísimo Sacramento.

